MARCOS BUENO

LEO Y ROBERT

Antes de tiempo



Antes de tiempo

Leo y Robert I

MARCOS BUENO

Para mi tía Araceli.
Porque esto no es un premio Oscar,
como te prometí, pero es mi mayor
logro hasta el momento

Prólogo

Julio

Para poder explicar con detalle cómo he acabado en la parte trasera de un Fiat 500 sin aire acondicionado, en pleno mes de julio, y con seis horas de camino por delante, debo remontarme unos meses atrás en el tiempo. Fue a mediados de primavera, pero no lograría especificar el día aunque me lo propusiese. Tampoco sabría decir si los almendros que crecen en mi calle ya habían florecido o si aún no estaba de más usar uno de esos jerséis que papá y mamá me habían regalado por Navidad, la última que pasaríamos los tres juntos.

Ares y yo estábamos tirados en el sofá del salón de su casa. Sus padres le habían dejado solo para irse a recorrer algunos pueblecitos de la costa andaluza y nosotros habíamos aprovechado para pasar el fin de semana juntos, haciendo un maratón de películas de Keira Knightley, su actriz favorita, y jugando a *Gemas y Dragones*.

«Necesitas salir de tu habitación» se había convertido en la frase favorita de mi mejor amigo. Me lo repetía todo el rato, como si fuera un mantra que yo no terminase de entender desde mi ruptura con Bruno. Y aunque mi mejor amigo había conseguido que me pusiera algo diferente al pijama y me arrastrara hasta su casa para no estar solo y triste, aún no le permitía que fuéramos a lugares llenos de gente a pasar el tiempo. Me daba miedo que el resto del mundo me viera así.

Después de terminar el último y cálido fotograma de *Orgullo y prejuicio,* Ares se recostó junto a mí, mientras yo degustaba uno de esos dónuts de chocolate que él me había comprado en esa tienda americana que le encanta.

—Un clásico. Esta peli es, simplemente, un clásico. —Silencio—. ¿Cómo te encuentras, Leo?

—Bueno… —contesté sin dejar de masticar y secándome los párpados con la manga de la sudadera—. Ha sido como si me apuñalasen tres veces en el pecho, pero por lo demás…

—Oye, mira que te avisé de que un maratón de Keira Knightley quizá no fuese la mejor idea. Siempre podríamos haber optado por Jim Carrey.

—Odio a Jim Carrey. Bueno, no a él, pero sí sus películas.

—¿Y quién no?

—Estoy bien, tranquilo —dije mientras me incorporaba, claramente mintiendo. Esto hizo que él soltara un gruñido cuando su cabeza rebotó contra el cojín del sofá—. Me apetece ver *Begin*

Again.

—¿No crees que es un poco masoquista por tu parte elegir justo esa?

Yo me di la vuelta un momento antes de seguir buscando el DVD en la enorme estantería del salón, concretamente en la balda que tenía reservada para todas sus películas. Claro que podíamos encontrarla en Blinx o en cualquier otra plataforma de *streaming*, pero para algunas cosas Ares era un poco purista, y el ritual de sentarnos a ver la filmografía de Keira era una de ellas. Encontraba una inexplicable satisfacción en el chasquido que producían las carátulas al extraer los discos y en ver después cómo estos se introducían en el reproductor con un sonido mecánico.

—Solo por disfrutar del plano de ella montando en bicicleta y convirtiéndose en un alma libre en Nueva York ya merece la pena. Además —añadí—, la banda sonora es increíble.

Y, antes de que me diera tiempo a alcanzarla, escuché cómo mi amigo daba un brinco a mi espalda.

—Leo, ¡que viene Pink Tokyo a España!

—¡¿QUÉ?!

Me acerqué a él rápidamente para comprobar de qué estaba hablando. En la pantalla de su teléfono móvil aparecía una fotografía con todos los miembros de Pink Tokyo sobre un fondo rosa en el que podía leerse «European Tour».

—Julio, en el… Mierda, ¡esto es en Barcelona!

—¿«Villa Plutón»? —leí, alzando una ceja—. Nunca he oído hablar de ese sitio.

—Bueno, por mí como si tocan en mitad del Manzanares. ¡Hay que ir a verlos!

En la página web del festival una frase se repetía constantemente: «En Villa Plutón, la música y el verano pueden cambiarte la vida».

—Hostias, ¡esto pinta a planazo increíble! —gritó mientras yo terminaba de poner la película en el reproductor y volvía a acomodarme en el sofá.

—Ya…

—Oye, ¿por qué ese «ya» no ha sonado a «¿cuándo compramos las entradas?»?

—No sé.

—Leo, vamos a ir. No hay otra opción, ¡es Pink Tokyo!

La pantalla del televisor comenzó a mostrar las primeras imágenes de la película y las notas musicales intentaron abrirse paso a través del silencio al que yo parecía aferrarme. Ares se cruzó de brazos y me miró con ojos inquisidores a escasos centímetros, esperando una respuesta por mi parte.

—No digo que no me apetezca. Es solo que no sé hasta qué punto…

—… te apetece, Leonardo.

—No me llames así.

En realidad, era cierto que desde hacía unas semanas todo me había dejado de estimular de forma progresiva, como si un largo eclipse estuviera teniendo lugar en mi cabeza y me nublara la

vista, el apetito y las ganas de hacer cosas. No quería pasármelo bien, no me lo permitía. Había dejado que la tristeza encontrara su sitio en algún lugar bajo mi pecho y que se extendiese poco a poco como un veneno al que me hubiera acostumbrado.

Una vez leí en algún libro que, cuando terminas una relación tóxica, tu vida cambia drásticamente, como si volvieras a ver las cosas tal y como las apreciabas antes de lanzarte a ese océano tormentoso. En mi caso no fue así. Yo seguía recordando su voz, como el murmullo de las olas, a pesar de haberme decidido a cortarlo todo de raíz. Algunas noches deseaba que me empapasen una vez más, deseaba desbloquear a Bruno en mi teléfono para que pudiera llamarme otra vez, y también dejar que sus manos tomasen mi cuerpo como él quisiera. Algunas noches… deseaba que se subiera a uno de esos autobuses verdes que pasaban por delante de su casa y se plantase bajo mi ventana, donde el neón de los escaparates iluminaría su rostro.

Y, sin embargo, cuando saludaba a mi reflejo cansado a la mañana siguiente, me agradecía a mí mismo no haberlo hecho. A veces lloraba; otras no. Era frustrante sentir que todo seguía aún en mi cabeza, demasiado reciente, como una puerta atrancada que el viento empuja y hace que chirríe. No terminaba de comprender cómo, aun sin estar juntos, Bruno parecía consumir mi energía de aquella forma.

—¿Te lo pensarás, al menos? —preguntó Ares con delicadeza.

Asentí, pero sin dejar de mirar a la pantalla.

—¿Podemos ver la película, por favor?

Él no se negó. Cogió el mando a distancia y subió un poco el volumen mientras Keira cantaba en un bar sobre cómo el cabrón de su ex le había partido el corazón sin importarle una mierda.

Unas semanas más tarde, mamá y yo fuimos a cenar por mi cumpleaños a Jardín Zhou, nuestro restaurante favorito del barrio. Conocíamos a la familia Zhou porque eran vecinos de nuestro edificio y alguna vez le había dado clases de lengua a Raven, la hija pequeña. Una vez nos hubieron acomodado y pedimos algunos platos para compartir, mamá me tendió una caja pequeña y ligera envuelta en papel de regalo brillante. La agité antes de abrirla, tratando de averiguar qué contenía, y después retiré con cuidado el envoltorio. Ese año no había querido pedir nada especial porque sabía que la floristería no estaba atravesando su mejor momento.

Al abrir la caja, me quedé sin palabras. Dentro había una resplandeciente pulsera ajustable con las palabras «Viaje a Plutón» grabadas en color naranja.

—¡Sorpresa!

—Pero… —murmuré, perplejo y sin poder articular ninguna frase—. Esto es… ¿Cómo…? Quiero decir…

—¡Ah! Te he pillado, ¿verdad? —preguntó soltando una risita—. He de confesarte que ha sido todo a última hora. Este año no tenía ni idea de qué querías por tu cumpleaños y me estaba volviendo un poco loca. Pero hace unos días, tu amigo Ares se pasó por la floristería para comprar un ramo y, hablando de unas cosas y otras, mencionó que os haría ilusión ir juntos a este festival con algunos compañeros de la universidad.

Tuve que contener una carcajada.

«Ares comprando flores. ¿En qué universo, exactamente?».

—Bueno, cielo. Dime, ¿he acertado?

Y aunque una parte de mí quería estrangular a mi mejor amigo por cómo había acabado saliéndose con la suya, mi madre, con los ojos encendidos por la emoción, esperaba una respuesta con entusiasmo al otro lado de la mesa.

Hubiera sido cruel destruir algo tan bello.

—Claro que has acertado, mamá. Te quiero mucho.

Así que aquí estamos, Ares y yo, en la parte trasera del coche de Joan y Carla, dos amigos con los que hemos crecido en el barrio y que ahora son pareja, camino de Barcelona.

Han pasado a recogerme muy temprano, cuando los rayos del sol apenas arañaban las cornisas de los edificios. Y aunque hubiese dado lo que fuera por poder dormir unas horas más, rápidamente nos hemos enredado en varias conversaciones para mantener a Joan despierto, ya que es el único que sabe conducir. Además, Carla se ha ocupado de preparar un tanque de café helado y una extensa *playlist* con auténticos temazos.

—Dentro de poco te veremos a ti abriendo los festivales, Ares.

—Buah, Carla, ojalá. De momento, en septiembre la banda tiene varios bolos en algunas fiestas y luego nos pondremos a terminar de grabar el disco.

—Ahí estaremos, en primera fila —contesta ella mientras se ajusta las gafas de sol—. Leo, ¿y tú tienes pensado algún plan? ¿Qué ocurrió al final con esa beca que echaste para irte a escribir por el mundo como un bohemio de primera?

Se me acelera un poco el pulso al escuchar su pregunta. Se refiere al Programa de Residencias Europeas para Jóvenes Talentos, un programa de becas para estudiar un curso de Escritura creativa, con todos los gastos pagados, en una universidad europea. Lo eché con toda la ilusión del mundo y sin ningún tipo de esperanza. Sin embargo, para mi sorpresa, conseguí llegar hasta la última ronda de selección. Y durante un momento —grave error por mi parte— me permití fantasear con la idea de que iban a admitirme. Pero en enero, justo cuando mis padres decidieron poner fin a su matrimonio, recibí la noticia de que no era uno de los treinta candidatos seleccionados.

Desde luego, este no tenía pinta de que fuera a ser mi año.

—Pues que no me la dieron —respondo como si fuera evidente—. Aunque tampoco contaba con ello, es muy difícil que te acepten en un programa así.

—Vaya, lo siento mucho —contesta Carla, mirándome a través del retrovisor con una expresión de arrepentimiento en el rostro.

Me doy cuenta entonces de que he sido un poco grosero, así que trato de continuar la conversación:

—De momento seguiré ayudando a mi madre con la floristería, pero…, bueno, la semana que viene tengo una entrevista de trabajo en Scorpion.

La noticia sobresalta a mis compañeros como un bache en mitad de la carretera. Ares me agarra del brazo con tanta fuerza que creo que me lo va a partir en dos.

—¡Qué dices, Leo! ¡¿Y me entero de esto ahora?!

—¡Ay! —me quejo, zafándome de él—. Suelta, que me haces daño.

—A ver, a ver, que me he perdido un poco. ¿Qué es Scorpion? —pregunta Joan—. Suena a marca de lujo, como de coches o relojes caros.

—Amor, qué bruto eres —espeta Carla sonriendo—. Deberías coger un libro de vez en cuando.

—Es una editorial, una de las más grandes —le explico—. Vi que había una vacante temporal en sus oficinas de Madrid y eché el currículum. Aunque lo más probable es que me digan que no, claro.

—¿Una editorial? —repite Joan, aún algo confuso—. ¡Ah, calla! Que a ti te gusta escribir.

—Así es, aunque se trata de un contrato temporal para trabajar en el departamento de marketing.

—Desde luego, que no se diga que Comunicación audiovisual no es una carrera versátil —contesta Carla—. Somos el comodín que mueve el mundo.

—En cualquier caso —añado—, se presentará mucha gente al proceso de selección, así que…

—Ya estamos anticipándonos al desastre —dice Ares, soltando un suspiro.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sin entender su queja.

—Pues que eso ya está fuera de tu control, Leo —interviene Joan, sin perder de vista la carretera—. Tú ve y haz la entrevista lo mejor que puedas. ¿Que luego te contratan? De puta madre. ¿Que no? Ellos se lo pierden. Al menos lo habrás intentado.

—Eso es —afirma Carla, dándose la vuelta en el asiento del copiloto para regalarme una sonrisa—. Nunca hay que dejar de intentarlo.

Quizá tengan razón. Quizá me esté anticipando. Al fin y al cabo, es como funciona mi cerebro, tramando planes de autosabotaje que él mismo aprueba sin mi consentimiento. Pero últimamente no es que reciba demasiadas señales que me hagan pensar de otra forma, que me hagan pensar que las cosas van a salir bien.

Después de dejar las maletas en el hotel, ducharnos y comer algo en un sitio de tapas tremendamente caro, los cuatro llegamos a la entrada del festival, donde, tras un exhaustivo control policial, nos recibe un gran letrero luminoso en el que puede leerse:

En Villa Plutón,
la música y el verano

pueden cambiarte la vida

El recinto es gigantesco, para verlo todo a simple vista habría que situarse en un lugar elevado. Hay gente por todas partes hablando diferentes idiomas, y carpas de colores sobre nuestras cabezas que proyectan sombras y nos encierran en un universo propio. Existen tres áreas diferenciadas: una central, nada más acceder, protegida por una gran estructura de metal bajo la cual se encuentran los puestos de comida y venta de *merchandising*; el ala izquierda, al aire libre, donde están situadas las atracciones, y la zona principal, al fondo del todo, en la que los escenarios se encuentran lo suficientemente alejados entre sí para que puedan tocar varias bandas al mismo tiempo.

Por mucho que nos duela admitirlo, el viaje en coche ha hecho mella en nosotros, así que hemos decidido tomarnos el resto de la tarde con calma. Compramos unas cervezas, tratamos de cazar patitos de plástico en una de las casetas de juegos y, después, enlazamos un par de conciertos seguidos. En el primero bailamos un poco entre el público, pero en el segundo nos acomodamos en una zona con césped no muy alejada del escenario mientras disfrutamos del comienzo del atardecer. Y yo lo agradezco, porque no tengo ni idea de quién está cantando.

—Estamos hechos unos abuelos —dice Carla mientras menea la cabeza al ritmo de las notas musicales.

—Oye, ¿soy el único que está hambriento?

—Yo no, la verdad —me contesta Ares, tumbándose en la hierba—. Es que aquí se está taaan bien.

—Creo que voy a acercarme a comprar algo antes de Pink Tokyo —digo.

Los tres asienten y me alejo de allí prometiendo volver enseguida. Sin embargo, al llegar a las casetas más cercanas, observo una larguísima fila de personas extendiéndose como el cuerpo de una serpiente. Decido seguir caminando para encontrar un puesto menos saturado y, a medida que avanzo, la marabunta de gente se va dispersando hasta que me topo con una caravana que está un poco más apartada. Al acercarme al escaparate de cristal, distingo varios tipos de pizza cortados en porciones que tienen buen aspecto.

—¿Hola? ¿Hay alguien? —pregunto mientras me acerco al mostrador—. Que… ¡Quería comprar unas porciones de pizza!

Nada. Solo escucho el sonido mecánico de un pequeño cronómetro con forma de huevo apoyado junto a la máquina registradora. Tictac, tictac… Retrocedo un par de pasos y suspiro, un poco decepcionado. Pero justo al darme la vuelta para marcharme, una voz ronca emerge detrás de mí y me detiene en seco:

—*Per darrere.*

Sorprendido, echo de nuevo un vistazo a la caravana de rayas azules y blancas, pero allí no hay nadie.

—*Per darrere, noi.*[1]

Entonces reparo en un pequeño cartel pegado en la ventanilla del copiloto. Escrito con una caligrafía maltrecha, se puede leer: ZONA DE DESCANSO. Rodeo el automóvil y, al llegar a la parte trasera, encajo la voz en el rostro de una mujer sentada en una silla de tela. Está fumando y parece un poco molesta.

—*Que no has llegit el cartell?*

—¿Disculpe?

—Que si no has leído el cartel —repite, esta vez en español—. Estoy descansando.

Frente a ella hay una mesa con una botella de agua, un mechero y lo que parece ser una baraja de cartas. También tiene un pequeño altavoz en el que suena una canción pegadiza de Carly Rae Jepsen.

—Disculpe, no lo sabía. Solo quería comprar algo para comer.

Ella me observa de arriba abajo y da otra calada al largo cigarrillo que sostiene entre los dedos. Hay algo en su presencia que me recuerda a un personaje de una película de cine negro. Tiene un gran lunar junto a la comisura de los labios que me llama la atención, al igual que el largo cabello negro que lleva recogido bajo un pañuelo azul y los pendientes dorados, que parecen pesar una tonelada.

—Si me das cinco minutos, te atiendo. Primero, deja que me termine el pitillo… Una necesita reponer sus energías, ¿no?

—Claro —contesto, dando media vuelta.

—Espera, no hace falta que te marches. ¿Quieres sentarte mientras tanto? —dice señalando la silla desocupada que hay en el otro extremo de la mesa.

—No… no hace falta.

—Insisto.

Un poco dubitativo, acepto su ofrecimiento y tomo asiento. Junto a nosotros hay un pequeño generador eléctrico que no para de ronronear y un gato negro enroscado que duerme en la entrada trasera de la caravana. Aquí atrás, el ruido del festival queda un poco amortiguado.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—¿Yo?

—Tú, claro. ¿O es que ves a alguien más por aquí?

—Ya, perdone. Me llamo Leo.

—Ya lo sabía —contesta, soltando una risa desenfadada.

Alzo una ceja y ella asiente en silencio, como dándose la razón.

—¿Ya lo sabía?

—Me lo han dicho las cartas —afirma, apuntando a la baraja—. Que vendrías. Aunque te has adelantado unos minutos.

Al examinarla con atención, me doy cuenta de que la baraja es más grande de lo normal y tiene unos símbolos que no reconozco pintados sobre la caja de cartón que la guarda.

—¿Usted lee el tarot?

—Eso es. Puedes llamarme pluriempleada, si quieres. Es algo que está muy de moda en este país.

Entonces la mujer apaga la colilla en el cenicero, coge la baraja y empieza a mezclar las cartas con una rapidez asombrosa.

—Corta.

De nuevo, dudo si hacerlo.

—Se lo agradezco mucho, pero, con todo respeto, es que yo no creo demasiado en estas cosas, ¿sabe? Solo venía a por unos trozos de pizza.

—Bueno, si no crees en ello, ¿qué mal puede hacerte? —pregunta, mostrándome dos tacos separados—. Además, no tengo pensado pedirte nada a cambio. Simplemente estoy aburrida y me gustaría matar un poco el tiempo.

Al final acabo aceptando y toco uno de los montones. Ella aparta el otro y coloca tres cartas boca abajo.

—Oh… —dice mientras levanta la primera—. Dios santo…

—¿Qué ocurre?

—No has tenido tu mejor año, ¿verdad, querido?

En algún lugar he leído que el tarot es solo un juego psicológico en el que la persona que maneja la sesión trata de leer tus expresiones y de guiarte a través de sus asunciones para intentar que, de alguna manera, conectes con sus palabras. Lo primero que pienso tras su afirmación es: «¿Qué persona que esté atravesando el mejor año de su vida acudiría a una tarotista?».

—La verdad es que no.

—Lo sé, querido, lo sé… —Señala la carta que ha levantado, que muestra una torre dibujada, y después alza otra—. Hay algo en tu vida que te impide avanzar. Varias cosas, mejor dicho.

Curioso, observo cómo continúa desvelando las demás cartas.

—Dime, ¿habéis sufrido alguna pérdida en la familia últimamente?

Mi respuesta más automática es negarlo enseguida, pero algo consigue hacer que me replantee su pregunta y cobre un nuevo significado. Pienso en papá, y también escucho un portazo, que se extiende como las ondas que provoca una roca al caer al agua.

—Más o menos —contesto—. Mi padre se marchó de casa a principios de este año, aunque no sé si eso cuenta como tal.

—Por supuesto que es una pérdida. Es algo que antes estaba ahí y ya no. Querido, esto no es una ciencia exacta, ni pretende serlo. ¡Caramba…!

Con cada nueva carta, apenas me doy cuenta de cómo mi intriga crece poco a poco, deseosa de conocer sus próximas palabras. Mi espalda se arquea para observar los diferentes símbolos que ha desvelado y, por unos minutos, me olvido de qué me había llevado a su caravana.

—Piensa que siempre habrá más oportunidades para aquello que no has podido conseguir —dice—, no debes rendirte. Y… ¡Espera un minuto! —exclama, alzando una mano como si estuviese deteniendo el mundo.

—¡¿Qué ocurre?!

La mujer de mirada oscura y labios gruesos sonríe como si acabase de descubrir algo tremendamente valioso. Estoy seguro de que puede oler mi curiosidad burbujeando. Voltea otra carta y su mirada se encuentra con la mía.

—Todo eso va a cambiar muy pronto.

Un escalofrío me acaricia la nuca y consigue ponerme los pelos de punta.

—¿A qué se refiere?

—Esta carta indica fortuna, crecimiento, oportunidad. —Cierra el puño izquierdo y posa la barbilla en él—. Quizá en tu trabajo, por ejemplo.

—Yo no tengo…

Y, antes de completar la frase, recuerdo la entrevista con Scorpion.

«De ninguna manera».

Pero un súbito golpe en la mesa me devuelve a la realidad. El gato maúlla y corre hasta que desaparece en la oscuridad. La mujer ha dado una palmada y desvelado la última carta para acercármela al rostro.

—Pero bueno, muchacho, ¡tienes que prepararte para todo esto! ¡Ya viene!

—¡¿Qué viene!?

—«Qué» no, ¡quién! —Y entonces suelta una carcajada que consigue echarla hacia atrás y que, sinceramente, me hace pensar que se le ha ido la olla—. ¡El amor!

—¿Cómo dice?

La mujer recoge la baraja con cuidado y niega lentamente con la cabeza.

—Escúchame, muchacho. Debes estar atento: vas a empezar una nueva etapa en tu vida, la más importante hasta el momento. Y, además, hay alguien que está a punto de llamar a tu puerta.

—Las pizzas son quince euros. Pero, mira, ¿quieres esto? Te lo voy a regalar por haberme alegrado un poco la tarde. Yo ya estoy mayor y no tengo tiempo para malgastarlo en tonterías.

Como aún no va a empezar el concierto, he decidido desviarme un momento del camino de vuelta para acercarme hasta la zona de atracciones. Cuando alzo la vista, vislumbro una gran noria llena de luces led parpadeantes. Me llevo la mano al bolsillo del pantalón y saco un tíquet arrugado con las manos temblorosas. Me pongo en la fila y, cuando llega mi turno, se lo entrego a la mujer que está sentada a la entrada de la atracción. Ella lo rasga y me lo devuelve al momento.

—¿Vas solo?

—Eeeh… sí —admito, un poco cohibido.

—Por seguridad, tienen que ir dos personas juntas en la cabina. Puedes ir pasando mientras te busco compañía.

La cabina no es muy grande, está pintada de color azul y cuenta con un pequeño altavoz

camuflado en cada una de las esquinas del techo. Una vez dentro, apoyo un brazo en el borde del hueco de la ventanilla, por el cual entra una suave brisa que alivia el calor concentrado en el asiento de metal, y pasan varios segundos durante los que me pregunto qué diablos estoy haciendo ahí.

Entonces escucho cómo unos nudillos golpean la puerta y una voz desconocida me hace volver el rostro.

—¿Se puede?

Mis ojos se encuentran con otros más claros y amables, con una mirada que hace que se me olvide respirar durante unos segundos. Debe de ser mayor que yo, rozando la treintena, y también es más alto, por lo que tiene que encorvarse un poco para no darse con la cabeza en el techo de la cabina. Su piel brilla con suaves destellos de purpurina dorada, como si fueran fragmentos de estrellas aferradas a su torso descubierto. Al sentarse frente a mí, me dirige la sonrisa más encantadora que he visto jamás.

—Ey. —Es lo único que logro articular a modo de saludo.

—Parece que soy tu copiloto —dice el desconocido con voz cálida.

—Sí —río un poco nervioso, y al momento noto cómo se me ruborizan las mejillas—, eso parece.

La atracción se pone en movimiento y yo contengo un grito de impresión. Permanecemos en silencio mientras nos elevamos poco a poco, pero enseguida empiezo a darme cuenta de que no he tenido la mejor idea del mundo subiéndome aquí. Veo los rostros de la gente cada vez más pequeños y desdibujados, y un hormigueo me recorre el cuerpo y hace que mis músculos se tensen como las cuerdas de una guitarra. Cuando la noria se detiene en el punto más alto de todos, alzo el mentón y trato de concentrarme en el horizonte para evitar pensar que estoy a muchos más metros de altura del suelo de los que debería. Desde aquí hay una vista panorámica de todo el recinto, que se ensombrece cada vez más a medida que el sol se hunde en el mar. Puedo ver varias pantallas gigantes parpadeando y mostrando una imagen con la frase: «Próxima actuación en el escenario Supernova: Pink Tokyo (en 20 minutos)».

—Guau —dice mi acompañante, captando mi atención. Tiene la barbilla apoyada en el puño y, con ese rostro que parece sacado de una revista, parece contemplar el paisaje con una calma absoluta—. Esto es más increíble de lo que imaginaba.

Entonces un pequeño timbre suena a través de los altavoces de la cabina y consigue sobresaltarme. Esto parece hacerle gracia al desconocido, que sonríe con una discreción mal disimulada.

«Queridos viajeros, a causa de una pequeña incidencia, la atracción estará detenida unos minutos. Por favor, permanezcan sentados en sus asientos hasta que podamos resolverla. Gracias».

—Pero bueno —suelto, incrédulo—, ¡esto tiene que ser una broma!

Y me doy cuenta de que estoy pensando en voz alta porque el chico de rostro amable y

camiseta ajustada me mira con curiosidad. Se acomoda en su asiento, echando la espalda hacia atrás y pasándose la mano por la nuca, sin despeinar su tupé rebelde. Es realmente sexy, todo hay que decirlo.

—No te preocupes, pelirrojo, no creo que tarden mucho en arreglarlo. —Nuestras miradas se encuentran y, al mismo tiempo que contemplo el atardecer aferrándose a sus pupilas, algo debe de llamarle la atención en mi rostro—. Oye, ¿te encuentras bien?

Cuando su cuerpo se encorva un poco para acercarse, un miedo irracional me empuja hacia atrás.

—¡No te muevas mucho! ¡Podríamos caernos! —Trato de controlar mi respiración, y también la necesidad de añadir algo más—: Y, para tu información, los pelirrojos tenemos nombre. El mío es Leo.

El chico parpadea unos segundos, sorprendido, y suelta una carcajada espontánea. ¿Qué le hace tanta gracia? Estoy hablando en serio.

—De acuerdo —responde—. Vamos a ver, Leo, ¿tienes miedo a las alturas y has decidido comprarte una entrada para la atracción más elevada de todo el festival? No ha sido algo muy inteligente por tu parte… No te ofendas, ¿eh?

Carraspeo y trato de enderezarme.

—En primer lugar, listillo, no me dan «miedo», solo un poco de respeto. Además, no me he comprado yo la entrada. —Estoy a punto de contarle que ha sido una tarotista con un negocio de pizza ambulante, pero, incluso solo pensándolo, suena tan absurdo que prefiero ahorrarme los detalles—. Me la han regalado.

—Ya veo —responde. Tiene una voz que transmite tranquilidad, grave y melosa al mismo tiempo—. Has venido acompañado, ¿entonces?

«¿Esta pregunta tiene segundas intenciones?». No lo sé, pero definitivamente he visto películas porno que empezaban en situaciones menos raras que en la que nos encontramos. Ya imagino el título: «Jovencito pelirrojo se lo monta con un morenazo fibrado en una atracción de feria a cincuenta metros de altura».

—Sí… —Vuelvo a mirar al exterior, tratando de desviar mis pensamientos. Los carteles anuncian que Pink Tokyo toca en menos de quince minutos. Puedo imaginarme a Ares y a los demás buscándome entre la multitud. Tengo que dar con ellos como sea. De verdad, vaya momento he elegido para improvisar… Estamos aquí juntos para disfrutar de ese concierto y yo estoy a punto de arruinarlo—. He venido con unos amigos, pero mi móvil se ha quedado sin batería y ahora no sé cómo voy a encontrarlos.

—Si lo necesitas, puedes usar el mío.

—Gracias, pero no me sé los números de ninguno de ellos de memoria. —Dudo un segundo, pero al final me puede la curiosidad—. ¿Y tú? ¿Hay alguien ahí abajo que te esté buscando?

Tiene una sonrisa dulce, poco calculada. Noto un aleteo en el estómago cuando se queda un momento en silencio, como si dudara en contestarme.

—¿Qué ocurre? —pregunto, sin darme cuenta de que yo también estoy sonriendo.

—Nada. He venido solo, aunque al principio no iba a ser así. —Hace una pausa—. Tengo una amiga en el equipo de marketing del festival que me consiguió entradas, y me parecía una pena desperdiciarlas.

—Ya veo… —Carraspeo—. Y, dime, ¿te ha gustado lo que has visto hasta el momento?

Él tarda un segundo en contestarme, pero acaba asintiendo sin quitarme los ojos de encima.

—Claro.

Silencio. Trago saliva mientras repaso mis palabras. Quizá acabo de flirtear sin darme cuenta de que estaba flirteando, un clásico entre pringados como yo.

—Yo solo vengo por Pink Tokyo —me apresuro a decir, tratando de atenuar la tensión que siento en el pecho—, pero a este paso voy a llegar cuando les quede poco para los bises.

—Fíjate, de esos me sé alguna canción y todo.

—¿De verdad?

Él comienza a tararear una melodía de una de sus canciones más populares, y yo me quedo embobado escuchándolo. Cuando termina, noto una expresión de vergüenza asomarse en su rostro sereno.

—Algo así, ¿no? —Ríe—. Definitivamente, no nací para ser cantante.

—¡Qué dices! Lo has hecho muy bien. Esa no es la letra, claro, pero…

—Ah, ¿no? ¿Y cómo es?

—No voy a cantar.

—Oh, ¡vamos! Yo acabo de hacerlo.

—Perdón, quería decir: no pienso hacer un ridículo espantoso.

—Leo —dice, como dando un paso en firme, y señala con ambas manos a nuestro alrededor —, estamos tú y yo solos, así que estás a salvo de hacer «un ridículo espantoso».

Me lo pienso, pero acabo aceptando su reto. Con voz temblorosa, intento entonar los versos de «Miss You Already», que es una de mis canciones favoritas, sin destrozarla demasiado:

> *You are all over my head, and you know it,*
> *birds in the sky seem to be lost again,*
> *I breathe while you call my name,*
> *It’s something we both do, all the time.*[2]

—¡Ey —exclama, arrancando a aplaudir—, no está nada mal!

—Gracias, gracias —respondo, riendo e inclinando un poco la cabeza en una reverencia.

En ese momento la noria vuelve a ponerse en marcha y, poco a poco, bajamos del cielo hasta poner los pies en la tierra. Los dos salimos de la cabina y nos dirigimos hacia la salida de la atracción y, al atravesarla, supongo que llega el momento de despedirnos. Nos quedamos quietos un instante, el uno frente al otro, y entonces se me ocurre decir algo en voz alta:

—Oye, ¿te apetece venir conmigo?

El chico me mira con una expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Contigo?

—Quiero decir, solo si te apetece… —De pronto, las palabras parecen tambalearse todas juntas en mi garganta. Hasta este instante no me había fijado con detalle en sus rasgos, en sus cejas gruesas y sus ojos de color miel, salpicados de un reflejo verdoso—. Y si vas a quedarte por aquí un poco más, pues… bueno, podrías venir con nosotros, si quieres. Mis amigos son muy majos y así no estarías solo. Aunque estar solo es una opción superbuena también, ¿eh? Tú decides.

—Leo —dice sonriendo—, gracias por ofrecérmelo. ¿Por qué no? Me apunto.

Es curioso porque apenas conversamos cuando nos dirigimos hacia el concierto, casi como si fuéramos dos extraños que, por casualidad, hubieran decidido seguir un mismo camino el uno junto al otro. El escenario Supernova está precedido por unas gradas de piedra que lo rodean en forma de semicírculo, como si se tratara de un teatro romano. Tal y como esperaba, hay gente allá donde mire. Ni rastro de Ares, Carla o Joan; solo una marea de caras desconocidas y nerviosas.

Y mi nuevo amigo, claro.

El suelo empieza a vibrar y, antes de darnos cuenta, Pink Tokyo aparece sobre el escenario dando saltos y llenando el recinto de luces de colores y de una melodía que pone a todo el mundo en pie. Al escuchar los primeros compases, se me pone la piel de gallina.

La hora mágica termina y la música nos transporta a todos a otro planeta.

Él me agarra con cuidado la muñeca, acerca sus labios a mi oído y dice en voz alta:

—¡Conozco esta canción!

Huele a una mezcla de sudor y olor cítrico y dulzón, a un cuerpo invadido por la euforia que se puede respirar ahora mismo. Entonces empieza a deslizarse a un lado y a otro con los ojos cerrados, abstrayéndose de todo lo que lo rodea. Observo su silueta mientras le alcanzan las luces rosas, moradas y azules de los focos, y entonces creo tener la extraña sensación de estar en mitad de un sueño. Yo también canto y bailo como si no hubiera un mañana y, tras un par de canciones más, su cuerpo y el mío recortan la distancia entre toda esta gente que nos rodea y aprieta. Noto sus brazos envolviéndome y el contacto de su piel contra la mía. Me recorre un calor que podría hacer que el planeta estallase en llamas. Él tiene que bajar un poco la cabeza para mirarme a los ojos y sonreír. Yo, con el corazón latiéndome muy fuerte, creo que estoy a punto de despertarme. Acerca su boca una vez más a mi oído y dice:

—Quizá no sea el momento, pero si no te lo pregunto creo que me arrepentiré. —Se detiene unos segundos antes de añadir—: ¿Te puedo besar?

Y, sinceramente, creo que no existe otra respuesta diferente a pegar mis labios a los suyos.

Hacía bastante tiempo que no besaba a nadie, y enseguida una corriente eléctrica y familiar me recorre todo el cuerpo. Me gustan sus labios porque no saben a alcohol o a ceniza. Porque es un

beso que, creo, ha nacido en algún momento en las alturas de esa noria gigante, pero ha encontrado su lugar ahora mismo. Me aferro a sus caderas con suavidad, y él toma mi rostro entre sus manos, que son finas y suaves, y ejercen la presión necesaria para que ambos sintamos que debemos estar así más tiempo.

No es hasta que escuchamos a la gente, gritando y aplaudiendo a nuestro alrededor porque la canción ha terminado, que nos separamos y nos miramos un instante.

«Dios santísimo, ¿qué acaba de suceder?».

Ruborizado, me doy la vuelta un momento para observar el escenario y aplaudir a la vocalista de Pink Tokyo, que saluda agradecida al público.

—¡Leo!

Una voz hace que mire hacia donde creo haber oído mi nombre. Y entre las cabezas del público distingo unos mechones de color verde; reconozco el rostro de Ares a tan solo unos metros de mí. Carla y Joan le acompañan y me hacen un gesto para que vaya a donde están ellos.

—Esos de allí son mis…

Cuando me vuelvo, veo que estoy rodeado de extraños. Miro hacia la derecha y la izquierda, pero no lo encuentro por ninguna parte. Estoy a punto de gritar su nombre, pero… Mierda, ni siquiera sé cómo se llama.

Me llevo la mano a los labios, donde sigo notando su aliento.

Pero él no está aquí. No está en ninguna parte.

Es como si se hubiera evaporado en mitad de un sueño de una noche de verano.

Capítulo 1

Octubre

Conectando con el servidor. Esperando respuesta.

Respuesta recibida. Bienvenido a GeoMessage3.

Por favor, introduzca su nombre de usuario y su contraseña.

Usuario: Leo_Walden

Contraseña: **********

...

El nombre de usuario y/o contraseña introducidos no son correctos. Por favor, introduzca un nombre de usuario y contraseña válidos.

Si tiene algún problema, debe contactar con el servicio técnico de su empresa.

Usuario: Leo_Walden

Contraseña: **********

...

Usuario y contraseña identificados con éxito.

Leo Walden (Becario de marketing en Ediciones Scorpion). Por favor, espera.

Bienvenido a GeoMessage3, el servicio de comunicación instantánea más completo y seguro para empresas. Si tienes cualquier duda o sugerencia, pulsa aquí para contactar con un agente de nuestro equipo.

Has abierto un nuevo chat privado a David Rueda (Informática).

Leo 09:10
Ahora sí, David. ¡Muchas gracias!

David 09:11
De nada, para eso estamos.

D **David** 09:11
Recuerda que la contraseña debes escribirla con mayúscula al principio.

Leo 09:12
No te preocupes, a partir de ahora ya no se me va a olvidar. L

Leo 09:12
Oye, ¿puedo hacerte una última pregunta? L

D **David** 09:13
Las que quieras, dime.

Leo 09:13
¿Lo de «becario de marketing» que aparece en mi perfil se puede quitar de alguna forma? Técnicamente no soy becario, y creo que podría resultar un poco confuso si alguien trata de comunicarse conmigo a través del chat. L

D **David** 09:13
Hummm…

D **David** 09:14
Pues técnicamente sí que se puede, pero me va a llevar unos días porque el cambio lo tendrá que aprobar primero Recursos Humanos. Son ellos los que asignan las categorías a los perfiles del programa.

D **David** 09:14
Déjame que lo consulte, ¿de acuerdo?

Leo 09:15
Claro. Si mientras en mi nómina no ponga lo mismo a final de mes, tampoco me corre prisa, 😊

David 09:14
¡Esperemos que no sea así!

David 09:15
Sería «asistente de marketing», ¿verdad? En el equipo de Noemí, si no me equivoco.

Leo 09:15
Sí, eso mismo: «Asistente de marketing en Ediciones Scorpion».

David 09:17
De acuerdo. Pues para cualquier otra cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme. Te mantengo informado.

Leo 09:17
Muchas gracias, David.

David 09:17
De nada.

David 09:17
Ah, ¡y bienvenido a Scorpion!

David Rueda cambió su estado a «Ocupado», quizá no conteste a tus mensajes.

Tienes 1 nuevo mensaje de Jessica Álvarez (asistente editorial en Ediciones Scorpion).

J

Jessica 09:34

Ey, nuevo.

Leo 09:35

¡Hola!

L

Leo 09:35

Perdona, ¿quién eres?

L

J

Jessica 09:37

Hace un rato, en el pasillo… ¿Recuerdas a ese desastre con patas al que se le han caído todos los papeles al suelo?

J

Jessica 09:37

Esa soy yo: siempre haciendo una gran entrada.

Leo 09:38

Claro que me acuerdo.

L

Leo 09:38

Perdona, esto de que el chat no tenga fotos es un rollo para ubicar a todo el mundo.

L

J

Jessica 09:39

No te preocupes, mi cara te la aprenderás rápido. Somos los únicos pelirrojos que hay por aquí.

J

Jessica 09:39

¿Primer día?

Leo 09:41
Pues sí, ¿tanto se nota?

Jessica 09:42
Bueno, un poco. Pero no te lo decía por eso.

Leo 09:42
¿A qué te refieres, entonces?

Jessica 09:44
Digamos que esta empresa es grande, pero la gente habla muy rápido y tu rostro no me resultaba familiar.

Jessica 09:44
Además, tienes pinta de ser asquerosamente joven. Con perdón.

Leo 09:45
😂 No te preocupes, me lo tomaré como un cumplido.

Jessica 09:47
¡Lo era! Y, aunque esto aún no lo sabías, eres justo la comidilla que estábamos esperando.

Leo 09:48
Vaya, vaya… ¿Y cómo es eso?

Jessica 09:48
Es lo que tiene el trabajo de oficina: a veces un buen cotilleo puede hacerte el día un poco más ameno.

Leo 09:50
L
Y yo que pensaba que trabajar en una de las editoriales más importantes del mundo sería algo emocionante… Ya sabes, ver los libros recién impresos, hablar con los autores, asistir a los eventos y firmas…

J
Jessica 09:51
A ver, no me malinterpretes. No está mal y la gente en general es bastante maja. Incluyendo tu jefa, aunque siempre esté corriendo de un pasillo a otro.

Leo 09:52
L
¿Te refieres a Noemí?

J
Jessica 09:53
La misma. A esa mujer le va a dar un infarto el día menos pensado.

Leo 09:54
L
La verdad es que cuando hice la entrevista con ella me dijo que, en caso de que me eligiesen, tendrían un poco de prisa para que me incorporase lo antes posible.

J
Jessica 09:54
Normal. Es que tu anterior tú, menudo pieza…

Leo 09:54
L
¿Mi «anterior yo»? ¿Acabas de citar *El diablo viste de Prada?*

Jessica 09:55
Exactamente. Dios mío, he tenido un buen presentimiento cuando me he cruzado contigo, y veo que no me equivocaba.

Jessica 09:55
Me refería al chico que estuvo antes en tu puesto.

Jessica 09:55
Se llamaba Iván. Era un tío un poco raro. Apenas hablaba con nadie de la oficina, y decía que el ordenador se le reiniciaba solo para no mover ni un dedo. Un día, simplemente, dejó de venir.

Leo 09:56
Buf…

Leo 09:56
Supongo que hay gente para todo.

Leo 09:56
Aunque, en realidad, eso para mí es un alivio, así será más complicado que me echen si meto la pata hasta el fondo.

Jessica 09:57
Estoy segura de que vas a hacerlo genial, no te preocupes.

Leo 09:57
Cruzo los dedos.

J **Jessica** 09:59
Aunque, ahora que me fijo, pensaba que no estaban buscando un becario en tu departamento.

Leo 09:59 L
No, no lo soy. Es un error del sistema. Me ha dicho David, el informático, que tardarán unos días en poder cambiarlo.

J **Jessica** 10:01
Aaah… Vale, eso tiene más sentido.

J **Jessica** 10:01
Bueno, para cuando necesites algo, estoy al final del pasillo, junto a las estanterías verdes.

Leo 10:01 L
¡Mil gracias, Jessica!

J **Jessica** 10:02
Puedes llamarme Jess, «Jessica» solo me llama mi jefe cuando he hecho algo mal. Y también mi madre.

J **Jessica** 10:02
Por cierto, a las once tomo café con unos compis. ¡Voy a meterte en el grupo y así puedes conocerlos!

Leo 10:02 L
Ah, ¿tenéis un grupo?

Jessica Álvarez te ha unido al grupo Vegan Coffee Queens.

J **Jessica** 10:02
¡Vamos, que solo queda una hora!

E **Elisa** 10:03
TODAVÍA UNA HORA. Madre mía, me voy a caer encima del teclado.

V **Violeta** 10:04
No entiendo cómo no nos tomamos el café nada más llegar, la verdad.

F **Fernando** 10:05
Porque algunos tenemos que entregar el informe de ventas a primera hora, Violeta.

V **Violeta** 10:05
Ay, es verdad.

E **Elisa** 10:06
Tú siempre tan ocupado, Fer…

F **Fernando** 10:07
Así es.

E **Elisa** 10:08
… y agradable.

J **Jessica** 10:08
Nenas, os presento a Leo. No me lo asustéis, que es su primer día.

Leo 10:08
¡Ey! Encantado de conoceros virtualmente.

Violeta 10:09
Luego nos ponemos cara, Leo.

Elisa 10:09
Eso, bienvenido.

Fernando 10:11
Qué hay.

Elisa 10:13
Me muero por un cold brew, de verdad.

Jessica 10:13
Creo que eres la única capaz de tomarse esa asquerosidad.

Elisa 10:14
Quizá, ¡pero me despierta!

Violeta 10:14
A ti lo que te despierta es el camarero, no mientas.

Elisa 10:14
¡Qué pesada! A mí ese no me interesa nada.

Violeta 10:15
Ya, ya...

Llamada entrante de Noemí Gómez (coordinadora de Marketing en Ediciones Scorpion).

Has aceptado la llamada.

Audio transmitido a través de auriculares y micrófono B-G75.

—Hola, Noemí.

—Buenos días, Leo. ¿Puedes pasarte por mi despacho en cinco minutos?

—Sí, claro. ¿Ocurre algo?

—No te asustes. Me gustaría presentarte a quien será tu compañero y supervisor a partir de ahora, y hablaros un poco a ambos del proyecto en el que tendréis que trabajar juntos.

—De acuerdo. En cinco minutos estoy ahí. Novena planta, ¿verdad?

—Verdad. Hasta ahora, Leo.

—Hasta ahora, Noemí.

Capítulo 2

«Parece mentira que Scorpion esté en el centro de Madrid», pienso mientras me desplazo hasta el ascensor y pulso el botón con el número 9. Tal y como es el edificio, podría encajar mejor en una ciudad más grande, como Nueva York o Londres. Y, sin embargo, aquí está. De aquí es de donde han salido tantas de las historias que leía cuando era pequeño y que, con el paso de los años, me animaron a escribir las mías propias.

Siempre me ha gustado ver la literatura así, como si fuera un refugio, un lugar en el que aprendes cosas, visitas lugares nuevos y te enamoras de esos personajes con los que acabas llorando cuando llega el momento de despedirse. Por eso acabé echando la maldita beca europea. Porque pensé que yo, algún día, podría conseguir que la gente se emocionase con alguna de mis historias, las mismas que se acumulan en mi ordenador personal y que jamás he enseñado a nadie más que a mamá. Si me hubieran aceptado en el programa, quizá habría logrado terminar algo que valiese la pena y pudiera presentar a un editor. Quizá habría tenido la oportunidad de crear un nuevo refugio para los demás.

«Agh, Leo, pero qué idea tan estúpida».

Me ajusto la bandolera y espero a que las puertas metálicas del ascensor se abran nuevamente. En la novena planta todo es más sobrio que en el resto de las zonas que he podido visitar del edificio hasta el momento. De hecho, solo consta de un pasillo gris enmoquetado con puertas metalizadas a mano izquierda, que dan a los despachos de directores y coordinadores de departamentos, y un par de cuartos de baño a mano derecha. Nada que ver con «la pradera» (así es como llaman al lugar en el que se encuentra mi puesto), llena de color y estanterías con libros por todas partes.

El despacho de Noemí sigue una línea minimalista. Es amplio, elegante y huele a lavanda. Apenas hay muebles (tan solo su escritorio y un par de sillas de cuero frente a él), y está únicamente decorado con un relieve de escorpión grabado en una de las paredes blancas, que parece resplandecer gracias a la luz que atraviesa los ventanales. Debajo puede leerse el *tagline*[3] de Scorpion escrito en cursiva: «Porque hacemos que las grandes historias cobren vida».

Cuando cierro la puerta, Noemí levanta la vista de su ordenador y esboza una pequeña y calculada sonrisa.

—Leo —dice señalando una de las enormes sillas—. Por favor, siéntate.

—Gracias —contesto un poco cohibido.

Me percato de que no estamos solos. Un chico sentado de espaldas a mí ocupa el lugar contiguo al que señala Noemí. Mi futuro supervisor, deduzco. Lo cierto es que ni se inmuta cuando me oye llegar. Noto cómo el pulso se me acelera un poco y siento un suave pinchazo en el estómago mientras me acomodo.

No es hasta que tomo asiento que ambos nos miramos el uno al otro por primera vez.

—Te presento a tu compañero y supervisor, Roberto Real.

Y entonces el sonido parece escaparse de la habitación; quizá por una grieta en las paredes que no alcanzo a ver o a través de la cerradura de la puerta, no estoy seguro. Y si no es así, si no es cierto que el despacho queda sumido en el silencio más absoluto, al menos yo dejo de oírlo todo.

En cuanto me encuentro con esos ojos, de color miel y salpicados por un reflejo verdoso, algo parece despertar en un rincón de mi cabeza. Empiezo a escuchar el vaivén del mar, el murmullo de los pájaros sobrevolando el agua y una canción terriblemente desafinada acariciando las paredes del interior de mi cráneo. Todos estos recuerdos se superponen poco a poco y traen de vuelta el olor de la playa de Barcelona. Siento el sol del verano abrazando mi espalda, el tacto de sus brazos rodeándome en mitad de un estribillo y la arena colándose dentro de mis zapatillas hasta que mi cuerpo parece pesar toneladas.

Hay recuerdos que, si no los reclamamos a tiempo, pueden llegar a desmaterializarse. Pero él ha vuelto a aparecer, como si supiera que, sin darme cuenta, estaba a punto de olvidarle.

—Vaya —digo, notando cómo se me dibuja una sonrisa en el rostro—. Tú eres…

—Encantado de conocerte, Leo.

Su mano, grande y fina como la de un pianista, parece quemar la mía al estrecharla con firmeza, y a mí se me olvida lo que iba a decir a continuación. Tiene la piel suave y oscura, cubierta por un intenso perfume cítrico. Apostaría cualquier cosa a que es el mismo que llevaba en el festival, sobre su camiseta de tirantes negra y ajustada y su pecho cubierto de destellos de purpurina. Porque, aunque todo lo que nos rodea me ha hecho dudar durante unos segundos (el lugar, el momento y su evidente corte de pelo), puedo ver una vez más el atardecer del verano alrededor de sus pupilas, y la duda se desvanece para dar paso a la sorpresa. Estoy totalmente seguro: él es el chico que se evaporó en mitad de la noche.

—¿Tú eres…? —Lo intento una vez más—. ¿Tú y yo…?

Pero veo que no reacciona ante lo que estoy tratando de preguntar. Noto la mirada de nuestra jefa posada en mí, con una expresión de curiosidad en el rostro.

—¿Os conocéis?

Estoy a punto de decir que sí cuando Roberto se vuelve bruscamente y cruza sus brazos como si algo le molestara.

—En absoluto.

Su respuesta devuelve el silencio a la habitación. Un silencio denso e incómodo que consigue

llevarse de un plumazo el sol y la música, haciendo que me quede con una cara de imbécil perfecta para mi próxima foto de perfil.

«¿Disculpa?».

—Bueno, Roberto —dice Noemí—, tal y como te estaba comentando, a partir de ahora contarás con la ayuda de Leo Walden, que va a estar con nosotros hasta finales de enero, para ayudarte a ejecutar la campaña de *El tiempo que nos separó*…

Nuestra coordinadora se lanza a explicarnos, sin más dilación, las bases sobre las que deberemos trabajar los siguientes meses para promocionar la nueva novela de Emma B. Linderman. Debería estar conteniendo gritos de emoción al tratarse de una de mis escritoras favoritas, pero me cuesta atender a las palabras de Noemí. Siento como si mis extremidades se hubieran vuelto rígidas, o como si me hubieran atado el cuerpo con cuerdas a la silla del despacho. Pero en plan secuestro, claro, nada sexy.

Me arriesgo a robarle una última mirada a Roberto, que permanece impasible a mi lado, como si este reencuentro no le afectase en absoluto. O lo que es peor: como si, de alguna manera, decidiera ignorarlo.

—… debemos garantizarle el éxito, magnificar su presencia en los medios todo lo que esté en nuestra mano. Ya he hablado también con el equipo de comunicación para esto. Quiero ver su rostro en todas las librerías y centros comerciales, en los anuncios del *Candy Crush*, y comprarle un espacio en la maldita portada de *Vogue*, si es necesario. No dejaremos que se convierta en una *one hit wonder*. La competencia está tratando de hacerse con ella, así que no podemos permitirnos el lujo de fallar. —Noemí nos lanza una mirada tenaz mientras cierra su agenda—. ¿Alguna pregunta?

Parpadeo. Por primera vez desde que he puesto un pie en la empresa, empiezo a plantearme dónde me he metido. Comienzan a sudarme las palmas de las manos y me las froto disimuladamente contra el pantalón. Todo lo que nos ha explicado es muy ambicioso, como no podía ser de otra manera en una empresa como esta, y por un momento sus intenciones se me figuran algo grandes. Al fin y al cabo, en la oferta de empleo no decía nada sobre… bueno, sobre «esto». Jamás pensé que yo, un recién graduado universitario, estancado profesional y emocionalmente, fuera a meterme de lleno, según palabras de nuestra jefa, en «una de las campañas decisivas de este año para Ediciones Scorpion». ¿Será que el destino me tiene preparado algo importante?

—¿Y qué hay del material del que partimos? —interviene Roberto. Su voz es suave y rasposa, y me zarandea como una ola rompiendo en la orilla—. ¿Has leído la novela?

—Por supuesto que no.

—Genial —replica él, claramente frustrado.

—¿Qué esperabas, Roberto? —replica Noemí, sonriendo. Y de pronto su fachada, inamovible y formal hasta el momento, desaparece para dar paso al hastío—. El capullo de su editor ha aprobado el texto, y a mí con eso me basta. No he tenido tiempo para leer un libro en

condiciones desde que volví de vacaciones. ¿Acaso tú sí lo has hecho?

—¿De verdad? —se me escapa.

Noemí y Roberto me miran al mismo tiempo, como si hubiese hecho una pregunta realmente absurda, y me entran ganas de abrir el ventanal del despacho para dejarme caer nueve plantas hasta el asfalto. Noto cómo me arden las orejas. Sin embargo, nuestra coordinadora me dedica una sonrisa amable antes de contestarme.

—De verdad, Leo. Si tuviera que leerme todos los libros de las promociones que coordino, no me daría tiempo a hacer mi trabajo. Y, Roberto, no pongas esa cara tan larga. Esto no te va a suponer tanto trabajo como esperas. —Me señala—. Antes no contabas con un asistente tan eficiente como el que tienes ahora.

Mi supervisor se levanta de la silla.

—Ya. Claro. Danos unos días para hacerte llegar la primera propuesta.

—El comité se reúne dentro de dos semanas. Sería una buena ocasión para que presentaseis el plan de marketing, ya que Úrsula estará allí y le gustará ver que lo tenemos todo bajo control.

—Hecho. Aunque podrías haberme avisado antes de que… se incorporaría hoy.

—¿Es que acaso no lo hice? —El tono sarcástico de Noemí es evidente.

Roberto me lanza una última mirada y mi estómago da un vuelco. Me siento como un roedor a punto de ser aplastado.

—Puedes marcharte a casa, Leo —dice con voz fría—. Tenía algunas reuniones ya programadas con proveedores a las afueras y no puedo cancelarlas.

«¿A casa? ¿Es una broma?».

—Puedo acompañarte, si quieres —me ofrezco, usando un tono conciliador.

—No, está bien así. Mañana nos pondremos a revisar todo esto.

Sin darme tiempo a añadir nada más, mi supervisor se encamina hacia la puerta y abandona el despacho. Yo me quedo anclado en el sitio y creo que olvido respirar durante unos segundos. ¿Qué acaba de suceder?

Noemí parece haberse percatado de mi desconcierto. Recobra la compostura y se dirige hacia mí con amabilidad, como tratando de compensar el desplante de su (nuestro) colega:

—Creo que tendrás que acostumbrarte a tu compañero, Leo. Roberto es un profesional brillante que… camina a su propio ritmo. Pero estoy segura de que en unos días trabajaréis codo con codo sin problemas. Aprenderás mucho de él.

Asiento en silencio, como si no tuviera alternativa, y me levanto de la silla para retirarme. Sin embargo, a ella le quedan unas últimas palabras que añadir:

—Ah, y ahora que acabas de aterrizar aquí, me gustaría aconsejarte que tengas muy al día tu correo electrónico. Es un fetiche muy contagiado en esta oficina comunicarse de esta forma a pesar de tener a alguien a dos metros de distancia, ¿sabes?

Bienvenido a tu ordenador personal, Leo. Accediendo automáticamente a tu cuenta de GMail.

Mensajes: No tienes nuevos mensajes sin leer en tu bandeja de entrada.

De: leo.walden@gmail.com
Para: daniel.walden@musicgroup.com
Asunto: ¡Primer día!

Hola, papá:

¿Qué tal estás? He intentado llamarte varias veces, pero comunicabas. No te preocupes, sé que andas ocupado.

Te escribo porque hoy ha sido mi primer día en el nuevo trabajo y, bueno… puedes respirar tranquilo, no me han despedido. Al menos, de momento. Ha sido un poco raro porque solo he tenido que estar allí unas horas, tratando de ubicarme, hasta que he conocido al que será mi supervisor. Digamos que no ha sido el mejor arranque, la verdad.

Eso sí, estoy muy emocionado porque ¡voy a trabajar en la campaña de lanzamiento del nuevo libro de Emma B. Linderman! No sé si te acordarás, pero es una autora con la que me obsesioné el año pasado durante el verano, cuando fuimos de vacaciones a la playa. Tiene casi un millón de seguidores en redes sociales y su primera novela fue todo un éxito de ventas, así que el listón está bastante alto. Y lo mejor de todo es que tiene tan solo veinticinco años. Es una locura, ¿no te parece? Ojalá en unos años yo pueda llegar a la mitad de lo que ella ha conseguido, nada me haría más feliz: escribir y que la gente vibre al leer mis historias… Pero aún me sigue costando ponerme a ello desde que recibí aquel mail del programa de residencias. No sé, supongo que estoy en un bache creativo. ¿A ti también te ocurre con tus canciones?

Cuéntame, ¿qué tal va todo por Latinoamérica? Hace un par de noches salisteis en las noticias mientras cenábamos. La gente parece volverse loca con el nuevo single, ¿no?

Bueno, avísame cuando puedas y hacemos una videollamada, si quieres.

Te echo de menos,

Leo

Capítulo 3

A la mañana siguiente, despertarme resulta una tarea complicada. Hacía meses que no me tocaba madrugar tanto, ni siquiera cuando trabajaba en la floristería con mamá. Cuando consigo incorporarme sobre el colchón, me llevo las manos a la cabeza y decido quedarme un rato así sentado, en silencio. Parece que mi cerebro pese cien toneladas y me siento agotado. He dormido peor que mal y enseguida pienso que toda la culpa la tienen los raviolis de anoche. Tal vez cené algo más de lo que estoy acostumbrado, pero es que hacía tiempo que mamá no los cocinaba y tuve que aprovechar la oportunidad.

Me froto la frente y resoplo. No he parado de soñar con cosas que, cuando hago el esfuerzo por recordarlas, parecen desintegrarse en el aire como trozos de papel ardiendo.

Los ojos cerrados, un ritmo constante que se alarga en el tiempo y calor. Calor por todas partes.

Miro el reloj digital que está sobre mi escritorio. Son las 07.02. Aún tengo algunos minutos —los mejores, de hecho— para acurrucarme un poco más entre las sábanas, pero decido no rendirme a la idea porque me conozco, y lo peor que podría hacer para empezar mi segundo día de trabajo es llegar tarde. Así que, en lugar de eso, me levanto y me dirijo al baño.

El agua caliente de la ducha se encarga de llenarlo todo de vapor.

Sé que la gente utiliza agua fría para despertarse, pero yo esa responsabilidad se la delego al café. Ya me parece suficiente castigo levantarse pronto, como para además tener que echarme hielo encima cada mañana. Cuando salgo y deslizo la mano sobre el espejo, observo mi reflejo unos segundos mientras me seco la cabeza con la toalla.

Así es como luce un recién graduado con trabajo, al parecer. Uno que no sea en el negocio de la familia, quiero decir. Y aunque los últimos meses han sido complicados —resulta evidente que he perdido algo de peso—, todo lo demás sigue igual por fuera: el mismo pelo cobrizo e indomable, la piel tan pálida que a veces hace creer a mi madre que estoy enfermo, y los mismos ojos aburridamente marrones, teñidos con una pizca de inseguridad que trato de ocultar siempre que me lo permito. Ah, bueno, y esa marca de nacimiento que tengo en el pecho, como una mancha rosada que se extiende por mis inexistentes pectorales. Me fuerzo a sonreírle a mi reflejo, pero me sale una mueca que no me acaba de convencer, así que desisto y me voy al dormitorio para vestirme.

Antes de salir de casa echo un vistazo a la habitación de mamá, que sigue dormida mientras la claridad del amanecer se cuela por debajo de la persiana, que está a medio bajar. Me doy cuenta de que se le ha caído la sábana, así que me acerco despacio y la arropo, tratando de no despertarla. Hace poco tiempo que ha conseguido volver a dormir bien. Sobre su mesilla de noche veo un calendario con el día de hoy rodeado en rotulador rojo. Ha escrito tres palabras al lado: «Ver a Míriam».

De camino al trabajo, y gracias al café americano que llevo en mi termo, acabo de despejarme. Aunque aún no ha llegado el invierno, se nota el frío de las primeras horas del día. Esta sensación contrasta con el metro de Madrid, que, por muy rápido que sea y por muchas zonas que abarque, es un asco en hora punta. Los vagones van tan llenos que cualquiera diría que, en lugar de dirigirnos al trabajo o a la escuela, vamos directos a un matadero. Y, por si fuera poco, al parecer la gente tiene fuerzas y ganas de discutir a las ocho de la mañana.

—¡No me empuje!

—¡No le he empujado, hombre! ¡Lo que pasa es que no me está haciendo hueco!

Al llegar a la entrada del imponente edificio donde está Scorpion, un manojo de nervios que hasta el momento no existía despierta justo en la boca de mi estómago. Porque una parte de mí, esa a la que más le cuesta hacer frente a nuevas situaciones, tiene ganas de darse la vuelta y huir a pesar de haber intentado convencerse durante el trayecto de que va a ser un buen día. Automáticamente, mi cerebro me traiciona y empieza a hacer una lista de todas las cosas que podrían salir mal:

- Puede que te despidan.
- Puede que no hagas amigos y comas solo a la hora del almuerzo como te ocurría en el instituto.
- Puede que se te meta un virus en el ordenador y acabes filtrando información confidencial. Y que te despidan, claro.
- Puede que tu jefe te odie, que continúe ignorándote y haciendo como que no te conoce de nada. Y que después te despida, claro.
- Puede que la campaña que te han asignado sea un rotundo fracaso y entonces tengas que darte a la fuga o inscribirte en un programa de protección de testigos.

Respiro hondo y doy un paso adelante, tratando de tranquilizarme.

«Puedes con esto, Leo».

Cuando entro en el vestíbulo de Scorpion, Celia, la recepcionista que está detrás del amplio escritorio, me saluda con una sonrisa tan amable que consigue quitarme un poco de tensión de los hombros. Se la devuelvo de forma automática. Parece que hay que hacer cola para acceder a

las oficinas, ya que dos de los tres tornos de la entrada están averiados. Detrás de mí, un grupo de cuatro personas armadas con vasos de cartón se dan los buenos días y empiezan a charlar entre ellas. Llega mi turno, así que paso la tarjeta de identificación para tomar uno de los ascensores que aterrizan en la planta baja. El grupo pasa conmigo y las puertas metálicas se cierran, precedidas por el sonido de un timbre. No paran de hablar, así que trato de no parecer un intruso enredado en sus conversaciones y echo un vistazo rápido a mi teléfono.

Sin embargo, creo oír mi nombre entre una de las voces que me rodean. Alzo la vista y compruebo que dos chicas que están a mi derecha me miran sin ningún tipo de discreción. La verdad es que no podrían ser más diferentes entre sí.

—Tú eres Leo, ¿verdad? —exclama la más alta. Me llaman especialmente la atención las gafas de pasta roja que sujeta su nariz afilada. Tiene unos ojos azules preciosos y lleva una chaqueta motera que le da un look muy de tía chula.

—Sí. —Carraspeo, sin poder contener mi sorpresa. ¿Es que han puesto carteles de busca y captura con mi jeta en la oficina y no me he enterado?—. Perdonad, ¿os conozco?

—No personalmente —dice la otra chica, de apariencia más joven y piel más oscura, tendiéndome la mano con una energía más contenida. Parece un cervatillo y su voz irradia un halo de paz que contrasta con la de su compañera. Viste con una falda corta de cuadros marrones y un cárdigan amarillo pastel que parece realmente suave—. Soy Elisa, y ella es Violeta. Disculpa que te abordemos así, pero es que ayer nos quedamos con ganas de tomarnos un café contigo.

—Qué bien hablas, Eli. Qué forma tan elegante de decir que nos dejó algo así como tiradas. —La chica alta sonríe, quitándole así hierro a sus palabras.

—¡Oh! Vale, ahora lo entiendo —contesto—. Encantado de conoceros. Y os pido disculpas, ayer me entretuvieron en una reunión y para entonces ya os habíais marchado.

—Tranquilo, nos tomamos un café cuando quieras. Tu jefe es Roberto Real, ¿verdad? El tío está como un queso.

—Violeta —interviene Elisa, casi como si el comentario le molestara—, te recuerdo que eres vegana.

—Pues como un queso vegano, entonces: firme, intensito y del que desearías probar más de un bocado entre horas.

Esto último me hace reír.

—¿Conocéis a mi jefe?

—Sí —afirma Violeta—. Bueno, todo lo que se deja conocer, claro. Es educado, inteligente y si te cruzas con él por los pasillos siempre te saluda con una sonrisa encantadora.

«Vaya —pienso un momento—, ¿quizá ayer tenía un día de perros y por eso se comportó… bueno, como un capullo?».

—Pero, por supuesto, nunca le verás almorzar en el comedor —nos interrumpe una voz masculina—. Ahí solo queda sitio para la plebe como nosotros.

Entonces reparo en el chico que está apoyado junto a ellas, tecleando a toda velocidad en su teléfono. Deduzco de quién se trata. Tal vez sea a causa de su escasa interacción en el chat, pero realmente me lo esperaba de otra forma. Como un hombre mayor y muy borde, para qué engañarnos. Sin embargo, es bastante joven, aunque trate de aparentar lo contrario enfundado en ese traje con corbata y zapatos brillantes. Sus ojos verdes, encajados en un rostro que parece esculpido en marfil, se dirigen ahora hacia mí. Sonríe.

—Disculpa, que no me he presentado formalmente. Soy Fernando.

—Encantado de conocerte. —Le devuelvo la sonrisa, tratando de ocultar que me ha intimidado un poco.

—Seguro que lo ha deducido, Fer. Tu energía en esta oficina es única. —Violeta se dirige ahora hacia mí—. No le hagas mucho caso, es que sabe que no tiene ninguna oportunidad con él. Y no hay cosa que más le moleste, ¿verdad?

Fernando chista y niega con la cabeza, ignorando el comentario. Pasan algunos segundos incómodos en los que nadie dice nada. No entiendo muy bien qué es lo que ocurre, pero entre ellos tres parece existir una extraña dinámica que ahora mismo no consigo descifrar. En cualquier caso…

—Bueno, ¿y me perdí mucho ayer? Cuando bajasteis a por café, quiero decir.

—Nada que no podamos contarte ahora. Estuvimos hablando sobre la fiesta de cumpleaños de esta jovenzuela, que ya cumple treinta.

La «jovenzuela» le da un codazo a Elisa, mortificada. Me fijo, divertido, en que se le han puesto las orejas coloradas.

—Pero bueno, ¿quieres cerrar el pico? Para el resto del mundo seguiré teniendo veintinueve. Me niego a abandonar la veintena, no estoy preparada. Y tampoco tengo la estabilidad económica que aseguran que llega a los treinta.

El ascensor se detiene en el piso número cinco y abre sus puertas.

—Vuestra planta, chicas —avisa Fernando sin levantar la vista de la pantalla.

Elisa me apunta con un dedo.

—¿Te veremos allí el sábado?

—¿A mí? ¿Estoy invitado?

Eso no me lo esperaba.

—Claro, hombre —asegura Violeta—. No te preocupes, que no te guardamos rencor. ¿Qué, vendrás? ¡Es de disfraces! Así que búscate uno bien chulo, ¿eh?

No es que yo sea precisamente la persona más fiestera del mundo, pero no puedo dar otra respuesta. Sería algo así como un suicidio social. Tengo que ir, sí o sí.

—Cl… Claro.

Las chicas abandonan el ascensor, que queda sumido en un perfecto silencio mientras continúa ascendiendo. Fernando ya no está atento a su móvil, porque ahora me recorre con la mirada sin decir nada, aún apoyado en el espejo que cubre la pared y que devuelve su reflejo con nitidez. Su

expresión resulta realmente inescrutable, como la de una serpiente atenta a un nuevo estímulo que ha aparecido a su alrededor. Me remuevo, incómodo, con la necesidad imperiosa de decir algo, pero sin saber el qué.

Volvemos a detenernos una vez más. Hemos llegado a la séptima planta.

—Bienvenido a Scorpion, Leo —dice antes de bajarse con elegancia del ascensor, dejándome con la palabra en la boca.

Capítulo 4

Ahí está, a tan solo unos pasos de mí: camisa de lino verde, maletín negro y una mirada concentrada en la pantalla del portátil que descansa sobre su escritorio.

Todo el mundo tiene un mal día. Todo el mundo merece una segunda oportunidad, ¿verdad? Tomo aire, decidido, y me acerco para saludar a mi supervisor con la mejor de mis intenciones.

—¡Buenos días, Robert! —exclamo alegremente, y al momento me doy cuenta de que quizá he sido demasiado entusiasta. Algunos rostros a mi alrededor se vuelven con curiosidad, reparando en mi presencia, y después está él, que parpadea sin inmutarse demasiado.

—Buenos días, Leo.

Sigue tecleando con fuerza.

—Oye, quería decirte que he tenido algunas ideas para la campaña de Emma. ¿Te gustaría que las comentásemos? Son solo algunos bocetos, pero…

Y entonces veo cómo cierra el portátil con un gesto rápido y empieza a guardarlo en su maletín. Desde luego, no me espero las palabras que vienen a continuación:

—Lo siento mucho, pero tengo que irme.

Necesito unos segundos para procesar su respuesta.

—¿Cómo dices?

Él echa un vistazo al reloj que lleva en la muñeca y suelta un suspiro.

—Noemí se hizo un lío con las fechas de tu incorporación, así que no esperaba conocerte hasta dentro de un par de días, y tengo algunos compromisos en mi agenda que no puedo cancelar. —Estoy empezando a ponerme un poco nervioso. Pero en plan nervioso cabreado. ¿Es que nadie le ha dicho a este tío que cuando tienes una conversación con alguien hay que establecer contacto visual?—. Pero no te preocupes, que tengo una tarea para ti. Acompáñame, ¿quieres?

Roberto se levanta y echa a andar hacia el otro extremo de la pradera. Al ser más alto que yo, me cuesta seguir el ritmo de sus pasos. Nos cruzamos con algunas personas a quienes él saluda con amabilidad, sin detenerse a hablar con ellas, y yo, a riesgo de parecer el recién llegado que soy, no puedo evitar sorprenderme con la cantidad de libros que hay en todos los rincones de esta oficina. ¿Podré llevarme alguno a casa, a pesar de la enorme lista de lecturas pendientes que se acumulan en mis estanterías?

Llegamos a una sala sin ventanas, poblada de estantes metálicos con papeles y carpetas y una

máquina fotocopiadora que él empieza a manipular con rapidez. Enseguida el trasto emite un sonido mecánico y las hojas de papel impresas salen una detrás de otra.

—Esto de aquí es el manuscrito de *El tiempo que nos separó*. Te he reservado la biblioteca de la planta diez para que puedas leerlo tranquilamente y redactes los puntos más importantes que podremos destacar y nos ayudarán a definir la campaña. Mañana empezamos el *brainstorming*, ¿de acuerdo?

—Eh… —Tengo la garganta seca, y también preguntas que hacer, claro, pero a causa de su actitud soberbia no me sale ninguna. Es increíble cómo su voz, sin apenas cambiar el tono, adquiere un matiz frío al dirigirse a mí. Me siento como un completo idiota porque, claramente, este tío está haciendo como si no nos conociéramos de nada—. Sí, claro.

—Bien. —Creo que está a punto de irse, pero entonces da un paso hacia mí y recorta la distancia entre nosotros—. Ah, y una cosa, Leo.

Huelo su perfume una vez más, en su piel limpia y lisa de la base del cuello. Lleva el primer botón de la camisa desabrochado.

—S… ¿Sí?

Sonríe, y estoy de acuerdo con lo que ha dicho antes Violeta en el ascensor: aunque me jode, el tío tiene una sonrisa encantadora.

—Me llamo Roberto, ¿de acuerdo? No Robert. Roberto.

Se me hace un nudo en la garganta que no consigo desatar. Asiento sin añadir ni una palabra y él se despide con un gesto.

Mi cabeza empieza a dar vueltas. Creo que las piernas están a punto de fallarme, pero entonces un par de chicas aparecen en la sala cuchicheando y riendo. Creo que no las he visto antes y, como no parecen percatarse de mi presencia, me quedo apoyado en la fotocopiadora, esperando a que termine de imprimirse el manuscrito, tratando de procesar lo que acaba de ocurrir.

—Al parecer, ya no lo lleva encima…

—Vale, eso es superraro. ¿Quizá ha habido una amante de por medio?

—Vete tú a saber.

En mi cabeza, sus voces pierden fuerza a pesar de seguir hablando. La fotocopiadora se detiene y yo cojo el manuscrito y salgo de allí, haciendo un esfuerzo para no derrumbarme y quedar, una vez más, en ridículo.

Llegar a la biblioteca y cerrar la puerta tras de mí consigue disipar un poco esta presión que llevo sintiendo en el pecho desde hace unos minutos. Aquí hay un silencio absoluto y, cuando vuelvo a abrir los ojos, descubro que estoy en uno de los sitios más increíbles que he pisado en mucho tiempo. Dejo el manuscrito sobre la enorme mesa de madera que hay en el centro y recorro la sala con la vista, maravillado.

Se trata de una estancia rectangular, con una de las paredes conformada por gruesos cristales

que ofrecen unas vistas que quitan el hipo. Desde esta altura, las personas y los vehículos que recorren la Gran Vía parecen muy pequeños, como si al otro lado la ciudad se convirtiera en el interior de una enorme pecera a la que poder asomarse. Cuando miro hacia abajo, una sensación vertiginosa me recorre el estómago y hace que me aparte de un salto. Espero que, más que cristal, esto sea metacrilato.

El resto de la sala es como encontrarse en el sueño de cualquier persona a la que leer le haya cambiado la vida. Las paredes están cubiertas por estanterías llenas de libros, libros y más libros, de tamaños, colores y anchos diferentes. Deslizo la mano por ellos hasta que, de pronto, distingo un lomo de color malva que identifico al instante. Se trata de un ejemplar de *Dispárame al corazón*, la novela debut de la autora a la que ahora tengo que asegurar el éxito. Al abrirlo compruebo que es una primera edición, y en la primera página hay una dedicatoria manuscrita de la autora. Las palabras, escritas con una caligrafía curvada y de trazo firme, dicen lo siguiente:

Para toda mi familia de Scorpion. Por creer, como yo, en el amor, aunque no sepamos del todo qué es lo que eso significa.

Emma B. Linderman

De pronto la puerta de la biblioteca se abre de par en par y, como un niño al que acaban de pillar con las manos en la masa, cierro el libro al tiempo que Noemí aparece y me observa desde la entrada. Hoy ha decidido combinar un mono a rayas blancas y negras con unas gruesas zapatillas deportivas que, desde luego, parecen definir bastante bien dos de los perfiles de mi jefa: tan pronto podría estar presentando una gala benéfica con extrema gracia y simpatía como dando patadas a un saco de boxeo hasta destruirlo.

—Ah, ya estás por aquí. Oye —dice mirando el ejemplar que tengo en las manos—, no estarás pensando en llevarte eso a tu casa, ¿verdad?

—Có… ¡¿Cómo?! —exclamo, notando mi garganta bloqueada por unos segundos—. ¡No, claro que no! Solo… solo estaba…

Entonces Noemí rompe a reír inesperadamente como si acabase de contar un chiste graciosísimo.

—¡Tranquilo, Leo, tan solo era una broma! A veces los adultos bromeamos, ¿sabes? —Recobra un poco la compostura y yo aprovecho para respirar hondo—. Roberto me ha llamado. Solo quería asegurarme de que no te quitaban la sala. Es un clásico lo de «vaya, pensaba que la había reservado yo».

—Ah… —digo, aún paralizado. Definitivamente, no termino de pillar el humor en esta empresa—. Gra… gracias.

—De acuerdo. —Y antes de darse la vuelta para salir, me mira una última vez—. Ah, Leo, te

pido que disculpes a Roberto. Es cierto que… Bueno, nos hicimos un lío con las fechas y tiene algunos asuntos aún pendientes de cerrar. Me ha dicho que te ha dejado cosas para hacer, ¿cierto?

—Sí —contesto, saliendo del pequeño *shock*—. Sí, tengo cosas que hacer.

—Bien. Si necesitas algo, estaré en mi despacho.

—Gracias, Noemí.

Ella asiente con la cabeza y vuelve a dejarme solo. Después, dejo el libro en la estantería y me acerco a la mesa para sentarme y empezar a leer el manuscrito de Emma. Sin embargo, antes pasa por mi cabeza un último pensamiento. Uno que, desde luego, necesito terminar de entender si no quiero volverme loco. Porque aún me quedan MESES de trabajo a su lado.

«¿Qué cojones pasa contigo, Roberto Real?».

Capítulo 5

> Cuando dos personas se conocen sin haberlo planeado, hay muchas cosas a tener en cuenta que han condicionado ese momento: el día, la hora, el minuto e incluso el segundo exacto; si llueve o si no, por si alguno decide quedarse en casa; el lugar en el que se produce el encuentro, que puede ser una plaza, una cafetería o hasta un aeropuerto; incluso otras pequeñas acciones que pueden cambiarlo todo, como salir tarde del trabajo o esperar al próximo tren si el anterior va demasiado lleno. Se trata de una concatenación de eventos y posibilidades diferentes e infinitas, tantas como tratar de calcular las gotas de lluvia que caen en una tormenta.
>
> Por lo tanto, y después de haberlo reflexionado tras estos años, he llegado a la conclusión de que fue un auténtico milagro que tú y yo llegásemos a cruzarnos aquel día.
>
> Extracto de *El tiempo que nos separó,*
> de Emma B. Linderman

Bruno y yo nos conocimos como lo hacen gran parte de los universitarios no heterosexuales de Madrid de dieciocho años recién cumplidos: en esa discoteca que está cerca de la plaza de España y a la que ya no voy desde que las entradas han duplicado su precio original. Es un local que pasaba un poco desapercibido en sus inicios, o al menos así era cuando mis compañeros de clase me arrastraron a él por primera vez. Crearon un grupo de WhatsApp (que no hemos vuelto a utilizar desde que nos graduamos) que se llamaba «La vida es G-A-Y», en referencia a un trabajo acerca de la película de Benigni que teníamos que entregar la semana siguiente.

Para ser justos, yo no estaba seguro de querer ir, al menos al principio. No sabía qué era exactamente lo que me echaba para atrás, pero siempre había pensado que no era necesario que existiesen discotecas dirigidas a un público específico. Craso error. Creedme que en un total de cero «discotecas de toda la vida» me han puesto de forma tan seguida temazos de Britney, Madonna, Taylor, Gaga, Ariana o Kylie (Minogue, claro). Y esto, después de haber pagado doce euros por entrar, uno lo agradece bastante. Además, la probabilidad de que puedas llevarte un par

de hostias a la salida por «parecer maricón», como le ocurrió a mi amigo Ares en otros garitos de Madrid, no es que sea inexistente, pero sí considerablemente más reducida. Está bien eso de poder sentirte seguro cuando lo único que quieres es divertirte un rato.

Fue una noche de noviembre. Habíamos conseguido un reservado porque una amiga de Ares conocía al hermano del relaciones públicas. Nunca había visto aquel lugar tan lleno de gente. Y de tantos tipos. En el interior había pieles de distintos colores mezclándose unas con otras bajo las luces, cuerpos variopintos cubiertos por prendas que iban desde simples jerséis y pantalones pitillo hasta las extravagancias más absolutas. Y yo allí, observando aquel pequeño universo desde la barra del reservado, con mi cuarta copa de cava regalado (ya tibio) y la cabeza en otra parte, como si fuese algún tipo de Gatsby esperando una luz verde a la que aferrarme.

Y entonces, de entre toda aquella masa humana, apareció Bruno. Me acuerdo porque, justo después de verle, Ares y los demás me quisieron sacar a bailar por tercera vez en lo que llevábamos de noche, y, tras dos intentos fallidos, apenas me costó decir que sí en esa ocasión. No tardamos mucho en coincidir en la pista. Nuestros pies se enredaron y nuestras espaldas chocaron abruptamente. Y él, que era el más alto de los dos, se volvió enseguida para pedirme disculpas, pues el impacto había hecho que parte de mi bebida se derramase al suelo.

—¡Perdona! Deberían tenerme prohibido bailar en público. Puedo pedirte otra, si quieres. Pago yo.

Recuerdo haber pensado en aquel momento que me estaba hablando un ángel o una criatura mitológica, un ser etéreo que había decidido materializarse esa noche para bailar al ritmo de Katy Perry y beber alcohol de garrafón. Él estaba con unos amigos que, igual que los míos, contemplaban la situación.

—Eh… no, tran… tranquilo, no hace falta —contesté, un poco conmocionado y con la lengua de trapo debido al alcohol.

Era la primera vez que hablaba con un chico. Obviamente, no con un chico en general, sino con uno con el que no me importaría… bailar «La gasolina» si él me lo hubiese pedido.

Aquella respuesta debió de decepcionarle, pero ambos nos despedimos y nos reunimos de nuevo con nuestros amigos. Sin embargo, una hora más tarde, Ares me pidió que le acompañase a fumar a la salida del local, en un callejón contiguo donde todo el mundo toma el aire y los seguratas de la entrada te repiten cincuenta veces que no grites para no molestar a los vecinos. Y adivinad a quién, de entre todos los jóvenes decadentes que había allí sentados en pequeñas pandillas, fue mi amigo a pedir un mechero.

—Muchas gracias, majo.

—De nada. Aunque mi nombre es Bruno —dijo sonriéndole, pero con su mirada clavada en mí. A pesar de la anestesia del alcohol, sentí cómo aquel desconocido conseguía que mis nervios se despertaran y me mantuvieran alerta.

—Brrrrruno —repitió Ares, mirándome de reojo y uniéndose al círculo de sus amigos antes de comentarle como despedida—: Tenemos un profe que se llama igual.

El chico asintió educadamente, y luego se dirigió a mí:

—Y tú, ¿quieres fuego?

—Yo no fumo —contesté amablemente—, pero gracias.

Solo entonces pude observar con detalle su rostro desde las alturas, iluminado por las farolas. Empecé a memorizarle. Me gustaba su nariz, un poco más ancha de lo normal, y sus ojos marrones y brillantes, que en aquel momento parecían los de un niño decepcionado. El pelo rizado le caía en tirabuzones que aterrizaban en sus hombros. Podía distinguir su piel a través de la camiseta de rejilla que llevaba puesta, como si fuera inmune al frío.

—La verdad es que… —empezó él, sin apartar la mirada de mis labios—, me está costando un poco entablar una conversación contigo. Es como si las estrellas se hubieran alineado para que me marche hoy solo a casa y sin poder hablar con un chico guapo.

Y cuando me sonrió, antes de apagar el cigarro en el asfalto, tuve ganas de quedarme allí un rato más, a pesar de que estuviera congelándome y de que fuesen las cuatro de la madrugada. Ares exhalaba grandes nubes blancas y se integraba con los amigos de Bruno, pero sé que estaba terriblemente atento a lo que pasaba conmigo. Casi podía escucharle detrás de mi oreja, susurrando: «Leo: Ve. A. Por. To. Das». Me armé de valor.

—Lo más probable es que esta noche te marches solo a casa. Bueno, o con tus amigos, claro. Pero si lo que quieres es hablar conmigo, puedes empezar preguntándome cómo me llamo —contesté mientras tomaba asiento junto a él.

Desde luego, supongo que el hecho de que Bruno y yo nos conociéramos fue el resultado de un millón de casualidades diferentes. Sin embargo, lo que ocurrió después de eso, nuestra «relación» durante los siguientes años… Yo no lo describiría como un milagro. Aunque de verdad me hubiese gustado hacerlo.

Entonces escucho un pitido molesto que me saca de esta ensoñación y compruebo cómo el vagón del metro que me lleva de camino a casa se detiene por completo, zarandeando a algunos de los viajeros que van de pie. Una voz metalizada anuncia que vamos a estar detenidos durante unos minutos a causa de una avería.

Estupendo.

Leo (19:08)
Llego un poco tarde, el metro está averiado.

Mamá (19:11)
Seguro que lo que querías era librarte de hacer inventario.

Leo (19:12)
Pues un poco, no te voy a mentir.

Leo (19:12)
Pero ¡no lo he hecho a propósito!

Mamá (19:16)
No te preocupes, que ya no me queda mucho de todas formas. Te espero en la entrada.

La floristería de mamá está en Legazpi, a veinte minutos caminando desde nuestra casa en el barrio de Usera. La tienda es un negocio familiar que heredó de mis abuelos. Los dos fallecieron cuando yo era pequeño, así que no los recuerdo demasiado, pero el local lleva abierto desde 1954. Es toda una institución en el barrio y suele estar llena de clientes a casi cualquier hora del día. Estoy convencido de que, por mucho tiempo que transcurra, regalar flores nunca pasará de moda. Ojalá tuviera la suerte de conocer a alguien que quisiera comprarme flores… Me considero un chico sencillo, y un ramo de tulipanes sería suficiente para hacerme sentir afortunado. Pero, claro, hasta el momento eso no ha ocurrido.

Cuando llego, mamá acaba de echar el cierre, enfundada en su gabardina de color ocre, que le da un divertido aspecto británico. Ella siempre tan elegante. Lleva puesta la bufanda gris que le regalé por su cumpleaños, y al verme pone los brazos en jarras.

—Pues sí que me has ayudado, sí…

—Lo siento, de verdad —me disculpo de forma dramática—. Tenía que terminar una cosa urgente del trabajo y después el metro ha decidido sabotearme.

—Muy bien. Pues te toca a ti hacer la cena, campeón.

—Me parece justo. —Abro un poco el brazo para que ella entrelace el suyo con el mío—. *Madame?*

Ella pone los ojos en blanco, pero se agarra a mí y me aprieta con cariño contra su costado.

El paseo hasta casa es el de siempre, pero ninguno nos cansamos de él. Ahora, en otoño, es perfecto para ver cómo Madrid se sumerge en el atardecer mientras las sombras invaden las calles porque encienden las farolas más temprano. Aunque es cierto que, desde que supe que iba a trabajar en la editorial, los dos hemos asumido que no podremos hacerlo juntos cada día como hasta entonces. Cuando estaba en la universidad y no tenía exámenes, solía pasarme un par de

horas para echarle una mano con el negocio, y cuando me gradué, estaba prácticamente todo el día en la tienda buscando ofertas de empleo durante mis descansos.

—¿Ha preguntado alguien hoy por el puesto? —Tras un rato caminando, rompo el silencio, volviendo la cabeza para mirar a mi madre.

—Sí.

—¿Y bien?

—Una muchacha joven que está estudiando algo de redes sociales. Me ha dejado una copia de su currículum. No sé… —contesta cuando nos detenemos ante un paso de cebra.

—¿No sabes?

—Me lo estoy pensando… Oye, por cierto, que no se nos olvide comprar pan, que esta mañana no me he podido hacer tostadas.

Una ambulancia circula por la carretera a toda velocidad y, a nuestro lado, un par de señoras empiezan a especular sobre su destino tan apresurado. Yo trato de redirigir nuestra conversación:

—Mamá, ¿cómo que te lo estás pensando? Sabes de sobra que necesitas contratar a otra persona. Trabajas demasiado.

—Cielo, llevo gestionando la floristería veinte años y te aseguro que aún sé cómo debo hacerlo.

—Vale, como tú digas. Pero ¿le harás una entrevista, al menos?

—¿Qué tal tu segundo día?

Y veo cómo hace caer el telón sobre la conversación. Suspiro, frustrado. A veces, hablar con ella es como hablar con un muro. De hecho, el muro sería más receptivo en esta conversación. Sin embargo, decido aplazar el tema también. No me apetece discutir, ahora que sé que vamos a pasar menos tiempo juntos.

—Bueno, bien.

—¿Te está gustando?

—Es pronto para saber eso. —Desde luego, no pienso entrar en detalles.

Por un segundo creo ver a Roberto al otro lado del cruce, mirándome con expresión seria. Apenas hay en él nada del chico que conocí fugazmente este verano en el festival. De aquella conexión a la que seguí dándole vueltas en mi cabeza días más tarde y que, aunque ahora tengamos una oportunidad de intentar explorarla, él parece dispuesto a dejarla morir.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Mamá interrumpe mis pensamientos—. ¿Lo sabes?

—Gracias, mamá. Yo también de ti.

Le doy un suave codazo y el semáforo se pone en verde. Ambos cruzamos el paso de cebra.

Capítulo 6

El viernes me sorprendo a mí mismo siendo el primero en llegar a la oficina. De hecho, cuando piso la pradera está tan desierta que incluso impresiona un poco verla así, como si fuese el escenario de una película postapocalíptica.

Para llegar a mi puesto tengo que atravesar primero el pasillo del ala oeste, donde reconozco el escritorio de Roberto, perfectamente ordenado y lleno de diferentes objetos que rodean la pantalla de su ordenador. Su mesa y la mía están separadas por apenas unos metros de distancia y, antes de continuar mi camino, decido detenerme. No sé qué me impulsa a hacerlo, pero vuelvo a echar un vistazo a mi alrededor, tentado. Hay un silencio casi sepulcral, únicamente interrumpido por el lejano zumbido del ascensor funcionando.

La curiosidad acaba pudiendo conmigo, así que (sabiendo que esto está mal, pero que muy mal) me aproximo hasta su silla y analizo todo lo que tengo frente a mí. Además de diferentes pilas de papeles, a la derecha hay material de escritura repartido en portalápices, cuadernos y carpetas de varios colores apiladas. Al fijarme mejor distingo un libro de tamaño bolsillo que parece estar oculto entre las carpetas. Un marcapáginas sobresale de su interior. Lo cojo y miro con curiosidad la portada, donde puede leerse el título en letras blancas sobre un fondo azul: *Tú vas primero*, de Sabio Monje Tibetano. Abro el ejemplar para saber qué parte marca el punto de libro. Tras revisar las páginas, observo que ha subrayado un breve pasaje con tinta azul: «Cada persona necesita un tiempo diferente para avanzar, pero es importante creer que tu felicidad va por delante de todo lo demás para conseguir alcanzarla». Vaya, supongo que esto lo hace oficial: este tío, además de fan de los gurús, es un estupendo narcisista, de esos que buscan reafirmarse constantemente a través de todo lo que hacen.

Sigo curioseando a ver si ha marcado algo más, pero no veo nada, así que vuelvo a colocarlo en su sitio y me fijo en un marco de fotos plateado que descansa en la parte izquierda, junto a una taza blanca con una infusión ya fría y a medio terminar. En la fotografía se puede ver un pequeño cachorro de color canela en un parque, tratando de sujetar un frisbi con sus pequeños dientes. Si no me equivoco, se trata de un cocker spaniel, y entiendo que debe de ser suyo. Se me derrite un poco el corazón al ver al cachorro, que por su tamaño apenas puede sostener el disco y tiene cara de no haber roto un plato en su vida. Por supuesto, todos mis compañeros también tienen decoradas sus mesas (buena idea, porque, si me paro a pensarlo, pasamos aquí ocho horas

al día) para diferenciarlas de las demás. Pero, por algún motivo, me resulta rara la idea de que Roberto tenga algo así a la vista de todos; algo tierno, expresivo, incluso sentimental, que choca con la imagen distante que parece proyectar en la oficina. Yo aún no he tenido tiempo de hacerlo, así que apunto mentalmente esta tarea para la semana que viene.

—¡Buenos días!

Esas dos palabras me sobresaltan y hacen que mis pulsaciones se disparen tan rápido que creo que estoy a punto de desmayarme. Sin embargo, en cuanto veo a Jessica con su media melena alisada, su vestido amarillo a lo *La la land* y una sonrisa de anuncio de televisión, le devuelvo el saludo tratando de aparentar completa normalidad.

—¿Tan rápido te han ascendido? Enhorabuena, campeón —bromea conmigo al verme ante la mesa de mi supervisor.

—¡No, qué va! Es que… Bueno, Roberto me pidió que le escanease un documento para enviárselo por mail. —Cojo un papel cualquiera que hay por la mesa y se lo muestro en actitud casual.

—¿«Tendencias de invierno para caballeros»? —lee, extrañada.

—¿Cómo?

Cuando observo el papel que tengo en las manos, veo que se trata de una fotocopia de una tienda online, en la que un modelo luce un abrigo largo de color gris y botas negras. Me da un vuelco el estómago. Jessica me mira con expresión divertida mientras me incorporo y los dos caminamos lentamente hacia el final del pasillo.

—Lo sé… —Lanzo un suspiro, tratando de disimular que me ha pillado con las manos en la masa—. Yo solo sigo órdenes, y ya sabes cómo es Roberto… Él y la moda van siempre de la mano.

—Supongo. —Ríe—. Aunque ahora que lo comentas, en realidad ninguno de nosotros sabría decir cómo es realmente tu supervisor. Bueno, quizá Noemí sí que pueda, pero pocas personas más.

—¿Noemí?

—Creo que entraron al mismo tiempo en la empresa y llevan trabajando juntos desde entonces. En esta editorial hay demasiadas historias y a mí se me escapan algunas, ¿sabes? —Nos detenemos delante de mi escritorio y varias personas pasan junto a nosotros. Oficialmente, la jornada parece haber empezado. Hablan en voz alta y piden acabar el día cuanto antes—. Tal vez podamos hablar más con él mañana. Si no me equivoco, Violeta incluyó a todo el mundo en la lista de contactos a la que envió la invitación.

«¿La invitación? ¡¿A la fiesta de Violeta?! Ay, madre».

Algo me dice que es improbable que ocurra y por eso puedo evitar poner los ojos en blanco, pero la idea de que Roberto aparezca mañana en la fiesta se me hace terriblemente incómoda.

No creo, ¿verdad?

—Buena suerte con tu escaneo. Por cierto, ¿ya tienes disfraz?

Asiento mientras me llevo un dedo a los labios.

—Sí, pero no pienso decirte nada.

—Uy, qué misterio… Yo voy a ir de la princesa Diana. Te lo digo para que no me copies el look.

Jessica me guiña un ojo y después echa a andar hasta su escritorio.

Llamada entrante de Recepción.

Has aceptado la llamada.

Audio transmitido a través de auriculares y micrófono B-G75.

—Sí, ¿dígame?

—Hola, ¿Leo?

—Sí, soy yo.

—Hola, bonito, ¿qué tal? Soy Celia, te llamo desde la planta baja.

—¡Ah! Hola, Celia. Me pillas a punto de bajar a comer, ¿ocurre algo?

—Vaya… Lo siento, guapo, pero es que hay aquí una persona que viene a traerle unos documentos muy importantes a Roberto y no hay forma de que me coja el teléfono. ¿Está por ahí?

—Hummm… No, Celia, hoy tampoco ha venido a la oficina.

—Ya. Bueno, te cuento… ¿Podrías bajar a por ellos, por favor? Es que aquí va llegando gente… Que si los paquetes de uno, los sobres del otro y las cajitas de no sé quién…, y al final una se empieza a volver un poquito loca con tanta cosa junta.

—Eeeh… Pues a ver, en princi…

—He buscado «becario» en el directorio y de pronto me he encontrado con tu nombre y he pensado: «Uy, ¡si este es el guapetón que me saluda por las mañanas!».

—Ya. Bueno, en realidad no soy becario, es un fallo de Informática que están inten…

—Vale, guapo. Entonces le digo que bajas en un momentito de nada, ¿verdad? ¡Gracias!

—Eeeh…

La llamada ha finalizado.

Cuando llego a la recepción del edificio, con el estómago rugiendo tras seis horas con tan solo dos cafés encima, Celia sonríe y me hace un discreto gesto con la mano. Una mujer espera sentada en la zona de los sofás que hay junto a la entrada, examinando cada rincón del edificio. No sabría adivinar su edad a simple vista, pues, aunque es evidentemente joven, todo lo que la envuelve —desde la ropa oscura, el peinado a lo *garçon* o el maquillaje— le otorga un aspecto muy formal, como el de una importante ejecutiva internacional. Antes de atravesar los tornos, me

imagino el repiqueteo de sus tacones chocando una y otra vez contra el suelo.

—Hola.

La mujer levanta la vista al escuchar mi voz y se pone de pie. Lleva en las manos una gruesa carpeta roja a la que se aferra con fuerza.

—Buenos días —responde con un tono serio y un tanto plano—. Me han dicho que Roberto no está por aquí.

—Hummm… No, lo siento. Me temo que hoy no ha venido a la oficina.

Ella resopla y niega con la cabeza, taconeando con tanta fuerza que parece que podría excavar el suelo con sus zapatos.

—Lo de este hombre es de coña —murmura—. De. Absoluta. Coña.

Guau… Sea por lo que sea, esta mujer está visiblemente cabreada. Debería intentar zanjar el asunto cuanto antes y de la manera más inocua posible.

—¿Eso…? ¿Eso es para él? —me atrevo a decir mientras señalo la carpeta.

—Sí, eh… ¿Podrías, por favor, hacerle llegar esto de mi parte? Es muy importante que lo reciba, aunque ya me he molestado en enviarle también una copia por mail. Se lo daría yo misma, ¿sabes?, pero no parece tener tiempo para verme.

Vaya, acabamos de conocernos y parece que ya tenemos algo en común: los dos estamos cabreados con este tío. Ella me tiende la carpeta y yo la cojo con recelo.

—¿Cómo se llama usted? Para decírselo cuando le vea.

—Marta —contesta con brusquedad, rebuscando en el interior de su bolso y sacando una caja de cigarrillos—. Él… Bueno, él sabe perfectamente quién soy. Si no, ya sería lo último que me faltaba por escuchar, ¿sabes?

—Claro, Marta. —Trato de ignorar las balas que salen de su boca y que, en el fondo, sé que no van dirigidas hacia mí. «Roberto, te has metido en un buen lío», pienso—. No se preocupe, le diré que ha venido y me encargaré de hacerle llegar su mensaje.

En ese momento distingo a Noemí, que entra por la puerta del edificio y me saluda con un gesto. Se dirige hacia nosotros, pero cuando se detiene a nuestro lado noto cómo su expresión va cambiando poco a poco al reconocer a mi acompañante. Es difícil distinguir si es una sonrisa de alegría o de terror.

—Marta —dice, asombrada—. Vaya, ¡cuánto tiempo!

La mujer escanea a mi jefa de arriba abajo y juguetea con la caja de tabaco entre sus manos nerviosas.

—Noemí —responde con poco entusiasmo.

—¿Qué tal estás, querida? Te veo estupenda.

—Gracias, una hace lo que puede. Venía a ver a Roberto, pero al parecer no está. —Dirige su mirada hacia mí un momento—. Estaba aquí, hablando con su asistente.

«¡¿Su asistente?! ¡Pero BUENO!».

—No soy su asistente. —Me veo en la necesidad de aclararlo, pero parece importarle bien

poco.

—Te entiendo —interviene Noemí—. Discúlpale, últimamente tenemos mucho lío en la editorial.

—Ya, yo también estoy muy liada y aquí me tienes. Y ahora me fumo un cigarrillo y derechita a ver a mi terapeuta.

El silencio que se impone a continuación es tan brutal e incómodo que me aferro a la carpeta todo lo fuerte que puedo.

—Bueno —dice mi jefa—, me alegro de verte. Si nos disculpas, Leo y yo teníamos que hablar de algunos asuntos.

Marta asiente y se despide fugazmente, sin ni siquiera darme las gracias por haberla atendido. Solo cuando abandona el edificio noto que me tranquilizo un poco. Noemí y yo atravesamos los tornos de acceso y nos dirigimos hacia los ascensores. Suelta un suspiro mientras esperamos a que llegue uno de ellos y después se ríe.

—Uf… Bueno, parece que hemos salido vivos de esta.

—Por poco, pero eso creo. Oye, Noemí, ¿puedo preguntarte quién era esa mujer? Veo que os conocíais.

La puerta del ascensor se abre y mi jefa echa un vistazo a nuestro alrededor antes de responderme, como si quisiera asegurarse de que no hay nadie escuchándonos.

—Es la mujer de Roberto. —Carraspea—. Bueno, su exmujer. Se están separando. Por eso Roberto prefiere evitar la oficina estos días. Porque, como has visto, Marta se puede presentar sin avisar, y no con la mejor de las intenciones. Leo, oye, tienes mala cara, ¿te encuentras bien?

Me cuesta entender lo último que ha dicho. Creo que la sangre ha dejado de circular por mi cuerpo y por eso me he quedado tan rígido como una estatua. Noto un sudor frío recorriéndome la espalda.

—¿Su… exmujer?

Capítulo 7

Has recibido un mensaje de WhatsApp de Jess (Scorpion).

Jess (22:12)
¿Se puede saber dónde te has metido? ¡Me estoy congelando!

Leo (22:16)
¡Llego enseguida! En el metro no había cobertura.

Jess (22:19)
Vamos, vamos. Que mi vestido es divino, pero ¡no abriga una mierda!

Leo (22:19)
Y las selfis que nos haremos esta noche, ¿qué?

Jess (22:20)
Serán espectaculares, claro.

Jess (22:21)
Como el gripazo que voy a pillar si no llegas YA.

Leo (22:23)
¡Ya te veo, princesa Diana!

Violeta vive en Nuevos Ministerios, en un edificio alto de color oscuro y con vigilancia las veinticuatro horas. De hecho, el portero se asusta un poco cuando cruzamos el portal y ve que tengo parte de la cabeza cubierta de sangre falsa, pero enseguida le explico la idea de mi disfraz: he decidido ir de jugador de béisbol que ha muerto en medio de un partido por un bolazo en el cráneo. A ver, la equipación me sienta muy bien, la verdad.

Cuando llegamos al apartamento, alguien abre y de pronto una ola de calor nos azota la cara desde el interior. Jessica y yo cerramos la puerta y observamos el resplandor de los cables de luces que recorren las paredes del vestíbulo como las raíces de un enorme árbol. Huele a sudor y a azúcar, y está sonando un remix de «Havana», de Camila Cabello. Dejamos los abrigos en un enorme burro de donde cuelgan los de los demás invitados (algunos se han caído al suelo, pero a nadie parece importarle) y atravesamos el recibidor, que a su vez se divide en otros dos pasillos que conducen a diferentes habitaciones.

El salón es gigantesco y está construido a dos alturas. Han apartado a un lado algunas piezas del mobiliario para dar más espacio y formar una pista de baile. A la izquierda hay varios sofás donde un grupo de personas charla en voz alta.

—Esos son los compañeros de piso de Violeta —me explica Jessica, y yo asiento, observando a mi alrededor.

Lo más curioso de todo es cómo los trajes de los invitados resplandecen en la oscuridad gracias a las luces led, dando a la escena un aire cinematográfico. Aquí hay un poco de todo, pero de un primer vistazo reconozco personajes como Lady Gaga, Jesucristo y hasta dos princesas Leia. Y empiezo a respirar un poco más tranquilo cuando veo que no hay ni rastro de mi supervisor. Aún no he podido hablar de ello con nadie, y la verdad es que se me está haciendo cada vez más bola. Jessica me parece una buena candidata, aunque es cierto que no la conozco todavía y que tampoco he encontrado un buen momento para charlar con ella.

De todas formas, ¿será demasiado pronto para confiar en alguien de la oficina? No estoy seguro, pero la realidad es que llevo toda esta situación anclada en el estómago como si sufriera de indigestión, y por eso me ha sido imposible concentrarme el resto del día. Hasta mamá, antes de salir por la puerta de casa, me ha dicho que me notaba rarísimo y que si estaba tomando drogas. Quizá debería empezar a tomar drogas, la verdad. Porque tan solo llevo una semana en mi nuevo puesto de trabajo y ya he descubierto que el tío que conocí este verano no solo me ignora por completo, sino que está divorciándose en secreto de su mujer.

¿Será «heterodiscreto», como dicen algunos en las apps de citas? No, definitivamente mi jefe es bisexual. Porque, joder, es que ESTABA CASADO.

«Bueno, ya basta de especular sobre la sexualidad de tu jefe, Leo. Ahora toca relajarse y

pasarlo bien».

—Jess, Jess… Pero ¡qué guapísima vienes! —exclama una voz entre todo el barullo, y entonces vemos acercarse a una mujer vestida de una versión barata de Cleopatra, con unos enormes aros dorados colgándole de las orejas. Su rostro me resulta familiar y, después de que salude a Jessica con dos besos, caigo en la cuenta de que es una de las chicas con las que coincidí en la sala de la fotocopiadora.

—¡Tamara! Gracias, querida, a mí también me encanta tu *outfit*. —Pasa el brazo por encima de mi hombro, empujándome un poco hacia su lado—. ¿Conoces a Leo? Acaba de incorporarse al departamento de Noemí.

Ella me observa de arriba abajo y señala varias veces con el dedo, como emocionada.

—¡Ah! Encantadísima, Leo. Entonces debes de ser el nuevo chico de Roberto Real, ¿no? Buscaban a alguien para trabajar con él. ¡Que sepas que ahora mismo eres la envidia de toda la oficina!

Me contengo para no poner los ojos en blanco. Ya estamos con lo de «el chico de Roberto».

—Mucho gusto en conocerte. —Mi voz está cargada de ironía, pero ella está tan borracha que no parece importarle en absoluto.

—¿Está por aquí? —pregunta Jess a continuación—. Roberto, quiero decir.

Tamara hace un gesto con la mano mientras termina de beber de su vaso; solo son unos segundos, pero se me hacen más largos de lo normal. Trato de disimular, como si la potencial respuesta no me afectase en absoluto.

—¡Qué va! Creo que la única fiesta donde le he visto alguna vez es la que organiza la empresa en Navidad. —Tamara abre mucho los ojos al darse cuenta de que se ha acabado el cubata—. Dios mío, ¡necesito otra copa!

—Leo está ayudándole con la campaña del nuevo libro de Linderman para que sea todo un éxito, ¿verdad?

—Ay… —suspira—, Linderman… Espero que hayas cogido el puesto con energía, muchacho. La verdad es que no tengo ni idea de por qué la gente está leyendo tanto a esa chica. Tiene pinta de ser una auténtica petarda.

—Tamara… —Jess le da un suave toque en el hombro, sin dejar de sonreír—. No le asustes, mujer, ¡que acaba de llegar a la empresa! Si nos disculpas, estamos buscando a Violeta.

Nuestra agradable amiga nos señala una habitación al otro extremo de la sala y se despide de nosotros en busca de otra víctima a la que avasallar con su actitud insufrible. Cuando entramos en la cocina, por fin damos con Violeta, oculta tras un enorme pastel de cuatro pisos, con un largo traje de cuero negro y un maquillaje noventero. Es la viva imagen de Buffy Cazavampiros. Se ha debido de poner lentillas, peluca y lleva una sombra de ojos que realza su atractivo. Elisa, que luce una corona de flores y un camisón psicodélico, le está ayudando a colocar y encender las treinta velas y algunas bengalas que adornan el *frosting*. Las dos se ríen con una copa de cava en la mano mientras Fernando, sentado en la encimera con una cazadora roja y pantalones

vaqueros ajustados, bebe un botellín de cerveza y ojea su teléfono. Cuando cerramos la puerta, es el primero en saludarnos.

—Pero bueno —dice Violeta con los brazos en jarras—, ya era hora, ¿no? Que estaba a punto de sacar la tarta.

Jess me acusa por nuestra impuntualidad y entonces la expresión de Violeta se vuelve algo más permisiva. De hecho, sus ojos chisporrotean ilusionados mientras coge otras dos copas y las llena hasta arriba de cava, derramándolas ligeramente.

—Bueno, os perdono si brindáis conmigo antes de que todo el mundo ahí fuera empiece a cantarme el «cumpleaños feliz» y sea oficialmente más vieja. —Se vuelve hacia Fernando y le hace un gesto con la cabeza— Tú, James Dean, ¡acerca hasta aquí tu trasero!

Fer pone los ojos en blanco y se acerca arrastrando las zapatillas. Los cinco brindamos y damos un trago a nuestras bebidas. Violeta y Fernando se las terminan de una vez. La verdad es que no estoy acostumbrado al alcohol de ningún tipo, pero a pesar del desagradable regusto metálico que se me queda en la garganta, lo cierto es que me tomaría otra más.

—Por cierto, Violeta, ¿dónde está Rafa? No nos hemos cruzado con él.

Ella se muerde el labio y lanza un corto suspiro. Sonríe y se rellena la copa una vez más.

—No va a venir. Lo hemos dejado. Bueno, le he dejado yo, para ser exactos.

Elisa se aferra a la copa en silencio y observa con una sonrisa las burbujas luchando contra el poder de la gravedad. Fernando se acerca a la nevera, coge dos botellines de cerveza y me ofrece uno, que acepto sin pensarlo demasiado. No sé muy bien si meterme o no en la conversación, pero, por suerte, Jess se me adelanta antes de hacer nada.

—¡¿Qué?! ¿En serio? Joder, lo siento mucho. Pero ¿cómo ha sido? Quiero decir, ¿tú estás bien?

—Virgen santa, Jess, ¡tranquila! Estoy más fresca que una rosa, ¿no me ves? —dice agarrando la bandeja del pastel con cuidado—. Mira, en unos minutos voy a cumplir treinta años, y me he dado cuenta de que… no sé, quizá este sea un buen momento para empezar proyectos que de verdad merezcan la pena. ¿No crees?

Elisa sonríe, con las mejillas coloradas por el alcohol, y después le pone la mano en la espalda a Violeta. Creo que solo yo me doy cuenta de este gesto, pero observo cómo las dos comparten una mirada cómplice que dura tan solo un segundo, como si ambas ocultaran parte de una información que tuviera delante de mis narices.

—Por supuesto que sí, querida —dice Jess, rompiendo el momento para besar a Violeta en la mejilla—. Y aquí estaremos para ver cómo los cumples todos.

Entonces Violeta se dirige hacia la puerta con la tarta encendida en las manos, seguida de todos nosotros. Tan pronto como aparece en el salón, la gente comienza a aplaudir y a corear su nombre mientras ella lanza besos al aire. Violeta endereza la espalda y sonríe. Los primeros versos a destiempo del «cumpleaños feliz» superan el volumen de la música y por un momento todos contemplamos a Violeta, que parece haber decidido que ya es hora de empezar a vivir

como se merece.

Noto mi cuerpo superligero. Creo que, si lo intentara, podría ponerme a flotar. Y llega un punto en el que, allá donde mire, mi vista parece una cámara que captura las imágenes a larga exposición, haciendo que los rostros y las luces que nos rodean se desdibujen en el aire. Es como si el tiempo se hubiera ralentizado, y este pensamiento me hace sonreír.

Fernando y yo bailamos, compartimos bebidas y reímos a carcajadas cuando un tío llamado Lorenzo empieza a contar chistes que no tienen ningún sentido pero que, aun así, nos hacen gracia. Jess nos toma una foto con su teléfono móvil y nos obliga a unirnos a una conga improvisada a pesar de que nos resistimos. Mis manos tocan las caderas de Fer, que se contonean al ritmo de la música, dando vueltas por el salón en una especie de espiral infinita. La verdad es que no me esperaba esta faceta de él. Puede ser que me precipitara un poco al juzgarle cuando nos conocimos en el ascensor; esta noche no hay rastro de esa distancia que parecía marcar, más bien lo contrario. Me resulta agradable tocar su piel, perlada por el sudor, cuando algo después nos sentamos en uno de los sofás y se quita la cazadora roja que le da ese toque de *Rebelde sin causa*. Su mano y la mía parecen descansar la una junto a la otra de forma casual, y ni a él ni a mí parece molestarnos el contacto. Hablamos un rato más, pero hay tanto ruido a nuestro alrededor que a veces me resulta complicado entenderle. No sé cómo los vecinos de Violeta no han enviado ya a una brigada antidisturbios a desalojarnos.

Nos asustamos un poco cuando una de las dos princesas Leia se deja caer en el sofá de forma abrupta, interrumpiendo nuestra conversación. Aprovecho el momento para echar un vistazo rápido por la estancia en busca de Elisa, Violeta y Jess, pero no consigo dar con ellas. Aún sigue ahí esa sensación en mi estómago, a pesar de estar pasándomelo bien, bailando y rodeado de luces de neón. El nombre de Roberto (que, por supuesto, no ha acudido a la fiesta) palpita en mi mente como un relámpago. Tal vez sea un buen momento para comentar EL TEMA con Jessica. Me costaría mucho menos, desde luego.

¿O quizá no?

Quizá solo me apetezca un chupito más de tequila y dejar de preocuparme tanto por todo.

Casi puedo oír a mi parte racional ahogada en alcohol susurrarme: «Leo, lo mejor será que lo consultes con la almohada».

—Fer —digo—, ¿sabes dónde se han metido las chicas?

—Seguramente hayan bajado a por más hielo.

Compruebo en mi teléfono que ya son las tres de la madrugada. Mis rodillas enclenques también creen que han tenido suficiente fiesta por hoy, por mañana y por lo que queda de mes. Tal vez haya llegado el momento de retirarse.

—Creo que yo me voy a ir ya…

—Oye —me interrumpe mi compañero, acercando su boca a mi oído. Está tan cerca que

puedo notar su aliento—, ¿y si charlamos un rato en un lugar más tranquilo?

No sé por qué lo hago, pero cambio de parecer rápidamente y digo que sí. Quizá sea por todo el alcohol que ha absorbido mi cerebro, o porque Fer ha pasado toda la noche a mi lado y me ha ayudado más de lo que él cree a desconectar de una semana de mierda. Me toma de la mano y salimos así del salón. Juntos, empezamos a recorrer uno de los larguísimos pasillos de la casa. Cuento tres, cuatro y cinco puertas, y, al girar, nos topamos con una última que cerramos entre risas y con mucho cuidado, como si no quisiéramos despertar a nadie.

—Se me había olvidado lo grande que es este piso.

—Parece un laberinto —afirmo, tratando de ubicarme en la habitación en la que nos encontramos a pesar de que la cabeza me dé vueltas—. Con tantas puertas, tantos pasillos y tantas opciones…

Fer intenta encender la única bombilla que cuelga del techo y, aunque parpadea unos segundos, al final termina por fundirse. Parece que este cuarto ha visto tiempos mejores, o bien lo concibieron como un trastero desde el principio. Todo está lleno de muebles, maletas y cajas precintadas. En un rincón, casi oculto por unas cortinas amontonadas sobre él, hay un colchón de flores azules estampadas terriblemente hortera. Me duelen tanto los pies que me dejo caer sobre él mientras me arrepiento de haber aceptado tantas copas seguidas. Anoto mentalmente que, la próxima vez, solo beberé agüita con gas.

—Soy un desastre —susurro, y después me echo a reír yo solo porque me parece divertidísimo.

—¿Cómo dices?

—Nada, nada…

Trato de encontrar mi teléfono en los bolsillos, pero los brazos me pesan y tampoco es que me importe mucho. Necesitaba un poco de silencio, y Fer me ha ayudado a encontrar este lugar. Tan solo hay una pequeña ventana en la habitación que deja entrar la luz del alumbrado de la calle, proyectando un halo anaranjado en las paredes. Desde el colchón, distingo la silueta de Fer acercándose para abrir la ventana. Saca un cigarrillo de la cajetilla y se lo lleva a los labios.

—¿Te importa que fume?

Yo niego con la cabeza. Él exhala el humo como un actor de una película clásica, y después me mira desde arriba con ojos brillantes, como si fueran flores de fuego.

—Qué bien me lo he pasado —digo.

—¿«He pasado», dices? La fiesta aún no ha acabado, ¿no?

Esa frase me hace reír, porque de ninguna manera podría soportar volver al salón. Joder, me siento muy a gusto en este colchón. Es el mejor colchón del mundo. Podría quedarme a dormir aquí lo que queda de madrugada. Escuchamos los ladridos de un perro que se cuelan desde el exterior y los pocos coches que circulan unos pisos más abajo. Fer está apoyado en el alféizar, observándolo todo como un ave nocturna.

—Oye, Fer.

—¿Sí?

—¿Yo te caigo bien?

Me contesta sin volver el rostro y con un tono de voz dulce que hasta el momento no le había escuchado.

—¿Tú? Claro. Si no, no estaría aquí contigo, ¿no crees? ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, no te lo tomes a mal, pero… no es que hables mucho y eso. Me recuerdas un poco a mi jefe, pero, definitivamente, tú eres más simpático.

Esto último parece sorprenderle.

—¿A Roberto? ¿Estás de coña? Espero que te esté tratando bien. Si no, avísame para pincharle las ruedas del coche.

Me río un poco, hasta que dejo de hacerlo. Realmente esta habitación podría ser el reflejo de lo que es mi vida ahora mismo: un enorme punto muerto, lleno de recuerdos almacenados que han dejado dentro de mí un lugar desordenado donde nada parece encontrar su sitio a pesar de seguir intentándolo. La carta de rechazo del programa de residencias, mi ruptura con Bruno, papá marchándose de casa… A veces pienso que es un milagro que consiga levantarme de la cama y hacer como que puedo seguir con mi día a día, indemne.

Dios, me está entrando una bajona tremenda. Y es por eso por lo que, creo, se me escapa una respuesta inesperada:

—La verdad… es que no demasiado.

«Mierda».

Fer exhala y me mira con especial atención. Da un par de caladas más, tira el resto del cigarrillo por la ventana y después se sienta junto a mí como puede, porque este colchón es realmente pequeño. Los dos acomodamos la espalda contra la pared y nuestros hombros se rozan.

—¡Oye! Eso ha estado mal —me quejo, refiriéndome a la colilla volando por la ventana.

—Cállate —dice con suavidad. Hay un destello de curiosidad en sus ojos que parece conseguir hipnotizarme—. Leo, ¿qué te ocurre con Roberto? Sea lo que sea, puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

—Pues…

«Leo, ¿estás seguro?».

Lanzo un suspiro y, por una vez en mi vida, dejo de pensar. Empiezo a contárselo todo, pero en plan resumen, claro: cómo nos conocimos y la reciente noticia del divorcio. Él escucha con atención cada frase que sale de mi boca. Hablo de manera atropellada, como si las palabras tuvieran que abandonar mi cuerpo lo antes posible y, al terminar, compruebo que mi pecho está más relajado que hace unos minutos. Fer me pregunta si me siento mejor, y yo asiento en silencio. Me noto aliviado, como si hubiera hecho lo correcto. Como si, al decirlo en voz alta, todo fuera más real y no únicamente imaginaciones mías.

A lo lejos oímos un grupo de voces entremezcladas e indistinguibles. Con cada respiración,

percibo el olor a tabaco en los labios de Fer, que permanecen sellados unos segundos. No consigo dejar de mirarlos.

—Me caes bien, Leo —dice finalmente, y su mano roza mi mejilla—. Quiero que lo sepas. Que la gente no comparta sus emociones con todo el mundo no significa que no estén sintiendo nada. La gente de esta empresa, como tu jefe, hace exactamente eso. Solo que sonríen para tratar de agradar al personal. Y a mí eso no es algo que me guste hacer, ¿sabes? —Hace una pausa y pone la palma de su mano sobre la mía—. Gracias por contármelo. Por… confiar en mí.

Aunque en este momento no sé cuántos centímetros exactos separan nuestros rostros, mi corazón, que ha empezado a latir más rápido de lo normal, diría que no son los que uno elegiría para tener una conversación con cualquier persona.

Y la gravedad, sutilmente, hace que se recorten un poco más. Puedo escuchar cada pulsación en mis oídos, notar el tacto del colchón en mis manos sudorosas y cómo mi sentido común se sofoca poco a poco cuando Fer y yo nos besamos. Sabe a fuego, a ceniza y al dulzor del alcohol de su última copa. Me guía con sus manos, acomodándome sobre el colchón y dejando caer su peso sobre mí. Poco a poco los besos se hacen más voraces, como si fuéramos dos animales hambrientos.

El tiempo parece diluirse hasta que noto cómo me agarra del cuello con una mano y, con el pulgar, me acaricia el labio inferior. Su otra mano baja por mi camiseta y encuentra la hebilla de mi cinturón, del que tira con fuerza.

—Confía en mí: esta noche te ayudaré a olvidarlo todo.

Capítulo 8

La resaca del domingo es apoteósica. Cuando mamá llama a la puerta de mi habitación a la una del mediodía y comprueba el aspecto que tengo, me mira como si estuviese recordando una anécdota divertida.

—Veo que alguien se lo pasó bien anoche —dice subiendo la persiana, haciendo muchísimo ruido y provocando que yo emita un pequeño gruñido—. ¿Te apetece arroz a la cubana para desayunar?

Me arrebujo un poco más entre las mantas antes de contestar débilmente:

—Sí, por favor.

Ella no parece sentir lástima por mí y me destapa por completo. Me quejo cuando el frío me muerde los pies, y trato de volver a arroparme sin éxito.

—El que sabe trasnochar sabe madrugar. —Me sonríe—. Anda, sal de la cama, cambia esas sábanas y date una buena ducha.

Después de quejarme un rato, me acabo levantando. Mientras me quito el sudor y los restos de sangre falsa bajo el agua caliente trato de recordar la forma en la que regresé a casa… y todo me estalla en la cara de repente. Veo de nuevo a Fer frente a mí, besándome y acostándome sobre el colchón entre pequeños jadeos. De acuerdo, quizá los dos estábamos lo que viene siendo un poco cachondos y borrachos. Nada nos resultaba importante. Su peso sobre mi cuerpo, sus labios carnosos recorriéndome el cuello y el calor de su respiración en mi boca; todo parecía en su lugar.

Hasta que, de repente, dejó de estarlo.

Un latigazo de pánico me golpeó en la espalda. Tuve que empujar a Fer con brusquedad para apartarlo de mí. Él me miró a los ojos, confuso y acelerado, sin entender nada.

—Oye, Leo, ¿qué ocurre?

Pero a mí no me salía explicarlo. En mi cabeza vi la imagen de Roberto parpadeando, entremezclándose también con el rostro de Bruno, como un monstruo de dos cabezas que, de alguna forma, sentía que nos acechaba en un rincón oscuro de la habitación. Tuve ganas de vomitar, pero logré contenerlas. Cuando noté las lágrimas cayendo por mis mejillas, solo pude decir «Lo siento, no puedo» y me incorporé como pude para salir de allí. Fer no añadió ni una palabra más, simplemente miró hacia el lado opuesto de la estancia y se encendió otro cigarrillo

mientras yo abandonaba el cuarto.

Papá llama por la tarde, cuando estoy refugiado en la cama y el dolor de cabeza se ha amortiguado un poco. Le va bien por Latinoamérica; las entradas de sus conciertos se agotan allá donde va, y su grupo, Contagiados, ha logrado vender más de cien mil copias de su último disco en México, un hito que jamás se hubiese imaginado alcanzar hace apenas unos meses, cuando aún vivía con nosotros.

Me cuenta que Argentina es un lugar maravilloso, y me insta a visitarle para que bebamos cerveza y me lleve a algunos restaurantes que se han convertido en sus favoritos. Eso sí, ninguno de los dos sabemos decir bien cuándo va a ocurrir eso. Igual ni siquiera sucede. Desde el divorcio, apenas nos hemos visto. Como siempre, pregunta también por mamá.

—Está bien —me limito a decir, mientras su mirada pixelada me observa con atención desde el otro lado de la pantalla.

—Me alegro.

Por último, me somete a un interrogatorio sobre mi nuevo trabajo. Doy varios rodeos, no me apetece mucho hablar del tema. Me es muy difícil intentar explicarle a cualquier persona de mi alrededor que, a pesar de ser consciente de que esta es una oportunidad increíble para mi futuro, la única sensación que saboreo desde que empecé en Scorpion es que estoy en la empresa porque no conseguí la beca por la que tanto había peleado. Y que cada día que pasa me siento más y más como un fracaso. Ahora parece que no soy capaz de escribir, pero tampoco de disfrutar del resto de las cosas que hago cuando no escribo.

—Bueno, pero es que de eso trata un poco la vida, Leo —interviene tras escucharme con calma—. Tómatelo como una oportunidad para aprender y seguir creciendo. A lo largo de la vida vas a pasar por distintos lugares antes de que encuentres uno en el que quieras quedarte.

Trato de no poner una mueca. Él, sin embargo, sigue hablando, sin darse cuenta de que esa última frase duele un poco.

Papá decidió marcharse de casa para seguir con su carrera musical, que incluía una intensa gira de un año y medio por todo el continente americano. Eso fue demasiado para mamá, y su matrimonio, tal y como lo habían conocido hasta el momento, empezó a metamorfosearse hasta convertirse en algo que ahora carecía de sentido. Él intentó convencernos de que podíamos irnos juntos de gira. Los tres. Acompañarle a cada lugar que visitara, seguir sus pasos detrás de los escenarios.

«Será como comenzar una aventura cada día, sin saber muy bien dónde o cuándo terminará», nos dijo.

El problema fue que tanto mamá como yo no contemplábamos esa idea. Ella tenía la floristería a su cargo y yo antes quería terminar la carrera; además, tampoco quería dejar atrás a mis amigos o a Bruno.

—No puedes pedirnos que lo dejemos todo así, sin más. Yo no puedo hacerlo.

—Sí, claro que puedes, Virginia —insistió él, mirando al suelo—. Pero también tiene que

apetecerte, claro.

—¿Qué estás tratando de decir? Llevo apoyándote en todo lo que haces desde el primer día, Daniel.

—Quizá Leo podría cuidar de la tienda, o contrataríamos a alguien, si es eso lo que te preocupa.

—Leo no quiere llevar la floristería. Además, esa no es la cuestión.

—¿Y cuál es? Dime cuál es, porque de verdad que me gustaría entenderla.

—Que no quiero hacerlo, Daniel. Yo soy feliz aquí, contigo y con nuestro hijo. Llevando la floristería, viviendo en este piso, yendo a mi curso de repostería, viajando cuando ahorramos para ello… Esta es mi vida contigo desde hace veinte años, y tienes que darte cuenta de que eres tú el único que está dispuesto a cambiar todo lo que tenemos por algo distinto.

Esas palabras cayeron como monedas que se hubieran escapado del bolsillo de un pantalón. Tocaron el parquet con el canto y rodaron por todos lados para acabar debajo de algún lugar inalcanzable.

A pesar del divorcio, todos los meses papá envía una «pequeña pensión» para asegurarse de que no nos falta de nada. Sé que es su forma de pedirnos perdón constantemente y de demostrarnos que para él seguimos siendo importantes. Sin embargo, creo que mamá devuelve el dinero de la transferencia tan pronto como se entera de que ha entrado en la cuenta. No quiere saber nada más de él y le pone un poco nerviosa cuando alguien menciona su nombre en una conversación.

Cuando papá se despide y se corta la conexión, dejo el portátil a un lado de la cama. Mi móvil, que llevo sin consultar desde anoche, vibra un par de veces en el escritorio. Tengo varios mensajes sin leer. Jessica me ha enviado las fotos que nos hicimos bailando, y la verdad es que nuestro aspecto decadente es bastante divertido. Me detengo unos minutos en la foto con Fer, y una avalancha de vergüenza me recorre el cuerpo. Será mejor que hable con él para disculparme.

Al parecer, mi mejor amigo también me escribió por la noche. Un mensaje breve, pero conciso.

Ares (11:34)
Hola, capullo. Cuando estés libre quiero verte el culo. ¿Tienes un rato esta semana? Echamos una partida, si quieres. Me tienes mazo olvidaoooooo.

También tengo registrada una llamada a las tres de la madrugada. Cuando deslizo el dedo para ver de quién se trata, compruebo que es un número oculto.

Capítulo 9

> Nuestras primeras palabras fueron como una brisa nocturna de verano: tan ligeras y, a la vez, igual de alentadoras. Era el comienzo de algo nuevo, pero ninguno fuimos conscientes de ello hasta más tarde.
>
> Mientras tanto, el tiempo, observador y caprichoso, agitaba los dados observándolo todo.
>
> Extracto de *El tiempo que nos separó*,
> de Emma B. Linderman

Cuando aterrizo en mi puesto a la mañana siguiente y enciendo el ordenador, entiendo un poco mejor el consejo que Noemí me dio el primer día. Varias decenas de correos electrónicos invaden la pantalla, algunos de ellos firmados por remitentes que desconozco. Suspiro, me ajusto las mangas de la sudadera y me preparo para que el lunes sea lo menos lunes posible.

Jessica aparece a los diez minutos con su termo en la mano y conteniendo un bostezo.

—¡Buenos días!

Agradezco la interrupción y me separo un poco de la mesa. Al ver su tocado, sonrío.

—Buenos días, Jess. Bonita boina, pareces una auténtica parisina.

—*Merci*. Estoy tratando de evitar que la gente note que necesito ocho horas más de sueño —comenta apoyándose en mi escritorio—. Por cierto, ¿tú qué tal te encuentras? Fer nos comentó que te marchaste porque te había sentado mal la bebida. ¿Cómo no dijiste nada, tonto? Te hubiera acompañado a pedir un taxi.

Quiero confiar en Jessica. O, mejor dicho, no tengo ningún motivo para desconfiar de ella. Sin embargo, y a pesar de que sé que me la estoy jugando un poco, es evidente que no está interpretando un papel. Desde el primer momento que nos cruzamos en el pasillo y por cómo ha tratado de integrarme con el resto del equipo, sé que Jessica es luz e inagotable optimismo, y apostaría cualquier cosa a que sabría guardarme un secreto.

Pero antes de pensar en hablar con ella sobre este tema, creo que tendría que intentar aclarar las cosas con Fer. Solo de pensar que tenemos una conversación pendiente se me cierra el pecho.

Trago saliva.

—Oh, no te preocupes. No quería cortaros el rollo. Además, ya me siento mucho mejor. Aunque definitivamente no voy a volver a beber en mucho tiempo.

Jessica rompe a reír. Me estoy levantando para hablar con ella más cómodamente cuando con el rabillo del ojo veo a Roberto a nuestro lado, lo que hace que dé un respingo. Es increíble lo silencioso que resulta, porque ninguno de nosotros nos hemos dado cuenta de cuándo ha llegado. Está guapo de verdad, con el pelo perfectamente ordenado y unas tímidas ojeras que, a pesar del maquillaje, puedo distinguir desde esta distancia. Se desabrocha su abrigo largo, el cual, si no me equivoco, es muy parecido al del papel que encontré el otro día en su escritorio.

—Buenos días.

—Buenos días —contesto, aún con el corazón acelerado.

—Roberto, ¡te perdiste la diversión el sábado!

Él mira a Jessica y le dirige una sonrisa educada.

—Es cierto. Fue una lástima, pero me coincidía con otro compromiso. Espero poder ir a la próxima. —Y entonces vuelve a posar la vista en mí—. Leo, tengo una sala de reuniones reservada para que estudiemos la campaña de Emma. ¿Subes en diez minutos? Antes tengo que hacer una llamada.

—Claro —respondo, tratando de sonar tranquilo.

Después da media vuelta y se dirige al pasillo que conduce al ascensor. Jessica y yo nos miramos en silencio y volvemos a dirigir la mirada hacia su espalda, hasta que estamos lo bastante seguros de que no puede escucharnos.

—Es curioso —dice Jess.

—¿El qué?

—Cómo no se ha esforzado nada en excusarse. Siempre dice lo mismo cuando le invitan a algo en la empresa.

«Ahora, Leo. Ahora es el momento».

Estoy a punto de lanzarme a tener LA conversación, cuando una voz nos interrumpe:

—¡Jessica!

Un hombre acaba de llegar a la pradera y gesticula, llamando a mi compañera con un gesto serio para que se acerque. Parece sacado de una película de dibujos animados, con sus gafas redondeadas y su camisa de cuadros rojos y blancos. Tiene un aspecto involuntariamente divertido, como Danny DeVito.

—¡Rubén! —exclama ella, y acto seguido le da la espalda un segundo—. Ese señor tan agradable de ahí es mi jefe. Por su tono de voz, creo que he metido la pata en algo. Deséame suerte, voy a necesitarla.

—Suerte, guapísima —contesto, disimulando lo inoportuno que es su jefe, y después observo el reloj del ordenador.

Aún tengo unos minutos para responder a algunos mensajes.

Un murmullo se escapa tras la puerta de la sala cuatro y hace que me detenga antes de disponerme a cruzar el umbral. Dentro parece que Roberto está hablando por teléfono. Las sílabas, distorsionadas por la distancia, se transforman poco a poco en palabras cada vez más claras según me acerco. Se le nota agobiado y emplea un tono algo más elevado de lo que le he escuchado hasta el momento para responder a la conversación.

—Ya, ya lo sé. No se preocupe, hoy mismo pueden pasar a recoger sus cajas… No, no me habían avisado, le pido perdón. —Hay un silencio de varios segundos que aprovecho para mirar a ambos lados del pasillo y asegurarme de que no hay nadie a mi alrededor que pueda verme y que piense que soy un auténtico lunático por estar ahí de pie, sin hacer nada, delante de una puerta cerrada—. De acuerdo, pues hacemos eso, entonces. A las seis, vale. Ahora le tengo que dejar, estoy en el trabajo. Muy bien, gracias por todo.

Parece el momento perfecto para intervenir. Me armo de valor y repiqueteo con los nudillos en la puerta.

Toc, toc.

Abro y Roberto se vuelve al mismo tiempo que guarda su teléfono.

—Hola.

—¿Qué tal?

—Pues nada, aquí estamos, ¿y tú? —contesto automáticamente, sin obtener respuesta.

«Idiota, era una pregunta retórica».

Esta sala, más que de reuniones, parece de interrogatorios. Es estrecha, sin ventanas ni decoración, y tiene tan solo una lámpara colgando del techo rectangular. Cuenta con un televisor con una webcam presidiendo la mesa, pero parece desconectado. Roberto y yo decidimos tomar asientos enfrentados, y él abre su ordenador portátil.

—Bien, Leo, he estado revisando el documento que me enviaste el viernes… —dice, apoyando el pulgar en su barbilla—. ¿Te importa hacerme un breve resumen del libro? Sé que aquí incluyes una sinopsis de un par de párrafos, pero me gustaría entender mejor la historia que estamos vendiendo. No te cortes: dime datos importantes, hazme spoilers… Todo lo que me permita conocer mejor lo que vamos a trabajar.

—Sí, claro… —Carraspeo. Él sigue con la vista fija en la pantalla, y yo aprovecho para centrar la atención en el reloj de pulsera ajustado en su muñeca. Supongo que eso me tranquiliza más que mirar su rostro impasible—. Verás, esta novela trata sobre una joven guionista llamada Lauren que decide tomarse unas vacaciones en Madrid antes de volver a Los Ángeles a trabajar en una nueva serie de televisión porque… bueno, está atravesando una crisis personal. Una mañana baja a desayunar al restaurante de su hotel y conoce a Pau, un camarero que trabaja allí.

No se me da muy bien ser el centro de atención de nada, y según he comenzado a hablar, he empezado a sudar, acalorado. Parece que han subido diez grados la temperatura de la sala, por lo que me tengo que interrumpir para quitarme la sudadera, que, cómo no, se me queda enganchada en el cuello. ¡Maldita sea mi cabeza, siempre demasiado grande! Noto cómo se me enrojecen las

orejas y por fin, con un tirón desesperado, logro arrancarme la prenda de encima. Este gesto llama la atención de Roberto, que, cuando dejo la sudadera apoyada en el respaldo de la silla, me observa con detenimiento.

—Perdón. Es que… hace un calor tremendo, ¿verdad? —Río, intentando ocultar, no sé hasta qué punto, que estoy nervioso. Que él me pone nervioso—. Bueno, sigamos, ¿no? En fin, lo más fascinante de esta historia es que apenas sucede nada, ¿sabes? Hay escenas de largos paseos por la ciudad, conversaciones en una de las habitaciones del hotel, en la cafetería y en un cine de Madrid…

—De acuerdo. Y entonces ¿qué es lo que ocurre? —interviene, con su mirada aún clavada en la mía.

Me quedo en blanco momentáneamente.

—Pues… que hablan.

—¿Hablan?

—Sí.

—Pero el libro tiene cuatrocientas páginas. ¿No hacen nada más?

—Es que… hablan mucho.

Roberto me mira confundido, frunciendo un poco el ceño, y ahora que medito mi última respuesta, espero que no piense que estoy riéndome en su cara, porque podría parecer que lo estoy haciendo. Dios, qué estrés…

—Vale, ¿te importaría ser un poco más específico? ¿Hablan del tiempo, de política o… de qué hablan?

—¡Ah! ¡Pues de todo! —exclamo, suspirando con alivio—. Se cuestionan muchas cosas de ellos mismos. Quiénes son, qué hacen, cómo han llegado hasta el momento en el que están. Si… si han tomado las decisiones correctas a lo largo de sus vidas. Y, bueno, del amor y del tiempo. No… no me refiero al sol o a las nubes, claro, sino al paso del tiempo.

De pequeño, cada domingo solía ver *Los Goonies* con mis padres mientras comíamos un enorme bol de palomitas de mantequilla. Bueno, en realidad me dejaban elegir la película que yo quisiese, pero siempre ponía la misma cinta VHS una y otra vez, que aún debe de estar en alguna parte de mi habitación. Había una escena que me impactaba mucho: el personaje de Andy tenía que tocar una melodía en un piano hecho de huesos de esqueleto y, si se equivocaba, el suelo de la cueva en la que estaban atrapados se caería y morirían atravesados por enormes estacas. Quizá la comparación sea algo extrema, pero la verdad es que me encantaría ser consciente de si estoy dando con las notas adecuadas, porque la cara de Roberto es igual de expresiva que una pintura del Paleolítico, aunque con unos trazos definitivamente más delicados.

No paro de pensar en que cualquier paso en falso puede acabar conmigo de patitas en la calle.

—¿Acaban juntos?

—No.

—Ay, joder… —Roberto deja caer la cabeza entre las manos, como un estudiante que da por

perdido un examen al revisar sus apuntes—. No vamos a vender un puñetero libro.

Niego con la cabeza.

—Pero es que tiene sentido que sea así, ¿sabes? Porque todo el mundo esperaría que, de una forma u otra, acabasen juntos. Es una historia de amor, y eso es lo que estamos acostumbrados a encontrar en la última página. ¡Pero no! La reflexión que hace la autora es que el amor y el tiempo, o las circunstancias, como quieras verlo, van de la mano, y eso es algo que nos sobrepasa. Así que al final Lauren regresa a Los Ángeles y Pau sigue trabajando en el hotel, esperando volver a coincidir en el futuro. ¡Es precioso!

Roberto se da unos golpecitos en la sien mientras un silencio eterno ocupa todo lo demás. Al final, tuerce el gesto.

—Me corrijo: claro que venderemos, pero ni de broma lo que quieren los jefes de arriba.

—Pero ¿puedo preguntarte por qué estás tan convencido?

Él me mira y alza un poco las cejas, como si le sorprendiera que le cuestione. Trato de mantenerme firme.

—Porque a nadie le interesa leer una historia de amor así —responde—. Linderman escribe para un público joven y, aunque no pongo en duda que la novela esté bien escrita y sea interesante, este tipo de libros solo calan en sus lectores si tienen un final feliz. Y lo peor es que su editor lo sabe y se ha quedado tan ancho dándole el visto bueno a esto. —Se reclina en la silla y mira hacia el techo—. Hay que joderse…

Me fastidia un poco su afirmación, especialmente su tono arrogante y cómo se pasa la mano por la nuca, como si estuviese cansado. Yo soy parte del público de Linderman y la novela me ha encantado. Me la compraría en un abrir y cerrar de ojos. Al parecer, Roberto Real es de esos tipos que están por encima del bien y del mal, que ya lo saben todo y les molesta cuando alguien trata de ir en contra de las sabias lecciones de vida que han aprendido con sus… ¿veintimuchos años? Bueno, los que sean.

—Creo que estás equivocado. Tendrías que leerlo, en serio.

—¿Tú crees? Bueno, en cualquier caso, ahora también tenemos que hablar del *brainstorming* que me has pasado… Tiene delito, vaya.

Entonces se pone a criticar mi trabajo por diferentes razones. Escucho un «a Noemí esto le parecería una auténtica locura», entre otras cosas, pero hay un momento en el que desconecto y me quedo mirándole fijamente, estudiando sus facciones mientras él despotrica sobre cualquier pequeño detalle del informe que he redactado y que no coincide con sus expectativas. Cuando termina de hablar y se queda (por fin) en silencio unos segundos, llego a la conclusión de que mi paciencia tiene un límite y que, honestamente, con Bruno ya aprendí a no tolerar ciertas gilipolleces. Y esta conversación, sin duda, es una de ellas. No es que dude sobre si debo decir algo, es que me lanzo directamente sin mirar si hay agua en la piscina.

—Bueno, si te soy sincero —empiezo—, creo que todo esto ha salido como ha salido porque ha sido un poco como esos trabajos grupales de universidad, en los que cada uno hacía su parte

por separado y después se juntaban todas el día de la presentación.

—¿Cómo dices? —pregunta, perplejo ante mi intervención.

—Digo que Noemí nos dijo que trabajáramos esta presentación como equipo y el único que ha estado aquí desde la semana pasada he sido yo.

Roberto se inclina un poco sobre la mesa y apoya el mentón en su mano derecha, como si no terminase de entender lo que le estoy explicando. Entorna un poco los ojos.

—¿Me estás echando la culpa de esto?

«A la mierda, Leo, este tío es insoportable».

—«¿Me estás echando la culpa de esto?» —le imito haciendo una mueca, y después lanzo un suspiro—. Pues quizá sí, ¿sabes? Yo he intentado hacerlo lo mejor que he podido. Yo. Aquí. *All by myself*, como diría Céline Dion. Pero es que, obviamente, dejarme solo durante mi primera semana no me ha puesto las cosas fáciles. Y ahora te presentas aquí, criticas todo el trabajo de estos últimos días, ¿y ni siquiera eres capaz de mirarme a la cara? Tienes que estar de broma.

Cuando soy consciente de lo que acaba de ocurrir, el silencio que se apodera de la habitación es tan denso que no me atrevo a tomar aire. Roberto alza la cabeza y fija su mirada en la mía.

«Mierda».

«Mierda. Mierda. Mierda».

«Ya está, Leo, recoge tus cuchillos y márchate».

Como si acabase de saltar por un acantilado, me preparo para oír las palabras previas a mi despido, y cierro mucho los ojos como si así fuera a doler menos.

—Yo tampoco he tenido unos días fáciles, precisamente —dice en un tono calmado.

Abro los ojos justo a tiempo para distinguir un matiz de tristeza posado en sus labios. Pasan unos segundos en los que se me encoge el corazón, puedo escuchar hasta el roce que producen sus suaves manos al tocar el papel de la mesa. Quizá me haya pasado un poco. Quiero decir, no es como si hubiera dicho una mentira, pero sé, porque lo veo cada día en mamá, que pasar por un divorcio es algo realmente complicado. El momento de separarse de esa persona que te ha acompañado durante un tiempo y tratar de asimilar que «hasta aquí ha llegado nuestra historia» es difícil. Me gustaría preguntarle si se encuentra bien, pero no creo que le haga ninguna gracia saber que Noemí me ha contado su situación (y que, a su vez, yo se lo he contado a Fer en la fiesta de cumpleaños de Violeta). Es como si, por primera vez desde que coincidí con Roberto en el despacho de nuestra jefa, pudiera vislumbrar un resquicio de inseguridad que nace de sus facciones perfectas, de ese rostro que transmite templanza y que estoy deseando volver a ver sonreír. Sin embargo, de pronto ocurre algo. Roberto carraspea y se endereza, como si fuera un robot al que le acabasen de cambiar las pilas. Y entonces, en un tono de lo más incisivo y repelente, añade:

—Además, te eligieron a ti de entre todos los candidatos de un proceso de selección. No contaba con tener que llevarte de la manita. ¿Entiendes eso?

«La madre que lo parió».

—Claro que lo entiendo —continúo—. Pero me eligieron para ayudarte a darle forma a esta campaña, no para que me dejases a cargo del barco. No para que solucionase el marrón por mi cuenta. Ni tampoco para ser tu becario o recogerte los paquetes que te traigan otras personas, eso también me gustaría dejarlo claro.

Veo cómo se le enciende la mirada y se le tensa un poco el cuello.

—Espera, ¿has sido tú el que me ha dejado una carpeta en mi escritorio?

—Te la trajo la semana pasada una mujer. Me… me dijo que era importante que te la hiciese llegar.

Roberto niega con la cabeza y se humedece los labios. Estoy casi seguro de que está a punto de reírse por algún motivo, pero al final se pasa (de nuevo) la mano por la nuca y apoya los codos sobre la mesa.

—Entonces ¿conociste a Marta?

Hay un silencio raro. Uno más, quiero decir. Supongo que me tendré que ir acostumbrando a esta sensación. Su pregunta es simple, pero creo que esconde algo detrás de ella. Me atraviesa con la mirada, esperando una respuesta. ¿Es posible que intuya que ya sé quién es Marta? ¿Es posible que esta sea una explicación por su comportamiento? Tal vez sea el momento de poner las cartas sobre la mesa. Tomo aire y…

—Eh… ¿se llamaba Marta? —digo, haciéndome el confundido. Me llevo el pulgar a la barbilla y gruño suavemente. Me estoy marcando el papel de mi vida; esta actuación huele a Goya—. Pues… creo que no me dijo su nombre.

Casi puedo oír el abucheo del público ante mi cobardía. Roberto se relaja un poco, no sé si convencido ante mi respuesta, y vuelve a mirar hacia el *briefing*.

—De acuerdo, Leo. Déjame que haga unas anotaciones en el archivo para que las tengas en cuenta y así puedas terminar de completarlo. Después te pasaré los contactos de nuestros diseñadores externos para que empieces a coordinar con ellos la cartelería de los escaparates de las librerías, los puntos de libro y otros materiales. Cualquier duda que tengas, me preguntas. ¿Te parece bien?

Esas últimas palabras me pillan con la guardia baja. Es como si, de manera silenciosa, firmásemos una tregua. Yo asiento muy despacio y un poco confundido. Al ver que pasan varios segundos en los que ninguno de los dos parece tener intención de seguir con esta conversación, decido preguntar:

—¿Puedo irme ya?

—Claro —suelta, como si fuera evidente.

Capítulo 10

Los días siguientes en la oficina se suceden rápidamente, como si alguien los hubiera grabado y tuviese un mando a distancia con el que poder verlos al doble de velocidad. Roberto y yo interactuamos. Lo justo, vale, pero la comunicación es más fluida de lo que jamás esperaba que fuese, sobre todo por correo electrónico. Sí, aunque nos sentemos a tan solo unos metros de distancia, porque, al parecer, «odia que le interrumpan su *workflow*».

Sigo sin acostumbrarme a su soberbia, que saca a relucir cuando me equivoco en algo que le resulta evidente. Debe ser que él nació con un manual de marketing bajo el brazo y sus primeras palabras fueron «posicionamiento orgánico». Tampoco me gusta cómo escribe. No usa el chat, y además redacta los correos hablando siempre de usted. Emplea frases cortas, como si practicara código morse o redactase un manual de instrucciones, y le encanta dejar alguna pulla que ni se molesta en esconder. Hace un par de días, antes de bajar a la cantina, me encontré con el siguiente mensaje en mi bandeja de entrada:

De: roberto.real@scorpionediciones.com
Para: leo.walden@scorpionediciones.com
Asunto: Dos preguntas

Estimado Leo:
Por favor, necesito que revise y compare los siguientes presupuestos adjuntos para mañana.

En otro orden de cosas, y arriesgándome a que «no entre dentro de sus funciones», ¿le importaría decirme cuál es el menú del día?

Reciba un cordial saludo,
Roberto

De: leo.walden@scorpionediciones.com
Para: roberto.real@scorpionediciones.com
Asunto: RE: Dos preguntas

Estimado Roberto:

Por supuesto, no se preocupe, le enviaré la comparativa de presupuestos antes de que termine mi jornada.

Déjeme resolverle su duda, faltaría más. Puede consultar el menú del día en el calendario que le adjunto a continuación. Avíseme si necesita ayuda para imprimirlo, recortarlo y buscar unas chinchetas para colgárselo en la pared, ¿de acuerdo?

Un saludo,
Leo

De: roberto.real@scorpionediciones.com
Para: leo.walden@scorpionediciones.com
Asunto: RE: RE: Dos preguntas

Estimado Leo:
Muchas gracias por su ayuda y por su absoluta competencia. Cada día me demuestra usted más que acertaron de lleno al elegir al candidato.

Reciba un cordial saludo,
Roberto

De verdad, no le soporto.

También hemos compartido un par de conversaciones en persona. La más destacable ocurrió hace dos días, cuando tuve el honor de disfrutar de un precioso viaje de ascensor con él hasta la planta baja. Llevaba encima su maletín y el abrigo perfectamente abrochado. Bajamos el uno junto al otro, contemplando nuestro reflejo distorsionado en las puertas metálicas.

—¿Te marchas ya?

—Así es. ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. —Y sentí la imperiosa necesidad de añadir algo más—: Es solo que sueles quedarte hasta más tarde.

Él aprovechó ese momento para mirarme de reojo.

—Tengo un compromiso.

—Qué ocupado.

—En cambio, veo que en cuanto es la hora a ti se te cae el lápiz.

—Oye, ¡eso no es así! Si… ¡siempre dejo todo resuelto antes de marcharme!

—Leo —se apresuró a decir, tocándome suavemente el brazo y sonriendo. Y después, tan pronto se dio cuenta del contacto físico, apartó su mano para ajustarse el cuello de la camisa y carraspear—. Solo estaba bromeando.

Yo puse los ojos en blanco y decidí seguir callado. No quería darle más juego. Lo que no me esperaba es que él continuara hablando:

—En cualquier caso, haces bien en marcharte. Yo tendría que acostumbrarme a no pasar aquí más horas de las necesarias.

—Ah… ¿Y por qué lo haces?

—Pues… —Se quedó en silencio, como si estuviera recordando algo, y de pronto el sonido de una campanilla nos avisó de que habíamos llegado a la planta baja. Las puertas se abrieron y Roberto prefirió despedirse a terminar la conversación—. Es igual. Nos vemos mañana.

Y me dejó allí, con una cara de idiota que mamá supo reconocer más tarde mientras le ayudaba a colocar un cargamento de macetas que había llegado a la floristería.

—Leo, ¿te ocurre algo?

Yo estaba apoyado en una de las estanterías del almacén, con la mirada perdida de Roberto aún grabada en mi cabeza. Joder, había estado a punto de abrirse un poco más conmigo, de no ser por ese maldito ascensor…

—No, no me pasa nada.

—¿Seguro?

—Que sí, mamá.

—Vale —respondió señalando las macetas que tenía a mi alrededor—, pues entonces deja de poner los pensamientos en la zona de los crisantemos, hazme el favor.

Cada día me siento más cómodo en el trabajo, como si poco a poco estuviera tomando el control de la situación. Es cierto que estoy un poco estresado por el comité, ya que apenas quedan unos días y Roberto y yo nos dedicamos a perseguir proveedores, a cerrar diseños finales y a solventar los flecos que quedan sueltos de la campaña de Linderman.

Sin embargo, es genial poder contar con las chicas para tomarnos un café en los momentos de máximo estrés y coger un poco de perspectiva. Así he aprendido muchas más cosas sobre ellas, como que Jess no tiene ningún interés en encontrar pareja y se siente muy a gusto en su piso de soltera, con sus gatos Harry y Meghan; que Elisa canaliza el estrés del trabajo a través del yoga y la meditación (la he acompañado a una clase, y no va a volver a engañarme), o que uno de los sueños de toda la vida de Violeta es comprarse una Kawasaki, así que ahora, en su época de renovación vital treintañera, ha decidido apuntarse a la autoescuela para sacarse el carnet de moto. Fer, por otra parte, ha dejado de bajar a la cafetería. No responde cuando lo proponemos por el chat grupal y apenas interviene en ninguna de las conversaciones. Le he pedido un par de veces vernos al salir del trabajo, pero siempre me contesta que está muy ocupado y que no tiene tiempo. No he querido insistir más. Me gustaría hablar con él, pero nunca me lo cruzo, ni siquiera en el comedor, y no creo que la mejor forma de tratar este asunto que tenemos pendiente sea a través de un mensaje de texto. Supongo que, cuando esté preparado, aceptará hablar conmigo y podremos solucionar el malentendido.

Violeta comenta este tema unos días más tarde, aprovechando que la cafetería está medio

vacía: hay que tener cuidado con los asuntos que tratas en tus reuniones matutinas, nunca sabes quién puede estar escuchando…

Estoy esperando en la barra a que me llamen, y las chicas han ido a buscar un sitio al lado de la ventana. He notado que están algo raras esta mañana, pero no me preocupa demasiado: es pronto, y aún nos falta la dosis necesaria de cafeína. Cuando por fin el camarero dice mi nombre y puedo ir a la mesa con la bebida, me las encuentro extrañamente calladas, cada una de ellas atenta a su propia taza.

—Pero bueno, ¿es que ha pasado un ángel por aquí?

Entonces Violeta deja la cucharilla sobre la mesa y me mira directamente.

—Leo, tengo que preguntártelo. ¿Fer y tú os enrollasteis el sábado, en mi fiesta de cumpleaños?

Siento su pregunta como un puñetazo en la boca del estómago, y creo que hasta palidezco.

—¡¿Qué?!

—Lo siento, pero tenía que preguntártelo —repite.

Vuelvo la cabeza a un lado y a otro, observando a las demás. Elisa y Jessica tienen cara de no saber muy bien dónde meterse, pero Violeta no desvía la mirada de mis ojos. Trato de disimular.

—P… pero ¿de dónde has sacado esa idea, Violeta?

—Pues, en resumen, porque he estado haciendo limpieza en casa y he encontrado unas manchas de sangre falsa, como las de tu disfraz, restregadas en el colchón del cuarto que uso como trastero. Además, cuando estas y yo regresamos al piso, tú ya te habías marchado y Fer estaba aún más raro de lo normal. Ahora no quiere juntarse con nosotras y… dos y dos suman cuatro, la verdad.

—Sinceramente —interviene Elisa, dando un sorbo a su café—, si es así, yo te lo agradezco, porque no le soporto.

—Bueno, Elisa, es que tú y él nunca os habéis terminado de entender —dice Jessica, que me mira de reojo, un poco incómoda.

—Es que parece que le encanta ser un borde de mierda con todo el mundo.

La imagen de Fer asalta mi cabeza de repente, como un recuerdo lejano. Llevo todo este tiempo tratando de dejar atrás lo ocurrido. Como si, al no pensar en ello, jamás hubiese sucedido. Suspiro y agacho la cabeza.

—La verdad… es que sí que ocurrió.

Violeta da un puñetazo en la mesa, levantándose de la silla.

—¡Lo sabía! —grita, triunfante, atrayendo la atención de los baristas y los pocos clientes que hay a nuestro alrededor. Se sienta de nuevo a toda prisa, fingiendo avergonzarse de su impulso —. ¡Perdón!

—¡Leo! —dice Jessica con la boca abierta y una sonrisa de incredulidad—. Pero ¿cómo no nos lo habías contado antes?

Me resulta contradictorio pensar que por un lado estoy molesto, como si estuviese haciendo

frente a una encerrona planeada y algo sucia, y, sin embargo, otra parte de mí se siente aliviada por poder decirlo en voz alta.

—Porque fue un error y no me apetecía hablar de ello, si os soy sincero. No me gusta convertirme en un tema de conversación. Insisto: fue una tontería.

Mis palabras caen como un pequeño seísmo que tambalea la determinación con la que han hablado mis compañeras hasta el momento. Todas las sonrisas se les escurren del rostro.

—No, Leo, perdónanos tú a nosotras —interviene Jessica, que mira a las chicas con expresión seria—. No tienes que hablarnos de ello si no quieres, y desde luego ten por seguro que todo lo que nos cuentes está a salvo con nosotras.

—Eso. Perdona que haya sido tan directa, Leo. No creía que fuera un tema delicado para ti, en serio. Pensaba que había sido el típico rollo de una noche, nada más.

—Desde luego, no es que la sensibilidad sea tu punto fuerte —masculla Elisa de repente. Violeta la mira con gesto incrédulo. Trato de ignorarlas, envuelto en mis pensamientos.

—Es que… los dos estábamos borrachos y yo no sabía muy bien lo que estaba haciendo, me agobié de golpe y tuve que marcharme. Supongo que puede estar molesto por haberle dejado allí tirado, pero de verdad que… no tuvo nada que ver con él. Simplemente… no pude hacerlo. Algo no estaba bien.

Las chicas me escuchan atentamente, y Jessica me acaricia la espalda con suavidad, quitando así de mis hombros un peso que no sabía que llevaba encima.

—No tiene ningún motivo por el que molestarse, ni tú para sentirte culpable. Si no quisiste hacer algo con él, estabas en todo tu derecho, ¿me oyes?

—No, si te digo yo que al final lo de Iván acabará siendo cierto… —murmura Violeta, echándose hacia atrás y cruzándose de brazos.

Yo me quedo mirándolas a las tres con cara de póquer.

—El chico que ocupaba antes tu puesto —explica Jessica—, ¿recuerdas? No te lo mencioné cuando te hablé de él porque nunca le hemos dado importancia al asunto, pero en su momento corrió el rumor de que Fer y él tuvieron algo fuera de la oficina y no salió bien. Y que ese fue el motivo por el que se marchó de la empresa.

—¿Lo dices en serio?

—Bueno, fue solo un rumor de los muchos que hay en la oficina. Fer nos lo desmintió una vez que intentamos sacarle el tema, y como no supimos nada más de Iván… Bueno, decidimos no volver a comentarlo. Pero fue raro, la verdad.

—Tampoco nadie se molestó en hablar con él —dice Violeta, un poco abstraída—. No me refiero a alguien en particular, sino a todos los que tuvimos el rumor en la boca o nos llegó de alguna manera. Pobre Iván.

Elisa se coloca un mechón de pelo y lanza una pregunta al aire:

—Hablar de un tema como este siempre es muy complicado, pero… ¿os habéis planteado alguna vez que quizá pudimos estar equivocadas? ¿Que realmente Fer tuvo algo que ver con todo

esto?

Las tres se miran entre ellas, pero ninguna se decide a contestar.

Capítulo 11

Tienes 9 llamadas perdidas de Roberto Real (Scorpion).

Tienes 5 mensajes de WhatsApp de Roberto Real (Scorpion).

Roberto (8:34)
Oye, ¿no dijimos ayer que íbamos a repasar la campaña a primera hora?

Roberto (8:56)
Leo, te he llamado tres veces. ¿Se puede saber dónde te has metido?

Roberto (9:28)
El comité empieza en media hora y sigues sin contestar al teléfono.

Roberto (10:57)
Sinceramente, espero que tengas una buena excusa para haberme dejado colgado y hacer que quede en ridículo delante de todo el mundo.

Roberto (11:23)
Si te da por aparecer, que sepas que te espero directamente en mi mesa.

«Joder».

«JO-DER».

«¡QUÉ TARDE ES!».

—Pero ¡¿cómo no me ha sonado la alarma?! —grito, lanzando la almohada hacia un lado y saliendo de la cama de un brinco. El corazón me va a mil por hora.

Salgo al pasillo y compruebo que mamá no está en casa. Entiendo que habrá dado por supuesto que ya me había marchado y no se ha parado a comprobarlo. Cojo de nuevo el teléfono, que se ha quedado entre las sábanas, y marco el número de Roberto con las manos temblorosas.

No contesta.

Lo intento de nuevo.

No contesta.

Lo intento de nuevo.

—Claro que no va a contestarte —me digo en voz alta—. Vas a tener que ir allí.

Celia está firmando unos papeles a un repartidor cuando llego sofocado a la recepción del edificio, atravieso los tornos de seguridad y aprieto los botones del ascensor, impaciente.

—¡Te está buscando todo el mundo, guapetón! —Escucho antes de que las puertas se cierren.

A medida que los números rojos ascienden, compruebo mi reflejo en el espejo. Mi pelo es un completo desastre, y no es que el resto del atuendo lo mejore, porque me he puesto lo primero que he visto en el armario. Trato de respirar con normalidad, pero parece misión imposible. Pienso en excusas, pero no se me ocurre ninguna. Mi cuerpo actúa de forma mecánica, como si no respondiese a mis propias órdenes y solo se dejase llevar.

«Mierda».

«MIER-DA».

«¡MIERDA! ¡ME CAGO EN TODO! ¡ME VAN A DESPEDIR, JODER!».

Es un hecho. Lo acepto antes de llegar a la octava planta, escuchar el timbre y que las puertas se abran poco a poco.

«A ver, Leo —me digo a mí mismo—, sabías que este día podía llegar tarde o temprano. Pues bueno, ha llegado más temprano que tarde».

Camino con paso firme por el pasillo que conduce a la pradera, de la cual proviene un estallido de risas y varios gritos de mis compañeros. Hoy todo el mundo parece completamente revolucionado. Sin embargo, a medida que me aproximo, el volumen de las voces comienza a disminuir de manera progresiva, hasta que llega un momento en el que el silencio me envuelve y solo consigo escuchar el eco de mis pasos sobre el suelo de madera, como un actor saliendo a escena y haciendo callar al público.

Al llegar a la pradera, me quedo contemplando durante unos segundos una imagen que resulta

un tanto desconcertante. Siniestra, incluso. Decenas de sillas vacías giran sobre sí mismas frente a sus respectivos escritorios y el ruido de los correos electrónicos, acumulándose en las bandejas de entrada, inunda el espacio que todo el mundo parece haber abandonado a la carrera.

—¿Hola?

Rodeo las primeras mesas, tratando de encontrar a alguien, y observo las pantallas parpadeando al mismo tiempo. Miles de mensajes bombardean cada una de ellas. Resulta una auténtica locura pensar que seamos capaces de atender a todos ellos a lo largo de un solo día. Un escalofrío me recorre la espalda. Aquí no hay nadie. La planta está completamente desierta, pero al mismo tiempo siento que todo el mundo me está observando desde algún rincón que no alcanzo a ver.

—No entiendo nada —suelto—. ¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

Y de pronto escucho una vez más el familiar sonido del ascensor. Alguien acaba de llegar. Me acerco rápidamente al pasillo y miro hacia el fondo. Entonces las puertas se abren y de ellas surge una luz cegadora que lo invade todo y que hace que me cubra el rostro con ambas manos.

Contengo un grito, un poco desorientado, al mismo tiempo que vuelvo a oír un torbellino de risas y voces, esta vez desconocidas, a mi alrededor, que se entremezclan distorsionadas en una especie de conjuro siniestro. Mis pies se elevan hasta despegarse del suelo y, tras flotar un momento, noto cómo la gravedad hace su efecto y mi cuerpo cae al vacío. No logro abrir los ojos mientras el viento me araña la cara, mientras noto cómo caigo y caigo, sin aparente fin. No consigo gritar ni emitir ningún sonido y la sensación es terrorífica.

Y, entonces, todo parece acabar de repente. Respiro de forma acelerada y, después de unos segundos, capto los primeros acordes de una melodía que reconozco enseguida.

Huele a sal, y percibo el sudor de mi propia piel quemándose al sol.

You are all over my head, and you know it,
birds in the sky seem to be lost again,
I breathe while you call my name,
It’s something we both do, all the time.

Y su voz. También escucho su voz sobre las guitarras desafinadas.

—Leo, abre los ojos.

Alguien coge mis manos con delicadeza. Eso hace que me estremezca, pero no me aparto. Me acarician y, poco a poco, me ayudan a descubrirme el rostro.

—No pasa nada, abre los ojos.

Y yo obedezco. Al principio los colores se entremezclan y las formas se difuminan como en un cuadro abstracto. Pero, poco a poco, todo empieza a delimitarse por sí mismo. Y ahí está la ciudad de Barcelona trazada en la distancia. Y aquí estoy yo, rodeado por el mar. A mi espalda veo una multitud congregada junto a un enorme escenario en el que Pink Tokyo está tocando

«Miss You Already».

—Ey.

Cuando echo un nuevo vistazo hacia el horizonte, la silueta de Roberto recorta el sol, que parece hundirse poco a poco en el agua, dando paso al crepúsculo. El cielo está teñido de un color precioso, como si alguien hubiese decidido mojar un pincel en fuego y después lo hubiera extendido entre las nubes. Roberto se acerca, abriéndose paso entre las llamas reflejadas en el agua. Está completamente empapado, con la piel bronceada y el cuerpo tenso como si acabase de atravesar el océano a nado.

Levanta un brazo y me señala, con cientos de gotas recorriendo su piel para volver a caer al mar.

—¿Estás bien?

Me doy cuenta de que está apuntando a mi pecho; concretamente, a mi marca de nacimiento. Él no se detiene. El agua se aparta para dejarlo pasar como si fuese una fuerza más grande, como el primer rayo de luz que pone fin a la noche y trae de vuelta la claridad.

—¿Esto? —pregunto, rozándola con las yemas. No reconozco mi voz; suena muy lejos de aquí, como si tan solo fuese un pensamiento dentro de mi cabeza—. Sí, no te preocupes. Es… es una marca de nacimiento.

—Es bonita. Parece una galaxia expandiéndose.

Suelto una suave risa y mis mejillas enrojecen al instante. Le observo, lo hago sin prisa.

—La… la verdad es que nunca había pensado algo así.

Roberto hace un gesto suave con la mano, pidiendo permiso, y me mira a los ojos.

—¿Puedo?

Yo no consigo vocalizar, es como si en un segundo se me hubiesen olvidado todas las palabras del diccionario. Asiento, y él acerca su mano y recorre mi pecho de un extremo al otro, dejándolo todo húmedo y salado a su paso.

—¿Te la sabes? —pregunta mirando hacia la orilla, que parece alejarse en la distancia.

—Eh… —murmuro—. Sí, claro. Es una de mis canciones favoritas.

—Yo solo me acuerdo de la melodía. La recuerdo desde el verano. Cuando suena en un bar, cuando cojo el coche o estoy en casa con la radio encendida… Cada nota musical me permite volver a ver en mi cabeza una parte de ti. Pero esta —dice hundiendo su dedo en mi pecho— no la conocía.

Veo el vaivén de las olas deslizarse sobre nosotros, y de pronto querría ser nada más que agua; poder deslizarme sobre él sin mapa, ajeno al tiempo, una y otra vez. Querría ser la arena bajo sus pies y así mantenerlo en equilibrio.

Y me provoca un dolor terrible no poder ser ninguna de esas cosas.

—Debes proteger tu galaxia, Leo. —Extiende la mano y poco a poco rodea mi cuello con ella —. Aunque ojalá me dejes visitarla algún día.

Entonces abro los ojos y me despierto sobresaltado. Mi habitación está envuelta en oscuridad,

con tenues halos azulados que se cuelan desde la calle. El reloj de la mesilla marca las tres de la madrugada y las sábanas de mi cama están empapadas de sudor. Me llevo la mano al rostro para frotármelo, y es al levantarme, para ir al cuarto de baño, cuando noto una erección bajo el pantalón del pijama. Me quedo un instante así, mirándola casi con lástima, y después suelto un suspiro y niego con la cabeza.

—Bueno, supongo que es mejor esto que un dolor de cabeza.

Capítulo 12

—Leo.

—¿Qué?

—Que si quieres mantequilla. Si no, la guardo en la nevera. —Mamá se queda apoyada en la pared un momento cuando niego con la cabeza y me mira dubitativa—. Cariño, no te lo tomes a mal, pero tienes un aspecto horrible.

—Vaya, gracias, madre. Yo también te quiero.

Hoy se celebra el comité literario, donde varios de los equipos exponen las novedades más importantes que conformarán el próximo semestre y las campañas de cada uno de los lanzamientos. Roberto y yo hemos estado trabajando los últimos días sin parar, llevándonos trabajo a casa, ajustando las ideas de la campaña lo máximo posible, peleándonos con diseñadores gráficos para tener listos los materiales promocionales, y aunque aún no hemos terminado de cerrar un acuerdo, hemos concertado una reunión con Canal Ficción para crear y emitir un *spot* promocional.

Esta última semana apenas hemos descansado. Y aunque nunca pensé que pudiese llegar a afectarme tanto, es la primera vez que voy a comprobar cómo mi trabajo tiene un efecto real sobre los demás. Va a generar opiniones (algo que me crea una ansiedad terrible) y los demás podrán hacerse una idea de hasta qué punto soy…

«¿Profesional?».

«¿Puedo llamarme eso a mí mismo?».

En cualquier caso, que la directora editorial de Scorpion vaya a estar entre los asistentes solo añade una pizca más de tensión a todo este asunto. Sin presión, vaya.

La voz de mi madre interrumpe mis pensamientos. De nuevo. Llevo una mañana…

—Solo digo que deberías intentar relajarte un poco. ¿Qué tal está Ares, por cierto? Hace tiempo que no me cuentas nada de él. Y tu otro amigo… Ese de rizos tan guapo que se quedó aquí a dormir un día. Siempre se me olvida su nombre.

—Bruno —digo, recordando perfectamente lo embarazosa que fue esa mañana. Se suponía que mamá se había ido a pasar el fin de semana al chalet de unas amigas del instituto. Sin embargo, el domingo regresó antes de lo que pensábamos y pilló a Bruno, sin camiseta, con la cafetera recién hecha en la mano. No creo que llegase a creérselo ni por un segundo, pero él le

explicó que éramos compañeros de universidad y que habíamos estado trabajando en un proyecto final para una asignatura, que se nos había hecho tarde y que por eso se había quedado a dormir. En cualquier caso, jamás me preguntó nada al respecto, algo que agradecí bastante porque odio tener que dar explicaciones de mi vida privada. Bruno, por su parte, se cabreó mucho conmigo, así que decidió que no volvería a dormir en mi casa. Le «rayó mazo» tener que conocer a mi madre; eso, como cualquier otra cosa que pudiese hacer de nuestra «relación» algo un poco más sólido. De todas formas, ha llovido desde entonces. Hay que ver qué memoria tiene esta mujer… —. ¿Por qué me sometes a un interrogatorio a las ocho de la mañana?

—Porque soy tu madre y me preocupo por ti —dice, apuntándome con un cuchillo redondeado que después mete en el lavavajillas. Luego cambia el tono, dramatizándolo y poniendo ojitos de cachorro—. Pero no te preocupes, hijo, ¡que ya no te molesto más!

—Perdón… —me apresuro a decir, y me levanto para terminar de recoger la mesa. También me acerco a ella para hacerle alguna carantoña—. Por cierto, hay que ver qué guapa estás, me encanta esa camisa.

—Sí, sí… Vete un poquito a la mierda.

—¡Mamá! —Río, y después me lanzo a darle un abrazo; eso no falla nunca.

Ella sonríe y me devuelve un suave empujón para que me aparte.

—Voy a acercarme al mercado, que quiero comprar calabaza para intentar hacer un pastel que he encontrado en internet. He pensado que esta noche podríamos ver una película en Blinx, si estás libre, y lo probamos.

—Claro. ¿Vas a ir a ver a Míriam?

—Sí —dice sonriendo.

—Podrías invitarla a cenar una noche con nosotros, y así me la presentas.

—No puedo hacer eso, cielo. Por mí no habría problema, pero sé que para ella sería un compromiso. Paciente y doctora solo pueden mantener esa relación. De otra forma, no podría seguir trabajando conmigo.

Míriam es la psicóloga de mamá, una mujer muy simpática que tiene su propia consulta a tan solo un par de calles de la floristería. Va a visitarla un par de veces a la semana, y lo cierto es que siempre vuelve a casa con una pequeña dosis extra de energía, que a veces necesita. Quizá debería aprender de mi madre y trazar bien las líneas necesarias con Roberto.

—Bueno, tengo que irme ya. Si no llegaré tarde.

—Vale. Escríbeme después y me cuentas qué tal ha ido la reunión esa tan importante.

—Sí —contesto antes de desaparecer por el pasillo—. Te quiero.

—Te quiero, hijo.

La sala que han elegido para celebrar el comité se encuentra en la última planta, y es probablemente el lugar más bonito de todo el edificio Scorpion. Las paredes están formadas por

unos gruesos paneles de vidrio que cuentan con un sistema inteligente que los vuelve opacos en caso de utilizar el proyector instalado en el centro. Todos los asientos miran hacia un estrado coronado por una gran pantalla. Es como si tuviésemos nuestro propio cine en una azotea de la Gran Vía.

Al llegar allí y encontrarnos a unas setenta personas se me encoge un poco el estómago. Y no debo saber disimularlo, porque Roberto me mira un segundo de más y me pregunta en voz baja si me encuentro bien.

—Sí —contesto, enderezándome. Me estrujo las manos, frías como témpanos, y él vuelve a escanearme con la mirada, aunque no me dice nada más.

Después de acomodarnos, miro hacia atrás e identifico a las chicas en diferentes filas. Violeta y Elisa, que comparten departamento, han elegido sentarse en lugares no contiguos. Desde la última conversación en la cafetería, su relación se ha enrarecido de forma inexplicable. Jess está a tan solo tres filas de mí. Cuando me ve, me guiña un ojo y me lanza un beso.

—¡Guapo!

Yo me río y vuelvo a mirar al frente, sonrojado.

—Jessica y tú os lleváis muy bien, ¿no? —pregunta entre susurros Roberto en un tono que, si no me equivoco, demuestra curiosidad.

—Así es, ¿por qué lo preguntas?

—Por nada. —Carraspea—. Estaba intentando tener una conversación contigo.

—Vaya, eso es nuevo…

Esta vez la mirada de Roberto se posa en la mía.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues que no es que tú y yo tengamos conversaciones a menudo, aparte del gramaje de los marcapáginas o el precio de los escaparates de La Casa del Libro.

—Ya. —Deja unos segundos de silencio y parece avergonzado—. Bueno… la verdad es que no he tenido ganas de hablar con nadie estas últimas semanas.

¡Ahí está de nuevo! Esa pizca de inseguridad que ya pude percibir cuando nos reunimos para debatir el *briefing* de la campaña de Linderman o cuando coincidimos en el ascensor la tarde que ambos nos marchábamos de la oficina al mismo tiempo. No me lo estoy imaginando. Es como si, de alguna manera, Roberto me estuviese dando pie a ahondar un poco más en su última afirmación. Sin embargo, Noemí aparece y toma asiento entre ambos. Nos erguimos de inmediato, como pillados en falta.

—Que comience la función —anuncia en un tono sarcástico, sin darse cuenta de lo cerca que estábamos hace unos segundos.

Los cristales de la sala empiezan a oscurecerse, la pantalla se enciende y proyecta el logo de la empresa y mi corazón comienza a latir más deprisa. Me esfuerzo por respirar hondo. Una mujer de aspecto muy elegante y expresión amable aparece delante del estrado y nos da la bienvenida. Se trata de Úrsula Ruiz, la directora editorial de Scorpion, quien asegura estar entusiasmada por

escuchar las propuestas que estamos a punto de presentarle. Todo el mundo ha enmudecido hasta tal punto que el eco que provocan sus tacones se puede percibir desde cualquier punto de la sala.

—Pero antes de pasaros el micrófono, me gustaría dedicaros un aplauso a todos vosotros y vosotras…

Noemí, que hasta ese momento ha estado consultando el teléfono, lo bloquea y predice las palabras de Úrsula, entonándolas al tiempo que esta:

—… porque hacéis posible que nuestras grandes historias cobren vida. —Nos mira a Roberto y a mí con complicidad y yo fuerzo una sonrisa—. Un clásico —añade.

Una ronda de aplausos inunda la sala y después comienzan las presentaciones. En general, son charlas dinámicas que me hacen ser consciente (ya que nunca antes me había parado a pensarlo con detenimiento) de la gran cantidad de personas y procesos que hay antes de que tú decidas una tarde cualquiera pasar por una librería para encontrar tu libro favorito colocado en una estantería: con sus páginas corregidas, su calculada maquetación, su portada a todo color (precedida por decenas de pruebas con tipografías distintas antes de dar con la adecuada) y las dichosas fajas promocionales con la cita o recomendación de otro autor, que, por norma general, la genta odia y acaban tirando a la basura.

Cuarenta minutos después llega el turno de los equipos de marketing de las diferentes colecciones. Cuando mencionan el nombre de mi supervisor, Roberto se encamina al estrado. Observo, mientras recorre el pasillo central, cómo varias cabezas se vuelven y cuchichean. También sucede detrás de mí, donde intento distinguir la amalgama de voces que van y vienen como si fuesen frecuencias de una emisora de radio.

—Al parecer, se…

—Lo sé. De hecho, es que ni me había dado cuenta de que…

—Claro, es que fue hace poco…

—Es un tipo muy reservado, es normal que…

—¡Callaos ya, coño! —espeta Noemí, malhumorada, mirando a las filas de atrás.

La voz de Roberto emerge de los altavoces y eclipsa de inmediato a las demás. Toda la atención recae sobre él. Para mí sería un momento tremendamente incómodo (solo con recordar las exposiciones orales de la universidad me dan escalofríos), pero él sabe cómo controlar la situación, ejecuta los gestos precisos y entona las palabras casi como un misterioso juglar declamando frente a su público; en su caso, presentando el proyecto de forma casi hipnótica.

—… Pero —se detiene—, como muchos ya estaréis cansados de escucharme a mí después de todos estos años, me gustaría ceder ahora la palabra a nuestra más reciente incorporación al equipo.

«¿Qué?».

—Él será quien os hable hoy de la campaña que garantizará que esta segunda novela de nuestra querida Linderman sea todo un éxito. —Hace una breve pausa, pero que dura lo suficiente como para dejarme encajar todas las piezas al mismo tiempo—. Dadle una calurosa

bienvenida a Leo Walden.

«¡¿Qué!?».

No.

Puede.

Ser.

VERDAD.

Comienza una discreta ola de aplausos que no consiguen hacerme reaccionar hasta que Noemí apoya una mano sobre mi hombro. La miro como atontado.

—Es tu turno, Leo. Adelante.

Al subir al escenario me arde la cabeza, las piernas me tiemblan y respirar se convierte en una tarea más difícil de lo normal. Roberto camina hacia mí de vuelta a su silla y nuestras miradas se cruzan durante un breve instante. Tiene una expresión satisfecha en la cara, y entiendo que esto ya lo había decidido de antemano.

Trato de tranquilizarme y pensar con la cabeza fría. La luz del proyector es tan intensa que los rostros del público son prácticamente indistinguibles, lo que decido tomarme como una ventaja.

«Es un reto. El cabrón acaba de echarte a los leones para ver cómo te defiendes mientras él disfruta del momento sentado junto a Noemí, que piensa que todo está bajo control».

Y no, desde luego que no lo está.

—Eeem… —murmuro mientras el micrófono emite una suave estática que incomoda a algunos de los presentes.

Echo un vistazo a la pantalla, donde hay once palabras en un PowerPoint que yo mismo terminé de escribir hace dos tardes:

El tiempo que nos separó:
Estrategia de marketing digital y offline.

«Lo tienes, Leo —me digo a mí mismo—. Eres el que mejor conoce el libro. Llevas semanas trabajando en esto, así que ahora es tu oportunidad de demostrar por qué estás aquí y cerrarle la boca a ese capullo que tienes a tres filas de distancia».

Solo tengo que respirar unos segundos, hasta que mi garganta se destensa y nacen las sílabas que se encadenan en palabras con pleno sentido.

«Eso es, lo tienes todo bajo control».

Capítulo 13

No sé cómo logro salir del paso, pero lo hago. Al principio, mis palabras se enredan un poco y es como si pelease contra mi propio cuerpo para hacer que me obedezca, para que no se deje llevar por el pánico. Poco a poco, empieza a responder. Mi voz deja de temblar y, aunque tengo la sensación de que me voy un poco por las ramas, me muestro entusiasta explicando el proyecto y la novela. Hay incluso un momento en el que creo que digo algo divertido de forma no intencionada, porque consigo arrancar unas risas amables entre los comerciales que hay sentados en las primeras filas. Y así, antes de darme cuenta, llego a la última diapositiva de la presentación para añadir una conclusión:

—… y, finalmente, contamos con vosotros y vosotras para que nos ayudéis a llevar a todos los lectores esta historia, que no dejará a nadie indiferente. Estamos ante el nuevo gran éxito de la temporada.

Cuando por fin me bajo del estrado, una tromba de aplausos me ensordece, y yo recorro el pasillo hasta mi silla con la cabeza baja y las orejas coloradas, pero enormemente orgulloso de mí mismo. ¡Lo he logrado! ¡Yo solo! Noemí aplaude como lo haría mi madre en mi graduación. Compruebo que Roberto, a su lado, hace lo propio.

«¿Está sonriendo? Guau, sí que debo de haberlo hecho bien».

Las paredes, poco a poco, dejan atravesar de nuevo la luz del exterior y todo el mundo se pone en pie para marcharse. El comité ha terminado. Me siento como un globo desinflado después de que la adrenalina haya abandonado mi cuerpo. Noemí, con actitud aprobatoria, asiente mientras nos levantamos.

—Roberto, recuérdame, por favor, cuándo fue la última vez que acepté una de tus propuestas de campaña a la primera. Si no me equivoco… ¿puede que esta sea la primera, después de seis años juntos?

Él, con las manos metidas en los bolsillos, pone los ojos en blanco, aunque se le curva la comisura de los labios.

—No lo recuerdo.

—Ya, bueno —dice ella dirigiéndose hacia mí—. Me da que cada vez tengo mejor ojo con los fichajes… porque este pelirrojo acaba de revolucionar a todos los comerciales.

Yo sonrío y me tomo sus palabras como un gran cumplido. Aún no sé cómo lo he logrado,

pero es cierto que mi intervención ha sido una de las más aplaudidas del comité.

—Noemí —dice una voz a nuestra espalda—, qué alegría volver a verte.

Los tres enmudecemos cuando vemos que Úrsula aparece junto a nosotros. Intimida un poco estar a tan solo unos centímetros de ella. Huele a persona importante. Es difícil describir un olor así, creo que solo podría reconocerse estando al lado de alguna. Huele a lujo, a habitaciones amplias, a sábanas de algodón egipcio recién lavadas y a lavanda recién cortada… Me quedo embobado por sus enormes pendientes con forma de serpiente y su blusa de color dorado, que le otorgan un aspecto majestuoso y una fuerza intangible pero muy real, como si fuera una emperatriz.

—Úrsula —dice Noemí, y la sonrisa que me ha dedicado hace unos segundos reaparece—. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. Un poco cansada de viajar de un lado para otro, pero muy contenta. Las oficinas de Barcelona están ya casi listas y van a quedar increíbles cuando las inauguren en septiembre, ya lo veréis.

—Seguro que te quedarás el mejor despacho —responde Roberto con una ironía tan medida como acertada.

—Haces bien en pensar eso, Roberto. —Sonríe, y después fija su mirada en mí, que no me he atrevido a pronunciar palabra—. Bueno, ya que tus compañeros no nos presentan, lo haré yo misma. Ha sido todo un placer escucharte antes, Leo. —Me tiende la mano, de cuya muñeca cuelgan unos aros metalizados que chocan entre sí—. Soy Úrsula Ruiz, y me encanta comprobar cómo los mejores talentos siempre acaban llegando a la familia Scorpion.

—Oh —saludo, un poco sorprendido por su cumplido—. Muchas gracias, es un placer conocerla.

—Por favor, ¡no me hables de usted! Estoy segura de que la campaña de Emma va a ser un éxito después de todo lo que has compartido con nosotros hoy.

—¡Eso esperamos!

—Pero sobre todo me ha sorprendido… —continúa—, bueno, la pasión con la que has hablado todo el rato, casi como si fuese tu propio libro. Eso es algo muy importante que espero que no pierdas con el paso del tiempo.

—¿D… de verdad?

Sus ojos, que parecen dos topacios iluminados, asienten. La verdad es que no me intimida tanto como a primera vista. Seguro que sería muy interesante poder hablar con ella sobre cómo se lleva una editorial de estas dimensiones. Mira a Noemí, que hasta el momento no ha apartado la vista de ella, como una abeja revoloteando alrededor de una flor rebosante de néctar.

—¿Tendríais a mano alguna galerada[4] de la novela que pueda llevarme en el tren, de vuelta a Barcelona?

—Sí, claro —responde Noemí—. De hecho, puedo conseguirte una copia impresa de la última corrección. —Y pregunta, casi con prisa—: ¿Te marchas hoy?

Úrsula niega suavemente con la cabeza, haciendo que sus rizos rocen sus hombros. Es una mujer guapísima, casi como si fuese un personaje que acabara de escaparse de las páginas de un cuento clásico. Solo que ella, más que una princesa encerrada en una torre o una madrastra malvada, es la arquitecta del reino que se dedicó a diseñar el palacio.

—Mañana a primera hora. Aún tengo que reunirme con un par de autores esta tarde. Pero… si estás libre esta noche, puedo llamarte cuando haya terminado y cenamos juntas.

Algo sucede entonces. Un suave brillo ilumina los ojos de Noemí muy fugazmente, igual que los de una niña abriendo el regalo de Navidad que lleva pidiendo durante todo el año.

—Claro, me encantaría.

—Bien —asiente Úrsula—. Y ahora, si me disculpáis, tengo que irme. Me alegra ver que sigues contando con un gran equipo.

Los tres la observamos marcharse. Después, el teléfono de Noemí comienza a sonar en su bolsillo y ella se adelanta también para contestar, dejándonos a Roberto y a mí solos en la sala.

—Oye —digo, empujado por una curiosidad que parece haberse quedado flotando en el aire —, ¿eso…?

—Sí, bueno… —dice sin dejarme terminar—. Es una larga historia. Por cierto, enhorabuena por sobrevivir a tu primer comité. Lo has hecho muy bien.

Su última frase consigue recordarme lo que ha ocurrido hace unos minutos sobre el escenario y las sensaciones que me ha despertado allí encima. ¡Estoy cabreado! Ha sido toda una jugarreta por su parte, un intento cutre de hacerme quedar mal. Frunzo el ceño y me cruzo de brazos tratando de imponerle, aunque sospecho que es un gesto inútil por mi parte.

—Gracias, pero ya podrías haberme avisado.

—¿De qué?

—¿De qué va a ser? Me dijiste que tú te ocuparías de la presentación. No contaba con tener que hablar en público —protesto—. ¿Qué habría pasado si la hubiese cagado con todos los trabajadores de la empresa presentes, si hubiese hecho el ridículo delante de Úrsula? ¿Te has parado a pensarlo un segundo?

Él lanza un suspiro. Más que ofendido, parece aburrido de lo que acabo de soltarle.

—Entiendo que puedas estar molesto, pero no ha sido idea mía.

—Sí, claro.

Roberto niega con la cabeza.

—No te enteras de nada, Noemí me lo pidió. —Y al oír estas palabras, el enfado que se ha acumulado en mi cuerpo, y que me ha dado el valor para encararle, se esfuma.

—¿Có… cómo dices? —balbuceo.

—Le enseñé la presentación que habíamos preparado y me dio luz verde. ¿O qué pensabas? ¿Que iba a dejarnos exponer la campaña delante de todo el mundo sin haberla visto antes? Te ha puesto a prueba, Leo. Hoy estás aquí con un contrato temporal, pero nunca sabes si tendrás la oportunidad de quedarte más tiempo si les gustas. —Da un paso hacia mí, envolviéndome en su

perfume, y susurra—: Así que deja de actuar como si lo supieras todo, porque te sorprendería saber lo equivocado que puedes estar a veces.

Cuando se aleja, tengo que tragar saliva. Vale, ya me jode, pero acabo de quedar como un auténtico imbécil delante de Roberto. Él sabía que esto iba a salir bien. Es más, se aseguró de consultarlo con Noemí, y lo único que ha hecho ha sido darme la oportunidad de lucirme delante de Úrsula y del resto de la empresa. Una sensación de culpa me invade al momento.

«Agh, soy idiota».

¿Quizá… quizá debería dejar de mostrarme tan a la defensiva con él? Quiero decir, no es como si no me hubiera dado motivos para ello, pero puede ser que, finalmente, Roberto haya decidido empezar a hacer las cosas bien. A su manera, claro. El caso es que si me muestro así de cauto es porque ya tuve que soportar suficientes cosas con Bruno, y no quiero tener que pasar dos veces por el mismo aro. No quiero tener que excusar a un tipo que me hace daño, por muy mal que él lo pueda estar pasando. Todos tenemos nuestras mierdas, al fin y al cabo.

Pero también sé que Roberto no es Bruno. Además, hay algo que no puedo explicar del todo, algo que habita en los silencios que compartimos o en nuestras torpes interacciones, donde siempre parece haber tiempo para añadir una palabra más que nunca llega, que me dice que puedo darle una segunda oportunidad.

Capítulo 14

Se respira un ambiente más animado de lo normal en la cantina. No sé si es porque ha terminado el comité, porque es viernes o porque han incluido lasaña en el menú, pero todo el mundo charla a viva voz en sus mesas. Varias personas, que al parecer conocí en la fiesta de Violeta, aunque no las recuerdo en absoluto, hablan conmigo mientras espero a ser servido y me desean suerte con la campaña de Emma. Les sonrío, agradecido, y luego me dispongo a tomar asiento junto a las chicas, pero nos damos cuenta de que falta una silla para mí. Violeta, que tiene su plato a medio terminar, se levanta de pronto y dice:

—Tranquilo. En serio, apenas tengo hambre. —Y, retirando la bandeja, termina de excusarse —: Así aprovecho y voy lavándome los dientes.

Violeta desaparece de la cantina y yo ocupo su lugar frente a Elisa y Jess con cara de circunstancias. Cuando me fijo en sus rostros, confirmo que algo no anda bien.

—Perdonad si os he interrumpido… —me disculpo—. No me importa comer en otro sitio, no pasa nada.

—No, Leo —dice Elisa, que intenta sonreír tímidamente. Sin embargo, su expresión de disgusto es más visible que sus esfuerzos por tratar de ocultarla—. Quédate.

Jessica le coge la mano a Elisa y enrosca los dedos alrededor de su anillo, que tiene la forma de una espiral y está hecho de un plástico verde.

—Oye, maja, ya decía yo que no encontraba mi anillo de la suerte… —comenta, irónica, intentando animarla—. Que lo gané en una caseta de las fiestas de mi pueblo. ¡Vale millones!

Elisa se ríe, con los ojos vidriosos.

—Pues sí que me está dando suerte, sí…

—Bueno, es que sus poderes tardan un poco en activarse.

—Elisa —intervengo, tratando de ser lo más delicado posible—, no tienes por qué decirme lo que te ocurre, pero si necesitas hablar en algún momento, que sepas que puedes contar conmigo.

A pesar del poco tiempo que he podido compartir con Elisa, tanto dentro como fuera de la empresa, tengo la sensación de que, si nos hubiéramos conocido en otro lugar, quizá en el instituto, podríamos haber sido buenos amigos. Su dulzura e introversión contrastan mucho con la positividad de Jessica y el descaro de Violeta, y las tres dan forma a las aristas de un triángulo que, al menos hasta el momento, parecía mantenerlas en perfecto equilibrio.

—Muchas gracias, Leo. Lo cierto es que se me hace un poco raro que a estas alturas, y más después de lo que nos contaste el otro día, no sepas… —Coge la lata de limonada de su bandeja y le da un par de vueltas, como si estuviera oxigenándola—. Bueno… la situación, supongo.

—Si quieres, puedo hacerle un resumen —propone Jessica.

Elisa mira hacia el otro lado de la mesa, donde el resto de la gente parece sumida en sus propias conversaciones, da un sorbo a su bebida y asiente.

—Pero baja el volumen, que, si me descuido, te escucha toda la oficina.

Y lo que me cuenta Jess es algo muy distinto a lo que yo esperaba, lo cual, desde que estoy en esta empresa, no debería sorprenderme. Al parecer, Elisa siempre ha estado un poco colada por Violeta desde que comenzaron a trabajar juntas en el departamento de producción. Sin embargo, Violeta tenía novio (o algo así): Rafa. La relación era intermitente, con sus altibajos: unas veces de euforia desbordante y otras donde las inseguridades volvían a florecer como si nunca se hubiesen marchitado. Pero, al parecer, esta vez Violeta ha decidido cortar por lo sano.

—Lo mencionó en su fiesta de cumpleaños, ¿te acuerdas?

Yo tuerzo la cabeza.

«Esa maldita fiesta».

—Cuando bajamos a comprar hielo, tras dar varias vueltas, encontramos una tienda abierta.

—Yo me quedé fuera aprovechando para fumar un cigarrillo —interviene Jess—, y me perdí la parte más interesante.

«No creo…».

—Dentro de la tienda, Violeta… me besó.

ESA.

MALDITA.

FIESTA.

—Y ahora nuestra relación se ha vuelto un poco rara —dice con la voz cansada—. No hablamos de ello, pero ambas sabemos que ocurrió, y para mí ese momento fue tan especial como surrealista. Y ahora me resulta duro tener que estar aquí, con ella, todos los días, fingiendo que no ha ocurrido nada. Es algo que cada vez se me hace más insoportable.

De pronto la puerta de la cantina se abre y Roberto aparece tras ella con el teléfono pegado a la oreja, dirigiéndome una mirada que desvía al momento mientras introduce unas monedas en la máquina de bebidas.

«Creo que te entiendo», me gustaría decirle.

La lasaña sigue sobre mi plato, ya fría y poco apetecible.

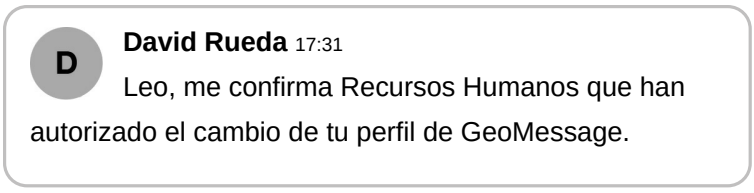
—Y ¿qué has pensado hacer ahora?

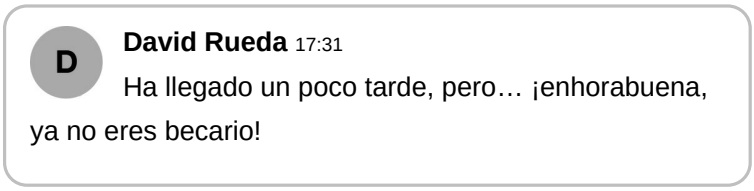
—Si te digo la verdad, Leo, no tengo ni la menor idea.

Aún debo contestar tres correos pendientes, pero hoy no aguanto ni un minuto más en esta

oficina. Ha sido un día intenso, y solo quiero llegar a casa y probar el pastel de mamá, con el que llevo soñando desde que lo ha mencionado esta mañana.

También podría escribir. Siempre me queda escribir, y es cierto que hace tiempo que no lo hago. Me vendría bien para vaciar la mente y organizar un poco mis pensamientos, la verdad. Antes de apagar el ordenador, me saltan un par de mensajes en la pantalla que me hacen sonreír.





Para notar que hago un poco de ejercicio después de estar sentado ocho horas en una silla de oficina, decido bajar por las escaleras de emergencia. Me he planteado apuntarme al gimnasio por las tardes, pero la idea de estar rodeado de tíos sudando testosterona en una sala con música electrónica a todo trapo simplemente no me resulta apetecible. Así que… siempre me quedan las escaleras.

Cuando desciendo una planta, la puerta del descansillo se abre y… Fer aparece tras ella. Ambos nos quedamos paralizados, mirándonos el uno al otro sin decir nada durante unos segundos. En otras circunstancias, me hubiese dado tiempo a medir la distancia y el ritmo para intentar no cruzarnos, pero ahora no hay forma de evitar esta situación.

—Ey, Fer —saludo.

Él hace un gesto con la mano. Es raro volver a verle aquí, enfundado en su traje oscuro de ejecutivo en ciernes. Ya no hay rastro de gomina en su pelo rubio, y la electricidad y el olor a cigarrillo que desprendía en la habitación del desorden ha desaparecido para dar paso a una imagen más natural pero igual de magnética. Se parece más al Fer que conocí en el ascensor, con esa expresión incierta y su actitud de tenerlo todo bajo control.

—Hola, Leo. ¿Te marchas ya?

—Sí. ¿Qué tal… estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Bien, gracias.

«Vale, esto es bastante más incómodo de lo que esperaba».

—Tengo que irme, Leo, pero antes aprovecho para darte la enhorabuena por tu intervención en el comité. Has estado muy bien.

—Vaya, pensaba que no habías venido. ¿De verdad te ha gustado?

—Es que estaba escondido entre las sombras —bromea—. Claro, a todo el mundo le ha gustado mucho. Un poco difusa en algunos puntos, si me lo permites, pero eso es solo mi opinión. Lo importante es que a tu jefe se le veía satisfecho. Y tú estabas muy guapo, por cierto.

Mis mejillas se deben de haber encendido automáticamente. Tengo la imperiosa necesidad de aclarar una vez más que Roberto no es mi jefe, pero definitivamente no procede en este momento.

—Gracias —digo, algo cohibido—. Oye, Fer. No te marches aún, por favor.

—¿Qué ocurre?

—Es que llevo queriendo hablar contigo desde hace... Bueno, la verdad es que hace ya bastante tiempo. Es sobre lo que ocurrió en la fiesta de cumpleaños. —Temiendo una respuesta negativa por su parte, me adelanto y sigo hablando—: Siento mucho si te hice sentir mal, marchándome de allí tan de repente. Pero te aseguro que no tuviste nada que ver en eso. Fui yo, que no me encontraba bien.

Fer me escucha sin decir una palabra, y esto me mantiene en una tensión casi dolorosa. No puedo leer ninguna expresión en su rostro. Porque él es así, tal y como me confesó esa noche. Pero también aprendí que eso no significa que ahora mismo no haya miles de pensamientos rondando por su cabeza. Finalmente, me dedica una sonrisa y se acerca un poco.

—No lo entiendo, Leo. ¿Por qué debería haberme sentido mal?

—Porque yo… —Suspiro—. No lo sé. Me marché de forma precipitada y pensé que quizá eso te hubiese molestado. Algo así, pero mejor explicado. No sé si entiendes lo que quiero decir.

—Pero qué mono eres… —dice con voz aterciopelada y acercándose un poco más hacia mí—. Tranquilo, no tienes de qué preocuparte.

Yo asiento, aliviado. En el fondo, Fer es un buen tipo, solo que tiene una curiosa forma de demostrarlo.

—Entiendo que quizá te impusiera un poco, ¿verdad? ¿Es eso?

—¿Cómo dices? —pregunto, confundido.

Sus ojos verdes se encienden y al instante me agarra la mano con suavidad, acariciándome. Noto su tacto como el de una serpiente que se enroscara poco a poco alrededor de mi muñeca. Esto me incomoda y hace que se me erice la piel.

—No era el momento ideal, desde luego. Pero podríamos encontrar ese momento. Fuera de aquí, claro. —Mira a nuestro alrededor. El descansillo sigue vacío y, sinceramente, ojalá pudiera pasar alguien ahora mismo para interrumpir este momento tan raro. No es así como debería transcurrir esta conversación—. ¿Por qué no vienes a mi casa esta noche? Estoy seguro de que podremos retomar el asunto donde lo dejamos.

Tardo unos segundos en reaccionar mientras veo cómo se me acerca más y reconozco de nuevo el olor a tabaco, que parece emanar de sus labios.

—Es que… Fer, yo… —Trago saliva, incómodo—. Fer, yo ahora no puedo.

—¿Mañana, entonces? —Sus manos se deslizan por mis mejillas y tratan de atraer mi rostro hacia el suyo—. No tengo prisa… Tenemos tiempo de sobra.

Consigo apartarme bruscamente y él, aturdido, pierde el equilibrio y tiene que sujetarse a la barandilla de la escalera para no tropezar.

—Fer, lo siento, pero no quiero hacer esto —zanjo—. Podemos seguir siendo amigos, pero solo eso. Siento mucho si yo te he hecho sentir de otra manera, de verdad que no era mi intención. Lo siento.

Entonces Fer recobra la compostura y, cuando le miro a la cara, veo cómo las facciones de su rostro han cambiado por completo. Es como si, de pronto, cualquier atisbo de calidez o afecto se hubiera desvanecido y estuviera mirando directamente a unos ojos llenos de una oscuridad infinita.

—¿Es en serio? —pregunta, usando un tono plano.

A mí no me sale decir nada más. Noto cómo el corazón me va muy rápido, y cómo mis músculos se han tensado como los de un animal asustado.

—Vale —añade, dándose la vuelta—, como quieras.

Bajo la vista al suelo y lo siguiente que escucho es el eco de sus pisadas rebotando en las paredes de hormigón. De pronto, mi teléfono comienza a sonar y borra el pequeño paréntesis en el que parecía estar atrapado. Las palabras «Número oculto» inundan la pantalla una vez más, como lleva ocurriendo estas últimas semanas. Pero esta vez me da tiempo a contestar la llamada.

Capítulo 15

Era difícil no acordarse de Los Ángeles al mirar a Pau a los ojos, de todos aquellos chicos que se habían convertido en errores a lo largo de mi vida. Había preguntas que nunca había formulado en voz alta, que me habían quitado el sueño durante días o semanas, y que me hacían amanecer deseando obtener respuestas inalcanzables. Algunas de ellas las trasladaba a mi trabajo, a mis historias. Creaba personajes y los enfrentaba a las mismas situaciones en las que me había encontrado más de una vez. Repetía palabras que ya conocía, y teclearlas se convertía entonces en un ejercicio de introspección y supervivencia.

En mis historias, decidí que mis protagonistas nunca terminarían con el corazón roto. Por supuesto, esto no sentaba del todo bien en las productoras. Y, hacedme caso, una mujer guionista defendiendo a capa y espada los finales felices frente a una panda de hombres blancos y millonarios, hoy en día, sigue considerándose «una loca de remate».

Pero tenía que hacerlo. Porque no me atreví a buscar razones cuando tuve ocasión, y dejé que el amor me consumiera en el peor de los sentidos. Me desencanté, y mis historias habían pasado a ser mi propia forma de pronunciar las palabras correctas, de cogerle la mano a quien no lo había hecho, de dar un giro inesperado que acabase con un beso.

El amor no puede ser algo que duela o te destruya. Debe inspirarte y hacerlo todo más fácil. Y con Pau, todas estas cosas parecían exactamente así.

Extracto de *El tiempo que nos separó*,
de Emma B. Linderman

Capítulo 16

—Espero que tengas una buena razón para presentarte aquí a estas alturas de la película.

—Están rellenos de tres chocolates —digo, enseñándole al momento una bolsa de papel llena de dónuts de esa marca americana que tanto le gusta.

Ares alarga el brazo y coge la bolsa con aire de sospecha. Cuando echa un vistazo al interior, abre la puerta por completo y compruebo que aún no se ha quitado los viejos pantalones de chándal que usa como pijama.

—Pasa, melón, que se va a escapar el gato.

—¿Tus padres? —pregunto, abrazándole—. Hace siglos que no los veo.

—En… ¿Polonia? ¿Praga? —se pregunta mientras coge un dónut y le pega un bocado—. Mmm… Qué buenos…

En el pasillo nos topamos con algunas prendas por el suelo, una mochila y un par de amplificadores desconectados. También con Jimmy, un gato callejero y arisco que, según Ares, tiene cuatrocientos años, más o menos, y ha vivido más de diez reencarnaciones. Su habitación, como de costumbre, está hecha un desastre. Hay un vinilo de ABBA girando sobre el tocadiscos y tiene una taza humeante en el escritorio junto a varias hojas de partitura escritas.

—Perdona el desorden, ayer tuve un bolo espectacular y me acabo de despertar.

—Ahora entiendo por qué apestas. Y perdón otra vez. Te prometo que el próximo no me lo pierdo.

—Es olor sexy —imita un forzado acento francés—. Lo estaba reservando solo para ti. Porque te echo de menos, ¿sabes?

Yo hago una mueca de asco y él se deja caer en la silla, poniéndose en una postura imposible y bebiendo de la taza.

—Ahora ponte cómodo y observa cómo este genio de la música compone su próximo éxito. Estoy intentando rescatar unos versos que me vinieron el otro día a la cabeza mientras meaba en unos baños públicos.

—En verdad —digo mientras me dejo caer en su cama—, me encantaría hacer cualquier cosa que tengas en mente.

—¿Cualquier… cosa? —Y con un movimiento rápido se levanta y se lanza sobre mí para hacerme cosquillas.

—¡Ares! —grito, sin poder parar de reírme mientras intento zafarme de él como puedo—. ¡Eres idiota! ¡Quítate, que me asfixias!

—Pues hazme un hueco.

Me acerco un poco más al borde del colchón y los dos nos quedamos mirando el techo con las cabezas apoyadas en la almohada. Sobre nuestras cabezas nos vigila el rostro de Keira Knightley, que es el amor platónico de mi mejor amigo. Ha cambiado otros pósters a lo largo de los años, pero ese lleva ahí desde que íbamos juntos a Secundaria y hacíamos maratones de *Piratas del Caribe*.

—Siento mucho habérmelo perdido.

—¿El qué?

—Tu concierto. —Algo dentro de mí está a punto de romperse, y lo noto—. Bueno, este y el anterior… De hecho, no me acuerdo de la última vez que fui a uno.

Ares se vuelve para mirarme. Yo noto cómo se me caen las lágrimas y se cuelan en mis orejas.

—Oye, que no pasa nada. Ya sabes que yo te guardo siempre una entrada.

—Ya lo sé, pero… ¡es que soy un amigo horrible! —digo entre sollozos, abrazándome a mí mismo.

—Pero ¿qué dices, Leo? Anda, ven aquí.

Ares desenlaza mis brazos y me rodea con los suyos, apoyando su cabeza en mi pecho. Recuerdo el día en que su padre nos pilló así por primera vez y salió de la habitación sin decir absolutamente nada. Ares me contó al día siguiente que él y su madre estaban contentos con la idea de que fuésemos novios porque me adoraban. Estuve riéndome de él durante un mes entero porque no les podía quitar a sus padres esa idea de la cabeza, y al final acabó desistiendo.

—¿Me vas a contar qué te ocurre?

Las voces distorsionadas de «Chiquitita» terminan y la música deja de sonar en la habitación. Ninguno se levanta para darle la vuelta al vinilo.

—He hablado con Bruno.

Ares frunce el ceño de repente, como si mi aliento oliese a huevo podrido.

—Me ha preguntado si podríamos vernos. Le gustaría hablar conmigo.

—¡La madre que le parió! —suelta con una voz tan relajada que parece una broma—. ¿Y tú quieres hacerlo?

Suspiro, lleno de dudas y con ganas de que aparezca algún cartel luminoso ahora mismo, que Keira Knightley abra la boca y me diga qué es lo que tengo que hacer.

—Yo… Bueno, ¿tú qué piensas?

—Leo, lo que yo pienso ya lo sabes. Si volviese a cruzármelo, lo más probable es que le gritase a la cara el pedazo de gilipollas que es, porque creo que aún no le ha quedado claro. —Hace una pequeña pausa, porque podría decir mil cosas más sobre Bruno, pero lo más seguro es que no quiera hacerme sentir peor de lo que estoy—. Me importa lo que pienses tú. ¿Vas a hablar con él?

—Le he dicho que me lo pensaría.

Ares mira hacia el reloj de pared. Yo me incorporo y me quedo observando el *septum* que le perfora la nariz.

—Oye, ¿este *piercing* es nuevo?

—Sí.

—Te queda muy bien.

—Gracias. Me duele un cojón y medio porque tarda mazo en curarse.

—Quizá debería hacerme uno.

—¿Tú? —pregunta, incrédulo—. Pero si te dan miedo las agujas, cagón.

—Bueno, también tengo derecho a sentirme rebelde, ¿o no?

Ares se ríe y después se estira para coger otro dónut de la bolsa que ha dejado en el escritorio.

—¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Ha pasado por tu cabeza, aunque sea fugazmente, la idea de volver a darle una oportunidad?

No necesito pensarme la respuesta.

—No, de ninguna forma.

Ares lanza un suspiro de forma dramática y coloca las manos como si rezase una plegaria.

—Aleluya.

—Pero… no sé, Ares. El último recuerdo que tengo de Bruno es el de una bronca monumental, yo llorando como una magdalena, volviendo a casa sintiéndome como una auténtica mierda… Y vale, acabó como acabó, pero… —«Es como intentar sacarse una espina enquistada», pienso para mí—. Creo que hoy por hoy me sigue doliendo que ese sea el recuerdo que guarde de él.

—Leo —me interrumpe—. Dos cosas. La primera: ¿te vas a quedar a comer? Porque tengo antojo de comida china que te cagas.

Esa pregunta me pilla desprevenido.

—Pues… claro, si te apetece.

—Si tú eres el plan, me apeteces siempre. —Adoro a mi mejor amigo—. Y la segunda: sabes que Bruno no es santo de mi devoción, pero si tú necesitas volver a hablar con él —dice encogiéndose de hombros—, hazlo. No voy a juzgarte por ello. Solo te pido que tengas cuidado porque sabes cómo es. Y si tienes que volver aquí al día siguiente llorando como una magdalena, vienes, y no pasa nada.

Y ahí está Ares una vez más, diciéndome que todo va a estar bien. Diez años de amistad es un gran logro, y creo que algo que siempre me ha mantenido unido a él, y que aún hoy sigo admirando, es la certeza con la que habla, lo convencido que está de todo lo que hace. Es valiente y se deja guiar por sus tripas. En nuestra relación, yo siempre he sido el más sensato de los dos. Ares no tiene miedo a equivocarse ni a salir mal parado, ni a hacer lo que le plazca, porque sabe repararse cuando las cosas le salen mal y disfruta de todas las que le salen bien, que son la mayoría. Yo intento no equivocarme para no sufrir, y creo que ese es mi mayor error.

Capítulo 17

Esa noche vuelvo a casa con el estómago lleno de salsa agridulce y una sonrisa en la cara. Al bajar del autobús, que me deja a cinco minutos de casa, paseo bajo las luces de las farolas mientras en mis auriculares suena «Sad Beautiful Tragic», de Taylor Swift. Creo que es bastante preocupante cómo, desde 2012, *Red* es un disco que escucho al menos una vez al día como si fuera mi propio padrenuestro. Subo el volumen. Hoy hay noche abierta, aunque el cielo contaminado de la ciudad no permita ver estrellas, y apenas se escucha un ruido en la calle. De pronto, el mismo mundo en el que camino cada día me parece un poco más amable. Tengo que ver a Ares más a menudo, de eso estoy seguro; el mundo se convierte en un lugar más amable después de pasar un rato con tu mejor amigo.

Al llegar a casa, compruebo que mamá se ha quedado dormida viendo una reposición de un culebrón colombiano. Pienso en despertarla, pero acabo apagando el televisor y arropándola con una manta. Si la levanto del sofá, quizá no vuelva a pegar ojo en toda la noche, así que me deslizo en silencio hasta mi habitación para ponerme el pijama y acomodarme en el colchón.

Estoy a punto de apagar la luz y acurrucarme entre las sábanas para despedir el día cuando echo un vistazo a mi ordenador, que descansa en el escritorio junto a otros objetos que debería ordenar en algún momento.

Entonces siento algo en el pecho. Un hormigueo agradable y eléctrico, como adrenalina, y antes de darme cuenta, me he levantado de la cama y apartado el resto de las cosas que tengo sobre la mesa menos el portátil y una vela de vainilla que enciendo con un mechero. Me siento frente a la pantalla mientras espero que el olor dulce invada la habitación y abro un archivo de texto en blanco. Siento un poco de vértigo, porque no recuerdo la última vez que hice esto, pero apoyo los dedos sobre el teclado y, lanzando un suspiro, tecleo un título provisional: *Un café con sal*.

Sabía que llegaría aquí antes que él. Puede que Bruno tenga muchas virtudes, pero la puntualidad no está entre ellas.

Quince minutos suele ser lo habitual y, como cuando voy en metro siempre cojo un libro, normalmente los aprovecho para terminar el capítulo. Ahora mismo estoy releyendo el debut de

una autora que descubrí el año pasado (y con la que me he obsesionado un poco, debo admitir). Me encuentro en mitad de lo que muchos denominan una «crisis lectora» y, cuando eso ocurre, intento revisitar una historia que ya conozco y de la que he disfrutado anteriormente. Vuelvo a saludar a los personajes y recuerdo sus voces, sus pensamientos y cómo se comportan. Es algo parecido a volver a encontrarse con un amigo al que hace tiempo que no has podido visitar.

La plaza del Callao vibra, llena de vida, en este día de invierno. La gente va y viene a todas partes y de todas partes. Muchos llevan puestos abrigos gruesos, bolsas rojas y brillantes colgando en las manos (como si aún fuese Navidad) y hablan en voz alta. El tráfico en la Gran Vía ruge y aporta a la ciudad el nerviosismo característico del centro de Madrid.

«Tengo que hablar contigo de algo importante».

Su primer mensaje solo decía eso. Después envió una hora y una localización. No había nada más que acompañase al texto, ningún emoticono o una de esas selfis que le gusta hacerse frente al espejo de su habitación antes de irse a dormir. Conociéndole, sé que no es nada a lo que darle mayor importancia, pero es cierto que no me gusta cuando a veces lanza palabras sin más y no da pie a que iniciemos una conversación. Esto hace que me cueste imaginar su rostro tras la pantalla y el mensaje se convierte en un manual de instrucciones que yo, de forma instintiva, cumplo al pie de la letra.

—Hola.

Al escuchar su voz, me sobresalto y cierro el libro de golpe. Tengo que alzar la mirada porque siempre se me olvida lo alto que es.

—Ey, hola —le saludo, mientras una pequeña nube de vapor se escapa de mis labios.

Él me mira de arriba abajo. Lleva puesto un gorro de color naranja que contrasta con su piel oscura y sus ojos brillantes.

—¿No vas a darme un abrazo?

Eso me hace reír, y a continuación rodeo su cuerpo con fuerza. Llevo queriendo hacerlo un tiempo. Últimamente estoy bastante ocupado con mi trabajo de fin de grado, así que, entre unas cosas y otras, no nos hemos podido ver desde que celebró su fiesta de cumpleaños hace un par de semanas. Fue la primera vez desde que nos conocemos que ha querido hacer algo así. Para él no es una fecha importante. Cuando le pregunté qué le había hecho cambiar de opinión, me contestó:

—Bueno, ya sabes que en ocasiones puedo llegar a sentirme un poco solo y todas esas mierdas con las que te doy la brasa de vez en cuando. Así que ¿qué mejor forma de demostrarme a mí mismo que estoy equivocado?

—Es una buena idea —le dije, a pesar de que las fiestas no son mi punto fuerte—. ¿Yo estoy invitado?

—Tendré que pensármelo —respondió con ese sarcasmo que domina a la perfección.

Sabía de antemano que Ares no me acompañaría. Bruno no es santo de su devoción, algo que me dejó claro hace meses cuando tuvimos aquella gran discusión, que terminó en una semana de

guerra fría y una posterior reconciliación con lágrimas, canciones de ABBA y muchos dónuts de chocolate americanos. Desde entonces, ese tema lo tocamos con cuentagotas.

«Solo quiero que tengas cuidado, Leo. Hay algo en él que no me acaba de encajar».

Yo nunca había conocido de cerca a los amigos de Bruno, pero sí recordaba algunas caras de los que nos habíamos cruzado dando una vuelta por la calle o en algunos de sus recitales de poesía. Sin embargo, no habíamos compartido tiempo con ellos o quedado para tomar una cerveza. Cuando quedábamos juntos, él y yo, lo hacíamos como si fuésemos dos extraños perdidos en una ciudad en la que nadie nos conocía. Y cuando se producía una fractura en ese momento perfecto de anonimato, él trataba de arreglarlo lo antes posible, volver a esa realidad paralela en la que solo estábamos él y yo.

El día de la fiesta estaba nervioso porque no soy una persona con demasiadas amistades, y algo supuestamente tan sencillo como presentarme ante un grupo de desconocidos a veces me resulta una tarea complicada. Sin embargo, he de admitir que desde un primer momento noté algo raro al llegar a casa de Bruno. Todos aquellos chicos parecían auténticos extraños, cuerpos agitándose al ritmo de música indie y alcohol barato. Una cosa que me llamó la atención fue ser la única persona que le llevó un regalo. No era nada increíble porque apenas había tenido tiempo para prepararlo (una edición especial de un poemario de su autor favorito, entre cuyas páginas había incluido una polaroid que nos habíamos hecho juntos), pero cuando fui a dárselo pareció no entender por qué lo hacía. Simplemente me dio las gracias y lo guardó en un cajón de su habitación. Aquello me dejó bastante confundido.

Y después ocurrió lo de Diego.

—Bienvenidos —dice el barista de la cafetería al vernos entrar en el local, haciendo que mi ensoñación se evapore—, ¿qué vais a tomar?

Tan solo hay un chico atendiendo en la barra con una gorra verde y una placa junto a su nombre (Rubén) en la que puede leerse: «Paciencia, por favor. Estoy aprendiendo». Su voz tiembla un poco al tomarnos nota y sonríe de forma algo extraña, como si estuviesen apuntándole con una pistola. Pedimos dos cafés solos y, mientras esperamos a que nos los preparen, Bruno observa el local con aire abstraído, como si estuviese buscando algo entre las conversaciones de los demás clientes.

—Puedes ir a coger sitio, si quieres —le indico—. Ahora llevo yo las cosas.

Él asiente en silencio y, en lugar de escoger una de las mesas vacías, sube las escaleras con sus pesadas botas negras. Minutos después, Rubén me tiende una bandeja llena de sobres rojos y dos vasos de cartón humeantes.

—Que tengas un buen día —dice, y yo le devuelvo la sonrisa con amabilidad.

Hago equilibrios con los cafés hasta la primera planta, que tiene una distribución similar a la principal y está sorprendentemente vacía. Tan solo hay un chico rubio sentado en una esquina, absorto con sus auriculares puestos y tecleando a toda prisa en su ordenador portátil. Bruno ha elegido una mesa en el otro extremo, junto a los ventanales desde los que se puede apreciar el

exterior. Está jugueteando con su antiguo discman entre las manos (un objeto que conserva y utiliza desde que era pequeño) y observando la plaza. Cuando me acomodo en el sofá frente a él, ambos oímos el eco de un trueno que retumba fuera, como un ejército de tambores, y las primeras gotas comienzan a golpear el cristal.

Tap.

Tap.

Tap.

—Vaya —digo—, ¡hemos tenido suerte!

—Sí.

Silencio.

—¿Qué estabas escuchando?

Bruno observa el aparato unos segundos y después procede a guardarlo en uno de los enormes bolsillos de su chaqueta vaquera.

—Ahora nunca lo sabrás.

—¡Oye! —me quejo—. Eres malísimo.

Por primera vez desde que nos hemos saludado, Bruno me mira directamente a los ojos. Y sé, porque conozco esos dos planetas de arena que orbitan sobre sus mejillas, que algo está a punto de ocurrir.

Tap.

Tap.

Tap.

—Fíjate, esto no son azucarillos —dice pellizcando uno de los pequeños sobres rojos, rasgándolo y llevándose una pizca de cristales blancos a los labios—. Ese camarero nos ha puesto sal para tomarnos el café. ¿Qué te parece?

Él saborea la pregunta que me acaba de lanzar durante unos segundos, pero no entiendo por qué. De pronto, la atmósfera que nos rodea se vuelve un poco más pesada, como si las nubes hubieran conseguido atravesar el ventanal y envolver nuestros cuerpos.

—¿Va todo bien, Bruno?

—No lo sé, Leo… Si te soy sincero, creo que no.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿De qué querías hablarme?

Y en lugar de contestar, me devuelve seis palabras que convierte en dinamita:

—Tú y yo, Leo, ¿qué somos?

Respiro (porque, definitivamente, esto no lo veía venir) y me doy unos segundos para pensar. Ares también me había hecho esa pregunta antes, y no había sabido qué demonios contestarle. Él creía que el término «follamigos» era lo más preciso y, aunque me parece una palabra feísima, supongo que la cosa sí empezó de esa forma. Sin embargo, a lo largo de los meses, todo comenzó a transformarse. Bruno estaba siempre en mi cabeza, como una canción en la radio, de esas que a él no le gusta escuchar (solo escucha música en su discman).

Recuerdo la noche de Halloween en la que me mandó un mensaje porque «estaba de bajón» y decidimos quedar en un cine para ver la última sesión de una película de terror (aunque yo las deteste). Si él se encontraba mal, mi humor también se veía de algún modo afectado. No soportaba verlo triste, y cuando necesitaba cualquier cosa que estuviese en mi mano, desde una escapada nocturna hasta una tarde calmada intercambiando secretos, hacía todo lo posible para no decepcionarle. Él era el primer chico con el que había descubierto una parte importante de quién era, y esa era la única forma que había encontrado de demostrarle que… bueno, que realmente me importa.

—Ey, Leo, ¿vas a decir algo?

Me doy cuenta de que empiezan a temblarme las piernas bajo la mesa y, de pronto, creo escuchar el sutil chapoteo del agua que provocan mis zapatillas. Quizá la lluvia se esté filtrando por alguna parte.

—¿Tú y yo? Hummm… Esto…

Él se cruza de brazos. Debo de tardar demasiado en responder, porque de pronto se echa hacia delante y sus ojos se acercan a los míos de forma precipitada.

—Amigos, Leo. Ya está, no es difícil. Follamos de vez en cuando y nos lo pasamos bien, y somos amigos.

No sé por qué, pero escucharle decir eso duele un poco.

—Sí, ya lo sé…

—Entonces ¿por qué cojones vas diciendo lo contrario?

—¿Cómo? —Esta última frase me ha pillado desprevenido—. ¿Cuándo he dicho yo lo contrario?

Bruno niega con la cabeza y se quita el gorro, haciendo que cientos de rizos claros le caigan por el rostro.

—Lo que has oído.

—Bruno, no sé de qué me estás hablando.

—Diego me lo ha contado. Que estuvo hablando contigo en mi fiesta y que a ti se te ocurrió soltarle que tú y yo «no éramos solo amigos».

Y entonces mi cabeza vuelve a saltar unas semanas atrás en el tiempo, a su fiesta de cumpleaños, cuando en un momento decidí salir a tomar el aire al balcón y Diego me acompañó para fumarse un cigarrillo. Yo no le caigo bien por alguna razón que, a decir verdad, nunca me ha apetecido llegar a entender. Su compañero de piso es una de esas personas a las que les gusta hablar con condescendencia, sonríen sin querer hacerlo y te miran como si cualquier palabra que sueltes fuese una completa gilipollez. Desde que Bruno nos presentó, firmamos un pacto de falsa cordialidad que nunca habíamos vuelto a revisar. Hasta esa noche. Apareció junto a mí y se apoyó en la barandilla de forma casual, casi como si no esperara encontrarse conmigo.

—Vaya, conque estás aquí…

—Sí —respondí, viendo cómo su boca se convertía en una pequeña chimenea.

—¿Demasiada gente?

Me sorprendió que le apeteciese hablar conmigo. Interaccionar, siquiera.

—Solo estoy tomando un poco el aire.

—Ya veo… Al menos Bruno parece estar disfrutando.

—¿Acaso tú no lo estás haciendo?

—Bueno, acabo de pasar un buen rato con ese… ¿Stefano? ¿Stefani? Agh, como sea. El italiano de metro noventa, vamos.

—Pensaba que conocías más a sus amigos.

Hubo un silencio que duró unos segundos. Diego me miró y después se llevó el cigarrillo a los labios, que dibujaron una discreta sonrisa.

—Oh, claro que sí. A la gran mayoría, aunque algunos se me escapan. ¿Sabes?, Bruno tiene una vida social… agitada, por llamarlo de alguna manera.

—¿Qué quieres decir? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Bueno, supongo que sabes que no eres el único que pasa la noche a veces en esta casa, ¿verdad?

Y al escuchar eso, mis pulmones se llenaron de un aire caliente que me abrasó la garganta, como si Diego acabase de apagar su cigarrillo en ella.

Tap.

Tap.

Tap.

Mi cabeza vuelve a la cafetería. La lluvia empieza a arreciar.

—¡Leo! Joder, es que flipo contigo —resopla Bruno.

—Estooo… Es que yo… es que yo no dije eso.

—¿Y qué fue lo que dijiste?

—Que… tú para mí no eres solo un amigo. Nada más.

Bruno se recuesta en el asiento. Está visiblemente cabreado y procesando mi respuesta como si acabase de plantearle una compleja ecuación. Cuando obtiene el resultado, se encoge de hombros.

—No te creo.

Y esas tres palabras consiguen romperme la voz.

—¿Qué?

Él me mira a los ojos y yo me pregunto por qué el agua de fuera no para de subir aquí dentro. Me está empapando las rodillas y haciendo que nuestra mesa y el resto del mobiliario del primer piso comiencen a balancearse como barquitos de vela manteniendo el equilibrio. Desde la esquina, el chico que escribe en su ordenador sigue tecleando y no parece darse cuenta de nada de lo que está ocurriendo.

Un trueno retumba sobre nuestras cabezas.

Alguien debería hacer algo. La tormenta está aquí mismo.

—Que no te creo, Leo. Sabes que no es verdad lo que estás diciendo.

—Te pro… te prometo que es cierto. —Mis mejillas están húmedas. Debo de haber empezado a llorar en algún momento.

—Sí, bueno. No eres el primero que me promete cosas y después me decepciona, ¿sabes?

Repaso una última vez las palabras que compartí con Diego en el balcón. Trato de recordar cada una de ellas de manera ordenada y luego lo vuelvo a hacer, como si rebobinase una cinta de vídeo.

Busco lo que ha desencadenado esto.

Busco mi error, algo a lo que aferrarme para tratar de apaciguar esta tempestad.

Pero no lo encuentro.

—Bruno —repito su nombre, intentando enderezar la voz—, escúchame: te prometo que es cierto. Te lo prometo. Yo solo dije que tú para mí no eras solo un amigo, y quizá no debería haberlo hecho, pero nunca dije que… bueno, que tú pensases lo mismo.

—Entonces ¿es Diego quien está mintiendo? Lo siento, Leo, pero no me lo trago.

—No sé si hay alguien que esté mintiendo… —Pienso unos segundos si decir lo siguiente, pero lo hago de todos modos—: Igual que no entiendo por qué parece que no quieres confiar en mí.

—¡Porque ya me han hecho daño antes!

Su grito me estremece, aunque sé de lo que está hablando. De quién me habla. Conozco ese nombre y la historia que compartieron juntos. Lo pronunció una vez, y desde entonces jamás volvió a hacerlo. Le dejó una herida en el corazón, algo que él dice que lo cambió para siempre.

A veces me gustaría saber cómo era Bruno antes de que su camino se cruzara con el de esa persona. Porque así tal vez no sentiría que estar con él fuera como caminar constantemente sobre la cuerda floja. Porque me hace confundir la adrenalina y las mariposas en el estómago con la presión de dar un paso en falso y caer al vacío.

—Lo sé, Bruno, pero lo que dices no tiene sentido. Yo soy yo, y nunca he intentado hacerte daño. Creo que…

—Lo que yo creo —me interrumpe— es que me merezco una disculpa por tu parte. Ahora mismo.

La gravedad pierde su efecto y nuestros cuerpos flotan y se alzan hacia el techo. Mantengo la cabeza alta para intentar seguir respirando, pero solo me quedan un par de segundos antes de que el agua nos sobrepase y todo quede inundado.

«Yo no dije eso».

—Bruno —consigo responder—, no te voy a pedir perdón por algo que no he hecho.

Cierro los ojos y, aunque parezca imposible, consigo respirar bajo el agua. No sé cuánto tiempo pasa, pero, cuando vuelvo a abrirlos, él ya se ha marchado. No hay agua ni rastro de tormenta por ninguna parte. El sol se cuela por la ventana y me acaricia las manos.

Escucho cómo el golpeteo de las teclas se detiene. El chico de la esquina respira

profundamente mirando la pantalla de su ordenador y asiente. Parece satisfecho. Debe de notar que me he quedado observándole sin querer, pues alza la cabeza y nuestras miradas se entrecruzan unos segundos.

De pronto, alguien más aparece junto a mí y me sobresalto.

—Perdona, no era mi intención asustarte. —Es el barista que nos ha atendido antes, Rubén. Sonríe y señala la bandeja—. ¿Puedo retirar eso de ahí?

—Oh. —Me parece casi irónico, porque ni Bruno ni yo hemos tocado nuestros cafés—. Gracias, pero puedo hacerlo yo mismo al marcharme, no te preocupes.

—Jo, te lo agradezco, pero tengo que hacerlo yo. —Y entonces baja un poco la voz y mira hacia ambos lados—. Si no, mi jefe me echa la bronca.

—Menudo capullo.

—Un poco, no te voy a mentir. —Se ríe—. Oye, ¿te encuentras bien?

—Hummm… —murmuro sin saber muy bien qué contestar—. La verdad es que he tenido días mejores.

—No quiero entrometerme en tu vida, pero es que he visto a tu novio bajar las escaleras y marcharse haciendo ruido y de muy malas formas. Me ha llamado la atención, por eso te preguntaba.

—No, él… —Río (porque mi cuerpo parece no saber hacer otra cosa ahora mismo) mientras termino de secarme los párpados—. Ese chico no era mi novio.

—Mierda —dice llevándose la mano a los labios—. Discúlpame.

—No tienes por qué disculparte. ¿Y tú… has subido para comprobar si me encontraba bien?

—Bueno —dice sonriendo—, algo así. Espero que tu día mejore un poco, ¿vale? Ahora me temo que debo volver al trabajo.

—¿Puedo hacerte una última pregunta antes?

—Sí, claro.

—Es solo por curiosidad. ¿Qué te ha hecho pensar que éramos novios?

—Pues… —Rubén duda unos segundos y mira hacia el techo, como si la respuesta estuviese allí escrita—. Es difícil de explicar con palabras. Pero si hubieses estado en mi lugar, supongo que lo entenderías.

Dicho esto, Rubén se marcha con la bandeja y tira los cafés a la basura.

Cuando abandono el local soy consciente de que algo importante ha cambiado hace tan solo unos minutos, cuando he sobrevivido a esa tormenta perfecta, pero aún no he tenido tiempo para asimilarlo.

Ya llegará el momento. Y también las lágrimas.

Porque te conoces, Leo, y sabes que las habrá.

Capítulo 18

Quedo en vernos con Bruno el martes por la tarde después del trabajo, y soy tremendamente consciente de cuánto me cuesta concentrarme desde que pongo un pie en la oficina ese día a primera hora. Tengo que revisar dos veces los correos para asegurarme de que se los estoy enviando a la persona correcta, y no paro de mirar el reloj, que parece avanzar más rápido de lo normal.

Me es imposible dejar de mover la pierna derecha cuando estoy sentado, y tengo que ir al lavabo más de lo habitual a lo largo del día. Hay un momento en el que pasa por mi cabeza la idea de no acudir a la cita. No porque no quiera, sino porque de verdad creo que la situación me supera. Es como si hubiese decidido lanzarme desde una avioneta y aún no fuese el momento de abrir el paracaídas para evitar romperme la crisma contra el suelo.

Cuando voy un momento al cuarto de la fotocopiadora, Roberto aparece por allí y espera su turno. La máquina, sin embargo, no funciona como debe.

—Este estúpido trasto… —digo, pulsando varios botones al mismo tiempo.

—Pensaba que lo dominabas a la perfección —le escucho decir mientras se ríe, de buen humor, pero decido ignorarle y soltar un suspiro como única respuesta—. Oye, ¿te encuentras bien?

—¿Por qué lo preguntas?

—No sé, simplemente te veo raro. Bueno, más raro de lo normal, quiero decir.

Y, por su tono divertido, creo que él piensa que eso me va a hacer gracia. Y quizá en otras circunstancias sí me la hubiera hecho, pero hoy no. Simplemente, hoy no es el mejor día para tratar de ser gracioso conmigo.

—Mira, Roberto, no sé si eso ha sido un intento de hacer una broma, pero te aseguro que no es necesario.

Él me mira sorprendido, sus ojos brillan y se hacen muy grandes. Y, aunque he empleado un tono educado, creo que no se esperaba una contestación tan rotunda por mi parte. Carraspea y se pasa la mano por la nuca.

—De acuerdo. —Hay un nuevo y extraño silencio en el que sigo peleándome con la fotocopiadora—. Oye, no quería molestarte. Simplemente, hoy te he notado distinto desde por la mañana, como tenso por alguna razón. Si necesitas tomarte el día libre, por mi parte no hay

ningún problema. O… si quieres hablar de algo, bueno, quiero que sepas que puedes contar conmigo.

Lejos de sentir tranquilidad o agradecimiento por sus palabras, el caso es que su voz me causa un gran malestar, como si se estuviera burlando de mí en mi cara. Como si hubiera dado con las palabras perfectas en el momento incorrecto. No necesito su ayuda.

—¿Desde cuándo has empezado a preocuparte por mí, exactamente?

—No quiero discutir, Leo. —Se cruza de brazos, casi como si le estuviese intimidando—. Solo intentaba ser amable, nada más.

—Es gracioso que lo hagas justo ahora… —replico, y a lo mejor me arrepiento de lo que estoy a punto de soltarle, pero creo que, si ha habido un momento durante estos meses para hacerlo, quizá este sea el más indicado—, cuando llevas haciendo como si no me conocieses de nada desde el primer día que pisé esta oficina.

Roberto se queda completamente inmóvil, y tanto su cuerpo como su expresión se transforman en una escultura magnífica, como Dafne convirtiéndose en laurel frente a un horrorizado Apolo. Veo sus ojos paralizados, una mirada de incredulidad por haber pronunciado yo unas palabras que él no contaba tener que escuchar porque las daba por enterradas.

No me quedo a comprobar el resultado de lo que acabo de decir, porque enseguida me marcho de allí mientras oigo cómo la fotocopiadora se pone por fin en funcionamiento.

La estación de tren de Príncipe Pío es uno de los lugares que más me gustan de Madrid. Se trata de un gigantesco espacio que parece esconderse en pleno corazón de la ciudad, como un camaleón mecánico que se hubiera quedado profundamente dormido entre el hierro y el cristal. Las paredes son muy altas. Tanto, que las voces de los viajeros se elevan y entremezclan en el aire, al igual que todos los pensamientos que cruzan mi cabeza en ese momento.

Al salir, una suave corriente hace que esconda las manos en los bolsillos de la cazadora. No tardará mucho en anochecer.

Me sorprende que haya llegado antes que yo. Reconozco su figura sentada en las escaleras desniveladas, las botas Dr. Martens desgastadas y el inexplicable discman que aún hoy sigue utilizando para escuchar música fuera de casa. Mueve la cabeza arriba y abajo, al ritmo de un tema de esos cantautores que tanto le gustan, ajeno en su propio universo.

Todavía no me ha visto. De acuerdo, podría darme la vuelta y huir de esta situación a la que, en realidad, no sé cómo he llegado. Una parte de mí está seguro de que ha sido una buena idea y ha conseguido arrastrarme hasta este momento para reafirmarse. Pero no puedo negar que otra, más escondida y aferrada aún al recuerdo, lleva preocupada desde que aceptó acudir a este encuentro. Porque Bruno no es una tormenta a la que uno pueda anticiparse; más bien aparece de pronto y te atraviesa con toda su energía de un solo golpe, dejándote sin aliento.

Camino sin pensarlo más y, cuando estoy a un par de pasos, él levanta la cabeza y se quita los

auriculares para ponerse de pie. Los dos nos quedamos quietos, el uno frente al otro.

Bruno sonríe y abre los brazos.

—Hola.

—No puedo creer que aún te funcione ese trasto —digo señalando el discman junto a su mochila.

—Ya sabes que es mágico. —Hay un breve silencio—. Bueno, ¿me das un abrazo o qué?

Eso me hace reír. Es algo que se le da bien.

Acepto su abrazo y su olor me embriaga al momento. Ya casi lo había olvidado. La última vez, recuerdo estar comprando en el supermercado con mamá y cruzarnos con alguien que llevaba el mismo perfume. Estuve varios minutos con el corazón encogido, esperando no doblar el pasillo y encontrármelo ahí, junto a la sección de los congelados.

—¿Qué tal estás? —pregunto mientras me aparto.

—Bueno, sabes que no sé qué contestar a esa pregunta. Supongo que bien. ¿Tú?

Estoy a punto de contestar «bien» para no ahondar en más detalles, pero cambio de opinión en el último segundo.

—Si te soy sincero, un poco sorprendido de estar aquí.

Bruno asiente y hace un gesto con la cabeza.

—¿Paseamos?

Atravesamos la rotonda que hay junto a la puerta de San Vicente y enseguida bajamos unas largas escaleras para adentrarnos en Madrid Río. Bruno salta los escalones de dos en dos, inquieto, mientras nos ponemos al día sobre temas triviales sin necesidad de hablar demasiado. Recordaba su voz, pero casi como si la hubiese escuchado en algún sueño. Los dos tratamos de allanar el camino, aunque todo resulte un poco extraño.

Al llegar al puente de piedra, varias personas en bicicleta pasan a nuestro lado y gritan eufóricas.

—¿Te apetece ir al lago? —pregunta, siguiendo la dirección que han tomado los ciclistas.

—¿Crees que es apropiado?

—¿Por qué no? —Se encoge de hombros—. Es un lago, ¿no?

En algún lugar cercano a nosotros se puede escuchar un saxofón. Miro los edificios que dibujan el límite del camino y observo una ventana abierta en el último piso. Quizá alguien esté practicando en su habitación, creando sin darse cuenta la banda sonora de este atardecer de octubre.

—Vale…

Nos ponemos en marcha y el asfalto no tarda en convertirse en arena y grava. Los árboles a nuestro alrededor filtran la luz del atardecer. Todo está extrañamente tranquilo, pero esto mismo fue lo que nos hizo elegir quedar aquí por primera vez después de nuestro primer encuentro en aquella discoteca.

—Estás diferente.

—¿Yo?

—Sí, tú, tonto.

—No creo que haya cambiado demasiado —afirmo, sin saber hasta qué punto eso es verdad —. Pero gracias, supongo.

—No era un cumplido, tan solo una observación.

Es inevitable que esa contestación tan de Bruno me haga poner los ojos en blanco. Él, a simple vista, sigue tal y como le recordaba. Al menos, por fuera. Aunque es cierto que había olvidado todos los lunares que le recorren el brazo y cómo se encorva ligeramente al caminar, como si estuviese enfadado con el mundo.

—Bueno, hace mucho tiempo que no nos vemos…

—Ocho meses, sí —aclara con cierto retintín, y yo me sorprendo de que lleve la cuenta.

—Me gustaría pensar que los dos hemos cambiado un poco desde entonces.

Hay un breve silencio en el que escuchamos nuestros pasos acompasados, dejando el camino terroso lleno de huellas.

—¿Sigues pidiendo la pizza con piña?

—Por supuesto —afirmo.

—Entonces sigues teniendo el gusto atrofiado. —Bruno suelta una carcajada, y yo le doy un suave manotazo en el hombro.

El lago de la Casa de Campo no es nada deslumbrante, pero sí un sitio agradable que consigue aislarte de la sensación de estar dentro de una gran ciudad, sobre todo desde que terminaron de reformarlo. Nos acercamos hasta uno de los muelles vacíos para sentarnos en los tablones de madera y contemplar la vista. Un grupo de personas charlan sentadas en la terraza del restaurante que se encuentra en la otra orilla y, si nos quedamos callados, podemos oír el eco de sus conversaciones. Algunos patos que se remojan en el agua empiezan a parpar.

—No había vuelto a visitar este lugar.

Veo nuestros reflejos en el agua, coloreados por la luz dorada que recorre el cielo sobre nuestras cabezas. Es increíble, pero realmente estamos aquí, los dos juntos otra vez. Nunca pensé que algo así pudiera repetirse, que yo reuniese el valor suficiente para afrontar este reencuentro. Porque mi relación y mi ruptura con Bruno fue una de las cosas más complicadas a las que jamás me he enfrentado. Descubrir que deseaba a alguien que simplemente no era para mí, y que estar a su lado me destruía poco a poco porque le ponía a él por delante de cualquier otra cosa, incluyéndome a mí mismo. «Fíjate, Leo, te ha llevado un tiempo, pero has encontrado el valor y ahora eres más fuerte que nunca».

—Vaya, entonces hay que celebrar que estés de vuelta, ¿no? —dice al tiempo que rebusca en su mochila y saca dos latas de cerveza—. ¿Quieres? —Cuando niego con la cabeza, él abre una de ellas y da un largo trago.

—No esperaba tus llamadas. ¿Por qué desde un número oculto?

—No tenía otro modo de contactar contigo. Porque presentarme en tu casa no era una opción,

claro. —Hay un breve espacio que sé que está a punto de completar—. Y me bloqueaste en tus redes sociales, ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. ¿Te molestó que lo hiciera?

—¿Que si me molestó que levantases un muro entre nosotros como si jamás hubiese existido para ti? —Da otro trago a su bebida—. No, Leo, en absoluto.

Respiro profundamente y evito que su afilado sarcasmo me roce por dentro.

—Tuve que hacerlo, Bruno.

—¿En serio? Yo creo que había más formas de solucionar las cosas, pero no te dio la gana intentarlo.

—Primero, no me hables así —le advierto en tono firme, y él se pasa la lengua por el labio inferior.

—Perdón.

—Y segundo, no estoy de acuerdo. —Él aplasta la lata de cerveza con las manos y la lanza al lago. El trozo de metal se queda flotando en mitad del agua—. Hubo un punto en el que todo se enredó demasiado, más que las otras veces, y yo… necesitaba dejar de verte y de hablar contigo. Pensé en mí.

—¿Cuál fue ese punto?

—No importa, no he venido aquí a echarte nada en cara.

—Estamos aquí para hablar, ¿no crees? —Hace una pausa, y creo que tiene razón—. Leo, ¿cuál fue ese punto?

Hay un silencio en el que vuelvo atrás en el tiempo, justo a la noche de su fiesta de cumpleaños. Cuando Diego, su insoportable compañero de piso, enumeró («Para que no te sientas decepcionado más adelante», dijo) el resto de los nombres de chicos que formaban parte de la vida de Bruno en aquel mismo momento. Recuerdo lo humillado que me sentí en ese balcón mientras me helaba de frío y las lágrimas me resbalaban por las mejillas. Habiendo acudido a esa fiesta. Habiendo pensado en un regalo que hacerle para sorprenderle ante los demás. Recuerdo haberme insultado a mí mismo durante todo el trayecto a casa porque Ares tenía razón y no había querido escucharle. Cómo todo en mi cabeza estalló y se prendió en llamas, todo lo que pensaba que estábamos construyendo y que en realidad ni siquiera tenía los cimientos puestos. A veces el corazón no está preparado para escuchar la verdad.

—El punto fue —digo, mirando al lago— cuando me enteré de que habías estado jugando conmigo desde el principio y como te dio la gana.

Bruno niega con la cabeza y después coloca las manos en alto como si estuviese encuadrando las nubes en una fotografía.

—Es que no éramos novios, Leo. Sé que esa idea te fascinaba. Estabas deseando que así fuera, que pudieses llamarme de esa manera. Pero yo en ningún momento usé esa palabra para referirme a nosotros.

—Lo sé —admito, y de pronto el pecho se me encoge un poco—. Pero por entonces yo no

entendía lo que estaba ocurriendo, Bruno. Me… me hacías sentir como nadie lo había hecho antes. Nos preocupábamos el uno por el otro. Te… te conté cosas que jamás le había contado a nadie, ni siquiera a Ares. —Y entre todo el calor que siento en la garganta, añado—: Fuiste el primer chico del que me enamoré.

Bruno lanza un suspiro, casi con rabia.

—Pero es que ese no era mi problema, Leo… Lo pasábamos bien. Te dedicaba tiempo. Yo… también sentía cosas por ti, y lo sabes. Simplemente, no quería estar contigo de esa forma. No estaba preparado para tener pareja.

—Y ahora, con perspectiva, lo entiendo. Y no te culpo porque te sintieses así. De hecho —digo, soltando una risa triste—, lo más probable es que la cosa no hubiera funcionado, aunque hubieses cambiado de opinión.

Los ojos de Bruno siguen siendo los mismos que antes, desde luego. Pero ahora puedo ver en ellos, casi un año después, la tristeza que los recorre y que tan bien se le da ocultarme. Creo que eso último le ha molestado.

—Solo me hubiese gustado habernos tomado el tiempo suficiente para entendernos mejor. Para habernos tratado mejor —añado, sintiendo cómo se me quiebra la voz—. Porque ni tú ni yo supimos usar las palabras adecuadas en el momento en que las necesitábamos. No estuvimos a la altura. Y si no hubiese cortado todo de raíz… quizá tú y yo nunca habríamos sido capaces de tener esta conversación ahora.

Bruno asiente, pone su mano en mi nuca y me recorre el pelo con delicadeza. La luz que nos rodea se extingue poco a poco. Las farolas comienzan a encenderse y el viento sopla con un poco más de fuerza. Hace demasiado frío para seguir aquí.

—¿Y ahora qué?

Yo me pongo de pie y me limpio las lágrimas que me resbalan por las mejillas.

—Me marcho a casa —respondo—, me esperan para cenar. Mi madre ha hecho croquetas. ¿Y tú?

—No tengo nada que hacer. —Bruno sigue observando el lago, que se ha oscurecido y ahora parece un enorme agujero negro—. Me quedaré aquí un rato más, creo.

Asiento. Él no se levanta, y yo no me agacho para despedirme. Doy media vuelta y camino sobre los tablones de madera, que protestan bajo la suela de mis zapatillas.

—¡Leo! —le oigo gritar de repente. Me vuelvo una última vez y le contemplo mimetizándose con la noche. Está a punto, pero no lo va a hacer. Nunca lloró delante de mí, ni una sola vez—. ¿Y ahora? ¿Hay alguien en tu vida que esté a la altura?

Sonrío y me doy la vuelta, con las manos en los bolsillos. Saco mi teléfono y busco «Sad Beautiful Tragic» en el reproductor de música.

Subo el volumen.

Capítulo 19

Has recibido un nuevo mensaje de Roberto Real (Marketing en Ediciones Scorpion).

Roberto 12:40
Hola, Leo.

Leo 12:42
¿Roberto?

Leo 12:42
Hola, ¿ocurre algo?

Leo 12:42
No me digas que es el contrato de Canal Ficción… Lo he revisado antes de enviártelo y parecía que estaba todo en orden.

Roberto 12:43
No es eso, no te preocupes.

Roberto 12:43
El departamento de legal les hará llegar una copia firmada esta semana.

Roberto 12:44
Es otra cosa.

Leo 12:45
Ah.

Leo 12:45
Claro, dime.

Roberto 12:46
Me acaba de avisar Noemí de que han llegado los primeros ejemplares de la novela.

Leo 12:46
¡¿Te refieres a *El tiempo que nos separó*?!

Roberto 12:46
Sí, aunque están extremando la seguridad. Hay una copia en manos de su editor y otra para llevarla al archivo de Scorpion.

Roberto 12:47
¿Te lo llegaron a enseñar alguna vez?

Leo 12:47
¿El archivo?

Leo 12:47
Qué va, no tenía ni idea de que hubiera un lugar así en el edificio.

Roberto está escribiendo un mensaje...
Roberto está escribiendo un mensaje...
Roberto está escribiendo un mensaje...

R **Roberto** 12:48

¿Quieres echarle un vistazo?

El archivo de Scorpion es gigantesco. Ocupa las plantas segunda y tercera del edificio, conectadas entre sí por unas escaleras interiores. Aquí, según me cuenta Roberto, están almacenadas una o dos copias de cada título publicado por la editorial desde sus inicios, por lo que hay ejemplares de algunos libros que tienen más de cien años y que podrían llegar a alcanzar un valor muy alto en el mercado. Para llegar hasta él, tenemos que atravesar varias puertas de seguridad que no tienen nada que ver con el resto. Estas son más gruesas y pesadas, y el escáner de huellas digitales no me permite el acceso.

Tras abrir la última, nos encontramos en un lugar muy similar al interior de una biblioteca pública. Nuestros pasos hacen eco entre las estanterías metálicas, y las pocas palabras que intercambiamos, como «cuidado», «pasa» o «tú primero» reverberan y acaban perdiéndose en el silencio. Debemos de ser los únicos allí.

Unos minutos después, Roberto se detiene junto a una fila de libros cuyos lomos están etiquetados con un sistema de letras y números que no logro comprender a simple vista.

—Tendría que estar por aquí.

—Nunca pensé que llegaría a ver tantos libros juntos —digo sin poder contener mi asombro.

—Sí, la verdad es que impresiona bastante —afirma mientras revisa la balda superior—. Cuando Noemí me trajo aquí por primera vez lo llamó «la cápsula del tiempo», y la verdad es que me pareció una metáfora muy acertada. ¿Te imaginas la cantidad de historias y vidas que hay acumuladas en estas estanterías?

Su pregunta se queda flotando en el aire, que está cargado por un olor a cerrado. En alguna parte se oye el crujido de la madera.

—Oh, creo que es este.

Roberto extrae un ejemplar de *El tiempo que nos separó*, que, a diferencia de los que hay a su alrededor, está nuevo y reluciente.

—Vaya, ha quedado muy bonito.

Después me lo tiende para revisarlo. Es cierto. El título destaca en un acabado brillante, al igual que el nombre de Emma, sobre una foto de una mujer mirando al mar con una expresión de incertidumbre. Y es justo en ese momento cuando me doy cuenta de lo rápido que han pasado las últimas semanas.

—Estoy seguro de que va a ser un éxito.

—Yo… —empieza a decir, y me preparo para que me contradiga. Pero no lo hace—. También lo creo.

Me sorprendo.

—¿Hablas en serio?

Roberto se encoge de hombros y, por primera vez desde que nos peleamos hace unos días, me mira directamente a los ojos. La luz que se cuela por los ventanales se posa en su piel e ilumina sus facciones marcadas, sus pupilas envueltas en un reflejo verdoso y el cabello oscuro que ahora le crece desordenado y se acerca más a la imagen del chico que conocí en verano. Lleva un jersey de cuello alto, azul cielo, que se ajusta a su marcado torso y a sus brazos tonificados.

—Tenías razón —reconoce finalmente—, es un buen libro.

—Vaya. Al final resultará que te lo has leído y todo.

—Así es, pero no se lo cuentes a Noemí. Si no, perderé lo poco que me queda de reputación en esta empresa.

—Claro, claro —continúo su broma, esperando no ofenderle—. No todos somos merecedores de lecturas como las de Sabio Monje Tibetano. Demasiado complejas para los mortales de a pie.

A Roberto se le dibuja una expresión de incredulidad en la cara, pero acaba riéndose.

—¿Y tú cómo sabes que leo a ese autor?

—Lo vi una vez en tu escritorio —me invento—. No te voy a mentir, pensaba que eras más de Tolstói o Dostoievski.

—Pues, ahora que conoces mi debilidad por los libros de realización personal, tendré que dejarte aquí encerrado para siempre.

Acepto la broma y río con suavidad. Nos quedamos un momento mirándonos el uno al otro hasta que siento la necesidad de volver a posar la vista sobre el libro de Linderman una vez más. Me gustaría decir lo contrario, pero estoy muy impresionado. Paso mis dedos por la cubierta, casi como si fuera algo que me perteneciese. Han decidido poner una cita de uno de los mejores capítulos en la contraportada: «Después de estos años, creo firmemente que el amor y el tiempo son como dos amigos que se dan la mano para crecer juntos hasta que, llegado el momento, deciden soltarse para poder reencontrarse en el futuro».

—Es increíble.

—¿El qué es increíble?

—Pues que, si hace unos meses me dices que iba a tener la oportunidad de trabajar en algo así, no te hubiese creído.

—¿Puedo preguntarte por qué?

Él apoya su cuerpo suavemente en la robusta estantería y me observa con curiosidad. Podría decirle que no y evitarle una vez más, como llevo haciendo desde nuestra última conversación. Sin embargo, algo en este lugar tranquilo, o quizá la sensación de que el estrés de las últimas semanas ya ha llegado a su fin, me hace querer abrirme un poco más con él.

—Porque hay veces que tengo la sensación de que no sé qué hacer para que las cosas salgan bien.

—Hummm… —dice, llevándose el pulgar a la barbilla—. No sé si esto tendrá algo que ver, y es cierto que tendría que habértelo dicho antes, pero yo creo que llevas haciendo un buen trabajo desde que empezaste. Eres de las personas más creativas e inteligentes que he visto en esta

empresa. —Estas palabras se quedan resonando en mi cabeza, y soy incapaz de asumirlas, hasta que llegan las siguientes como un rayo rompiendo el cielo: rápido y sin avisar—. De hecho, hay muchas cosas que llevo queriendo decirte desde que te vi el primer día, pero… no me he atrevido a hacerlo.

En ese momento escuchamos un ruido metálico que se expande por el espacio y nos sobresalta. Alguien ha entrado en el archivo. Escuchamos el sonido de unos pasos en algún pasillo cercano a donde estamos, y esto hace que el rostro de Roberto se contraiga, alerta. Mi boca está completamente seca, pero consigo lanzar una pregunta más:

—¿A qué te refieres?

Él se endereza, vuelve la cara hacia el final del pasillo y, cuando me mira de nuevo, niega hacia ambos lados.

—Aquí no puedo —susurra.

Y antes de que eche a andar, ocurre algo en lo que dura un parpadeo. Es un reflejo que nace en algún lugar dentro de mí, un presentimiento que podría hacer que todo cobrase sentido. Un reflejo incontrolado se activa y mi mano termina por agarrar la suya. Las dos están cubiertas de una fina capa de sudor.

—Robert… —Siento un calor instantáneo golpeándome la garganta al comprender lo que acabo de hacer. Le suelto enseguida y callo, esperando que el fuego se extienda por mi pecho.

Y justo cuando creo haber cometido un error cuya magnitud mi cerebro no consigue calcular, él sonríe. Y es aquí, rodeados de todos estos libros, cuando pronuncia unas palabras que continúan una historia que parecía haber quedado inacabada:

—Sí, supongo que puedes llamarme así.

Capítulo 20

Noviembre

De: andrea.palacios@residenciaseuropeas.es
Para: leo.walden@gmail.com
Asunto: Inscripción - Programa Residencias Europeas

Estimado Leo Walden:
Mi nombre es Andrea Palacios y le escribo desde el Departamento de Admisiones del Programa de Residencias Europeas para Jóvenes Talentos. Este mensaje es tan solo para confirmarle que hemos recibido correctamente su solicitud de admisión y los documentos requeridos para nuestra séptima edición, en la que treinta afortunados podrán disfrutar de seis meses desarrollando su propuesta creativa en una de las dieciocho universidades adscritas al programa.

Le haremos saber próximamente si ha pasado a la siguiente fase del proceso. Para cualquier otra pregunta o aclaración, no dude en responder a este mismo correo.

Atentamente,
Andrea Palacios
Departamento de Admisiones

Leo rápidamente el correo electrónico y lanzo un pequeño suspiro, bloqueando mi teléfono móvil. No sé para qué demonios me tomo la molestia de volver a presentarme al programa de becas. Debo de tener una parte masoquista que, como aún no me he decidido a explorarla sexualmente, piensa que es buena idea revisitar un pequeño trauma del que apenas he terminado de recuperarme. Además, soy plenamente consciente de que el relato con el que me he presentado no es ni la mitad de bueno que el que envié el año pasado. Demasiado visceral y con poca atención al lenguaje. De repente, siento una tremenda vergüenza por haber enviado la solicitud. Aunque, si me paro a pensarlo un segundo, es cierto que siempre voy a ser mi peor crítico. Se me da estupendamente bien, sin aplicar el menor esfuerzo, echar por tierra mi trabajo y… quién sabe, quizá los otros cientos de candidaturas sean peores que la mía, ¿no? En fin.

Cuando llego al comedor, percibo un olor dulzón que lo envuelve todo, y entonces veo un

bizcocho con cobertura de glaseado en la mesita frente al televisor. Mamá me mira con expresión triunfante, sobre todo cuando me dejo caer en el sofá admirando su pequeña obra de arte.

—No sé qué tal sabrá, pero buena pinta tiene.

Cuando me llevo un pedazo a la boca, tengo la sensación de que voy a levitar. Está increíblemente sabroso, y el hojaldre en los extremos le aporta ese punto crocante que me vuelve loco.

—Mamá, esto sabe a gloria.

—¿Te gusta? —pregunta, contenta.

—Vamos a tener que llevarlo a la cocina para que no me lo termine entero, te lo digo en serio. ¿Os lo han enseñado en el curso de repostería?

Ella asiente mientras degusta su propia obra, como si fuese el crítico gastronómico de *Ratatouille*.

—Así es, pero he decidido añadirle calabaza además de manzana. Quizá le falte un poco de canela.

—Está delicioso, en serio.

—Me alegra que te guste porque, de hecho, tengo una idea que quería consultar contigo.

—¿Conmigo? —digo con la boca llena, tratando de no esparcir migas por todas partes.

—Me gustaría modernizar el negocio, captar más clientes.

Hay unos segundos de silencio en los que miro a mi madre sin comprender qué quiere decir exactamente, pero capto un brillo de emoción en sus ojos que no quiero que desaparezca.

—¿Te acuerdas de Almudena, esa chica que va conmigo al curso? Ella ya conoce la floristería y suele hacerme algunos pedidos para decorar los locales de sus clientes, y cuando le comenté que me gustaría darle un toque moderno al negocio, me dio la idea de… montar una pequeña cafetería dentro del local.

—Guau. —O bien mamá ha perdido el juicio, o bien se ha sacado un máster en empresariales sin yo enterarme—. ¿Una cafetería?

—Mira, el espacio ya lo tenemos. Es muy bonito y está en una zona transitada y muy bien situada de Madrid. Vale, habría que hacer una pequeña inversión para reacondicionarlo y comprar algunos electrodomésticos y mobiliario, pero realmente creo que a medio plazo podría ayudarnos a tener unos ingresos más fijos para cuando haya menos pedidos; además, le daría una nueva visión al negocio. Almudena es diseñadora de interiores y dice que le encantaría ayudarme con el proyecto si me animo a dar el paso.

—No quiero ser yo quien te baje de las nubes, pero ¿de dónde sacaríamos el dinero para hacer esa inversión?

—Bueno… —Ella se acomoda en el sofá y se mira las uñas recién pintadas—. Digamos que una tiene sus recursos.

—Mamá, no se te estará pasando por la cabeza pedir un préstamo al banco, ¿verdad?

—¿Quién ha dicho nada de préstamos?

—Pues ya me dirás, porque seguro que no van a llover del cielo miles de euros de repente.

—Leo, lo pagaré con el dinero que nos envía tu padre.

Se hace un pequeño silencio entre ambos.

—¿Qué? —pregunto, creyendo que no la he oído bien. Mamá me mira desde el otro lado del sofá, tremendamente tranquila—. Pero pensaba que ese dinero no lo habíamos estado usando hasta ahora, que se lo devolvías a papá nada más entraba en la cuenta bancaria.

—Y no lo hemos usado. Tengo mi orgullo, Leo. Pero tampoco soy idiota. Desde el primer día lo he estado transfiriendo a una cuenta de ahorros, por si algún día lo necesitábamos. —Entonces, un atisbo de duda la hace suspirar—. Aunque quizá me esté equivocando y todo esto sea una enorme tontería. Últimamente Míriam no hace más que meterme en la cabeza la idea de que puedo con todo.

—¿Por qué iba a ser una tontería? Mamá, es que puedes con todo. Es una gran idea, sin duda.

—¿Lo dices en serio?

—Claro. —Le dedico una sonrisa tierna—. Además, el mundo se merece probar este hojaldre de manzana. Pero antes, ¿puedo pedirte algo?

—Ya sé lo que vas a pedirme.

—Prométeme que buscarás a alguien más para que te ayude en la floristería.

—¡Lo sabía! —Y, tras unos segundos con el ceño fruncido, acaba asintiendo—. De acuerdo, llamaré a la muchacha esa de las redes sociales. Pero ¡solo para entrevistarla!

—Estoy muy orgulloso de ti, mamá.

Ella relaja la expresión, coge un pedazo más de pastel y se lo lleva a la boca. Creo que es su forma de aceptar mis palabras.

Capítulo 21

Has recibido un nuevo mensaje de Roberto Real (Marketing en Ediciones Scorpion).

Roberto 14:10
Hola, Leo. ¿Estás disponible para una consulta rápida?

Leo 14:16
Hola, Robert.

Leo 14:16
Parece que le estás pillando el truco a esto del chat.

Roberto 14:19
Sí, podría decirse que sí.

Leo 14:21
Justo me pillas contestando a un par de mensajes.

Leo 14:21
Si quieres, cuando termine, me acerco a tu mesa.

Roberto 14:21
No.

Roberto 14:22
Quiero decir, no te preocupes.

Roberto 14:22
Es rápido.

Leo 14:23
Hummm… De acuerdo.

Leo 14:23
¿Qué ocurre?

Roberto 14:26
Bueno.

Roberto 14:26
Tiene que ver con el día de ayer, cuando bajamos al archivo.

Roberto 14:26
Quise comentarte algo, pero no me dio tiempo a hacerlo.

Leo 14:28
Sí.

Leo 14:28
Me acuerdo.

Roberto está escribiendo un mensaje...

R **Roberto** 14:30
Bueno.

Roberto está escribiendo un mensaje...

R **Roberto** 14:30
Era una duda sobre la novela de Emma.

Leo 14:31
Oh…
L

Leo 14:31
Ya veo, espero poder resolvértela.
L

R **Roberto** 14:32
El equipo de producción de Canal Ficción está haciendo los preparativos para el rodaje del spot publicitario.

R **Roberto** 14:32
Si no me equivoco, el capítulo que propusiste para adaptar fue el veintiuno.

Leo 14:32
Creo que sí. Lo siento, pero no logro acordarme del número.
L

Leo 14:32
Y de verdad que me pillas ocupado, ¿te importa que hablemos luego?
L

R **Roberto** 14:34
Leo, escúchame.

R **Roberto** 14:34
Es en el que Lauren se siente culpable por no haberle contado toda la verdad a Pau sobre su pasado.

R **Roberto** 14:34
Y decide quedar con él después de que termine su turno del trabajo.

Leo 14:38
Sí, es ese capítulo… L

Roberto está escribiendo un mensaje...

R **Roberto** 14:38
¿Recuerdas dónde deciden verse?

Leo 14:39
En la fuente del Ángel Caído, a las siete de la tarde. L

Llamando a A.A. Mamá.

—¿Hijo?
—Mamá.
—¿Hola?
—Hola, mamá. ¿Me oyes?
—Sí, ahora sí, hijo.
—Vale. Oye, voy a pasarme a ver a Ares un rato después del trabajo, ¿de acuerdo?
—Pues me parece muy bien, hijo. Eso, que te dé un poco el aire, que tienes veintidós años y lo único que haces es ir del trabajo a casa y de casa al trabajo.

—¡Oye, eso es…!

—¿Mentira? Sabes que no.

—Bueno, ¿seguro que no necesitas ayuda con la tienda?

—Leo, sal con tus amigos. Sé joven, por el amor de Dios, y deja de preocuparte tanto por todo. Yo estoy bien. ¿Te espero para cenar?

—Hummm… No sé. Luego te escribo, ¿vale?

—Vale, dale recuerdos a Ares de mi parte.

—Claro.

¿Que si vamos a morir pronto por el cambio climático? Lo más probable es que así sea, aunque sigamos inventándonos excusas para intentar convencernos de lo contrario. Pero, oye, noviembre nos ha querido regalar hoy unas horas en las que podamos salir a la calle sin abrigo y en manga corta.

Casi parece una amable tarde de verano.

Al salir de Estación del Arte, subo la cuesta de Moyano y ojeo los libros de una de las casetas mientras los libreros leen los suyos propios. Hago un poco de tiempo y me compro un helado de fresa en un quiosco. Desde que he salido del trabajo, tengo una sensación sofocante que no puedo quitarme de encima y que consigue hacerme temblar si me quedo quieto varios segundos. Miro el teléfono cada dos o tres minutos, aunque intento reprimirme. Me pregunto si él estará haciendo lo mismo.

El cielo, que hasta el momento era de un color rosado, comienza a apagarse poco a poco a medida que entro en el parque y subo el camino asfaltado. Cuando llego a la fuente, me encuentro a un grupo de patinadores y a varios turistas haciéndose una selfi con, básicamente, Lucifer.

Me siento en un banco y espero.

Y espero un poco más, como si estuviese a punto de suceder algo que llevo tiempo deseando.

Pero, al final, la luz acaba por marcharse.

Me termino el helado y hago una pelota con el envoltorio, frustrado. No me puedo creer que me haya tomado el pelo otra vez. Estoy a punto de levantarme y marcharme a mi casa con un sentimiento de vergüenza arañándome la garganta, cuando de pronto oigo unos suaves ladridos a mis pies y observo a un pequeño cachorro olfateando mis zapatillas. Es adorable, con el morro redondeado, los ojos brillantes y unas orejas grandes que caen como dos campanas a ambos lados de su cabecita.

—Pero ¡bueno! —digo sonriendo y acariciándolo. Él intenta comerse mis pulgares con sus dientes del tamaño de un grano de arroz—. ¿Y tú quién eres, pequeño?

Entonces escucho una voz que capta toda mi atención y que hace que mi corazón se acelere un poco.

—¡Óscar!

Robert camina hacia mí a paso ligero y con una correa en la mano. Tiene un aspecto diferente al de hace tan solo unas horas, y me gusta la sudadera deportiva que se ajusta ahora a su figura. Al parecer, tiene algo más en su armario que ropa elegantísima y a la última moda.

—Perdón por llegar tarde. Es su culpa —dice señalando a Óscar, que se ha tumbado con la panza hacia arriba—. Vaya, parece que le caes bien.

—Fíjate, dudo si podría decir lo mismo de su dueño.

—Ey…

—Era una broma, Robert —aclaro, y después me río al verle con una expresión desconcertada en la cara—. A veces los jóvenes hacemos bromas. Es precioso, ¿cuánto tiempo tiene?

—Seis meses. Tiene mucha energía, así que en cuanto llego a casa tengo que sacarle a la calle. Eeeh —riñe al cachorro mientras lo coge en brazos y, aun así, su voz cobra un matiz delicado que no había escuchado antes—, compórtate un poco, peque.

Sin embargo, Óscar responde dándole un lametón en la nariz, y entonces Robert no puede evitar soltar una carcajada. Después se percata de mi sorpresa y me mira un poco más serio.

—¿Qué ocurre?

—Nada, es que creo que es la primera vez que te veo reír de esa forma. O reír, en general. Y también decir «peque» —añado con retintín.

Él no responde, solo niega suavemente con la cabeza; a continuación, los dos nos quedamos en silencio. A nuestro lado, un excéntrico anciano con un gorro pesquero y una silla plegada en la mano se dirige hacia la salida del parque. Las farolas se han encendido, pero hay algo que parece invitar a seguir en la calle.

—Oye, Leo… —carraspea—, ¿te apetece que tomemos algo?

En mi cabeza se solapan varias posibilidades, y entre ellas se encuentra la de decirle que no he venido a eso, que me he presentado a la cita porque estoy cansado. Porque quiero despejar una gran incógnita que desde ayer ha hecho que algo en el centro de mi pecho haya vuelto a aletear suavemente y prefiero detenerlo antes de que sea demasiado tarde. Como si quisiera atrapar una mariposa que ha echado a volar para que los demás no la vean. Porque así, entre mis manos, puedo destruirla sin que nadie más lo sepa. Porque esa esperanza no debería estar ahí, eso en primer lugar.

Pero al mismo tiempo, y no sé explicar de qué se trata, ese mismo impulso me dice que no lo haga. Que me deje llevar. Que no hay prisa ni necesidad de anticiparse.

—Claro que me apetece —respondo, y él me sonríe de vuelta.

Capítulo 22

Robert vive en un majestuoso edificio situado en la calle Alfonso XII, una de las que rodean el parque. Es absolutamente espectacular, claro: alto, blanco y con unos balcones y balaustradas muy señoriales. Cuando llegamos al portal, me ofrezco a esperarle en el vestíbulo, que está construido con mármol de diferentes colores, pero él se niega.

—No seas tonto —dice—. Sube, anda, que no tardaremos. Ahora que te conoce, Óscar se pondrá a llorar si te dejamos aquí.

El ascensor está esperando en la planta baja. Es de los clásicos, con una puerta de hierro negro que da paso a una pequeña cabina de madera. Como es algo estrecha, Robert se arrodilla para coger a Óscar en brazos y que quepamos mejor los tres.

—Este edificio es una pasada —comento mientras ascendemos.

—Tienes razón. El piso es un poco antiguo porque era de mis abuelos, pero mis padres lo remodelaron por completo cuando nos marchamos a vivir a Barcelona, y después lo pusieron en alquiler.

—¿Y ahora vives tú aquí?

—Desde hace unos meses, sí.

El ascensor alcanza la planta número cuatro. Robert se adelanta para abrir la puerta B, que Óscar se lanza a arañar con sus pequeñas garras.

—Ya llegamos, Óscar, espera un segundo.

Al entrar nos embriaga un olor cítrico y dulzón, como si alguien acabase de recolectar naranjas y las hubiera colocado en una cesta de mimbre. Me recuerda a su perfume, el mismo que suele llevar puesto cada día en la oficina. Atravesamos el estrecho recibidor precedidos por el sabueso y, para mi sorpresa, me encuentro con un piso bastante sencillo, de techos altos y paredes lisas y blancas. Se nota que el parquet está como nuevo. Hay algunas cajas amontonadas en el pasillo central y una réplica de *Sol de la mañana*, de Edward Hopper, sin colgar.

—Tardo un segundo en ponerle la comida a Óscar. —Señala una habitación, haciendo un sonido con las llaves que aún sostiene—. Puedes esperarme en el comedor, si quieres.

El salón huele a limpio y, de día, debe de ser muy luminoso gracias a los enormes ventanales que ocupan prácticamente toda una pared de la sala. Hay algunos muebles blancos llenando el espacio y, mientras espero a Robert, me acerco para echar un vistazo a su universo. Tiene una

gran televisión frente al sofá y, junto a ella, varias filas de películas en DVD ordenadas cronológicamente. Mientras repaso rápidamente los títulos, en los que detecto una predilección por las comedias románticas y el terror, compruebo que, en la década de los noventa, cuenta con una edición especial de *Los Goonies*, y eso me tranquiliza de alguna manera.

Parece que le encantan las velas, ya que tiene algunas decorando las dos cómodas con cajones que hay en el salón, y, por supuesto, también posee una enorme librería junto a los ventanales. Reconozco varias colecciones de Scorpion y, a bote pronto, diría que Agatha Christie es una de sus autoras favoritas. También tiene otros ejemplares más antiguos, como si los hubiese rescatado de entre los libros de su infancia, y algunas guías de viaje.

Mi vista se desvía entonces hacia la mesa baja de cristal, entre el sofá y la televisión, donde hay varias carpetas apiladas y algunos papeles desordenados. Una de ellas me llama especialmente la atención, la de color rojo intenso. Me acuerdo de Marta sujetándola entre sus brazos antes de pasármela en la recepción de la editorial, y entonces se me hace realmente raro estar en casa de Robert. Como si fuera un intruso, un insecto que se hubiera colado por una ventana que alguien se hubiera dejado abierta sin querer.

«Deberías irte. Deberías marcharte ahora mismo».

Me pongo tan nervioso de repente, me siento tan fuera de lugar, que mi cuerpo se dirige de forma automática hacia el pasillo, buscando la salida. Pero entonces Robert reaparece en el marco de la puerta, ajustándose unos pantalones vaqueros que le quedan como un guante.

—Ya estoy —dice.

Se ha quitado la sudadera y ha elegido un jersey de color lavanda que contrasta con su piel. El tejido parece tan suave que una parte de mí tiene que resistirse para no acercarse a comprobar si es así. Lleva el cabello revuelto y, desde la entrada del salón, su mirada se dirige hacia mí esperando algún tipo de respuesta.

—Tienes un piso muy bonito —apunto, un poco avergonzado por mis pensamientos.

—Gracias. Aunque tengo que esforzarme un poco más en decorarlo. Aún no parece del todo un hogar.

Hay un pequeño silencio que me obligo a rellenar.

—Bueno, supongo que eso se construye poco a poco, ¿no? —digo—. Con Óscar, ya tienes gran parte del camino hecho.

—Tienes razón. Supongo que ahora falta la otra parte. —Entonces me mira y hace un gesto con la mano apuntando al pasillo—. ¿Nos vamos?

Cuando volvemos al recibidor y nos disponemos a salir, Óscar reaparece y comienza a sollozar, como si se diera cuenta de que estamos a punto de dejarlo solo.

—Ya estamos… —Suspira—. Óscar, que solo me marcho un rato, volveré enseguida. Te lo prometo.

Pero el cachorro nos mira a los dos con una cara que podría partirle el corazón a cualquiera. Robert trata de calmarlo y le acaricia la cabeza con suavidad. Me resulta fascinante observarle

así, en una faceta tan afectiva, hablando con cuidado, como si fuese plenamente consciente del peso que tienen sus palabras. Es como si, a cada minuto que pasa, se alejase un poco más de esa pose distante y fría de la que no parece cansarse en la oficina.

Y que, desde este preciso momento, ya no me trago ni un segundo más.

A Robert se le ha ocurrido una idea, porque yo me niego en redondo a dejar a esta pequeña criatura peluda sola en el piso.

—Ey, sé de un sitio muy cerca de aquí al que podemos ir con Óscar. —Desaparece para ir a la cocina y, cuando regresa, trae consigo un par de botellines de cristal de colores brillantes—. Espero que te guste la limonada porque no bebo alcohol.

Dejamos el apartamento y, para mi sorpresa, Robert comienza a subir las escaleras.

—Robert, ¿qué haces?

—Ya lo verás —dice, divertido—. Confía en mí.

—Confío poco, no nos vamos a engañar —susurro.

Como Óscar es del mismo tamaño que los escalones, decido cogerlo en brazos para seguirle el ritmo a Robert. Al parecer, el ascensor no llega hasta la última planta del edificio, donde él abre una puerta de metal que conduce a la azotea. Y realmente me quedo sin palabras cuando pongo un pie en ella. Hay una vista panorámica de todo el Retiro, cuyos árboles preceden a todos los edificios que lo rodean, donde las ventanas iluminadas dibujan patrones irregulares en la oscuridad. De alguna forma, el sonido de los coches que circulan más abajo queda relativamente amortiguado.

En una esquina de la azotea hay dos palés reconvertidos en un pequeño banco que Robert arrastra hasta donde estamos para poder contemplar las vistas. A continuación, usa un abridor para nuestros refrescos y después brindamos. Óscar se hace un ovillo a nuestros pies, al fin tranquilo.

—¿Qué, te convence?

—Como nuestra primera reunión extraoficial, es más de lo que esperaba.

Él se ríe un poco y los dos alzamos la mirada hacia donde pueden distinguirse algunos latidos de luz en un cielo contaminado. Todo parece distinto, casi como si este momento perteneciese a otro lugar en el tiempo, y decido aprovecharlo para sentirme un poco más valiente de lo que acostumbro a ser.

—Me da pena que hayamos tardado tanto en dejar que esto suceda, ¿sabes?

Robert se mantiene en silencio. Oigo el roce de sus manos acariciando el cristal de la botella y siento que está a punto de hablar. Pero no lo hace, y creo que los dos hemos llegado al final del camino que llevamos recorriendo no hace unas horas, sino varias semanas.

—¿Vas a decirme qué hago aquí, Robert?

—Leo… —responde con voz quebrada.

Pero niego con la cabeza.

—La primera vez que te vi en el despacho de Noemí, pensé que me había quedado dormido y aún estaba en mitad de un sueño. Puedes reírte, si quieres, pero lo último que me esperaba era encontrarte allí. No sabía cómo había acabado en ese despacho y me encontré contigo. Ni siquiera sabía tu nombre, pero tú sí sabías el mío. No me lo dijiste cuando nos conocimos, ¿recuerdas?

Entonces los dos nos miramos, y observo cómo sus ojos brillan como si de ellos naciese un mar de cristales que hubiese estado reteniendo largo tiempo.

—Leo, yo… —Su voz se quiebra—. Lo siento mucho.

Robert empieza a sollozar hasta deshacerse en un océano de lágrimas, y yo le observo, de alguna manera, fascinado. Nunca me había imaginado que le vería llorar, que se mostraría sincero y a la vez vulnerable, sin importarle lo más mínimo lo que ocurra a su alrededor o si le juzgaré. Su fachada termina de fracturarse y cae al suelo hecha añicos. Le veo a él, a la persona que hay detrás de esa ridícula máscara, y es como si de repente tuviera enfrente de mí una pintura abstracta o una ecuación en una pizarra que me costase comprender. Tras un momento en el que vacilo, decido acercarme a él un poco más, con cuidado, y me aventuro a rodearle con el brazo. Robert, como si fuese un pájaro asustado, me lo permite. Siento al instante el calor que emana de su cuerpo, y me resulta irónico que, justo cuando esperaba que hubiese miles de palabras que decir y escuchar, no sean necesarias. Nos quedamos así un rato, mientras él se deshace entre hipidos y suspiros entrecortados.

—No pasa nada, Robert.

Él se aparta despacio y los dos nos miramos, dos almas resguardadas en las alturas de Madrid. Tengo que contener la respiración cuando se inclina hacia mí, muy despacio, como una nube moviéndose por el cielo, y sus labios y los míos se quedan a escasos centímetros.

—¿Puedo besarte? —me pregunta con voz quebrada.

Yo abro mucho los ojos mientras noto cómo el tiempo se paraliza.

«Parece que fuese verano otra vez, aunque solo falte la música a nuestro alrededor».

Asiento, incapaz de decir nada, y nos acercamos un poco más. Y es que nada me parece suficiente para describir lo que siento cuando nuestros labios se encuentran, como si fueran dos partes de un mismo sueño que juntas acaban cobrando sentido.

Capítulo 23

Roberto Real y Marta Garrido contrajeron matrimonio el 9 de julio en una pequeña ermita al norte de Navarra, que es donde ella nació. Los dos tenían veintisiete años. Fue una ceremonia íntima, con apenas sesenta invitados y una agradable comida en la finca de los padres de la novia en la que no faltó tarta, champán y versiones de clásicos de la música interpretadas por un famoso pianista local.

Roberto escribió los votos la noche anterior, en el dormitorio, con el pulso tan nervioso que solo conseguía acentuar su mala caligrafía. No estaba del todo convencido de si mostraban plenamente lo que quería expresar, pero se negaba a pedirle ayuda a otra persona. Esas palabras debían salir de él, de los sentimientos que afloraban en su corazón y que en ese momento sabía que eran sinceros.

Sin embargo, hubo un punto en el que las cosas cambiaron.

Son las 11.50, o eso marca el reloj de su mesilla. La noche ha pasado fugazmente y sin percatarnos. Cuando bajamos de la terraza de la azotea y me preguntó si quería quedarme a dormir aquí, acepté. Una parte de mí esperaba que, al mostrarme su habitación, con esa cama gigantesca, lo primero que ocurriría fuera que tuviéramos sexo. Que nos quitaríamos la ropa el uno al otro con urgencia sobre el colchón y recorreríamos nuestros cuerpos hasta agotarnos. Ganas, desde luego, no me faltaban. Para mi sorpresa, eso no ha llegado a suceder. Él no quiso que ocurriera nada más, aunque yo tratase de despertar mi inusual espíritu de iniciativa. Robert solo necesitaba que me quedase aquí, tumbado junto a él, hasta caer dormidos procesando todo lo que acababa de ocurrir. Pero no importa, porque despertar a su lado es suficiente.

Ahora, tras desperezarnos, escucho los detalles de su historia mirando al techo azulado del dormitorio, y observando cómo la tibia luz que entra a través de los pequeños agujeros de las persianas se proyecta sobre nuestros cuerpos.

—Creo que todo cambió cuando nos mudamos juntos al nuevo piso, que fue el regalo de boda de sus padres —dice con la cabeza apoyada en la almohada y los ojos cerrados—. Yo no estaba nada contento con la idea porque, aunque no entraba en mis planes que Marta y yo nos llegásemos a separar, sentía que su familia nos estaba encerrando en una preciosa jaula de quinientos mil euros que no habíamos pedido. Desde ahí, todo se aceleró a un ritmo que no marcábamos ninguno de los dos, sino la gente que nos rodeaba. Mis padres, los suyos, las cosas

que hacían y dejaban de hacer nuestros amigos… Y claro, empezamos a discutir por todo y sin saber por qué. Fue como si… como si Marta y yo hubiéramos dejado de hablar el mismo idioma con el que nos conocimos.

Cada vez que menciona su nombre, me acuerdo de nuestro incómodo encuentro en el vestíbulo del edificio, cómo ella me miró con detenimiento antes de preguntar quién era.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —digo mientras me recuesto de lado para apreciar los rasgos de su rostro y los marcados pectorales que la sábana no llega a cubrirle.

Él lanza un largo suspiro.

—Considerando que has pasado aquí la noche sin parar de escucharme y no has huido al despertarte… creo que puedes hacer una pregunta, sí.

—Tu cama es muy cómoda, ese es el único motivo y lo sabes.

Mi réplica le hace sonreír un poco y entonces vuelve la cabeza para mirarme a los ojos. Ambos quedamos enfrentados. Pienso bien en la pregunta que quiero hacer, tratando de encontrar las palabras adecuadas.

—No me malinterpretes, ¿de acuerdo?, pero, antes de Marta, ¿hubo otros chicos?

—Ja —suelta—, sabía que irías por ahí.

—Te prometo que no estoy poniendo en duda tus sentimientos hacia ella —me apresuro a añadir, acercándome un poco a su cuerpo—. Es simplemente que…

Él abre los ojos y niega con la cabeza como un gato adormilado.

—Leo, sé que no lo preguntas con esa intención, tranquilo. Pero sí que ha habido personas a mi alrededor que, cuando se enteraron de lo del divorcio, pusieron en duda que lo mío con Marta fuese algo real desde un primer momento. ¿Te imaginas? Como… como si hubiese estado años fingiendo, tratando de convencerme de que debía sentir algo por la persona con la que llegué a compartir casi cinco años de mi vida.

«Dios, Leo, eres estúpido».

—Oye, Robert, lo siento de veras… Ni siquiera se me había ocurrido esa posibilidad.

—Tranquilo —replica sonriendo—, lo sé.

Entonces acerca su mano a mi rostro y se dedica unos minutos a recorrer mis mejillas con sus dedos desnudos. Me siento en calma, como si estuviera en un lugar seguro a pesar de estar en un terreno desconocido para mí.

—Y, contestando a tu pregunta, sí: antes de conocerla tuve cosas con chicos y también con chicas. Sin embargo, desde que decidí dar el paso para poner fin a mi matrimonio, no he querido… Bueno, más bien no he sido capaz de tener nada más con nadie.

Asiento en silencio.

—Debió de costarte mucho tomar una decisión así.

Dibuja en sus labios una débil sonrisa teñida de nostalgia.

—En efecto. Pero la vida siempre va a hacer que tengas que tomar decisiones complicadas. Así es como avanzamos, aunque a veces nos duela, y logramos convertirnos en personas nuevas

que seguirán teniendo que tomar decisiones complicadas.

—¿Lo dice Sabio Monje Tibetano?

—Eso es. —Ríe, y me da un suave golpe en el hombro—. Pero, fíjate… Ahora te has cruzado de nuevo conmigo, ¿y quién podría esperar que algo así volviera a suceder?

Yo me incorporo suavemente sobre el colchón y me ajusto el cuello de la camiseta. Siento un agradable calor en el pecho. Me sonrojo, pero alzo la cabeza para contestar haciéndome el digno:

—Te diría que me siento halagado, pero la verdad es que estas últimas semanas solo tenía ganas de tatuarte en la frente la palabra «gilipollas».

—Lo entiendo —dice—. Pero también te agradezco que no lo hayas hecho, Leo.

Desde aquí, Robert me parece más guapo que nunca, con el pelo despeinado que va pidiendo a gritos un corte, su piel oscura y los labios más suaves que jamás he probado. Me mira con curiosidad mientras recojo mi ropa, que anoche dejé sobre la cómoda, y me dirijo al cuarto de baño para cambiarme. Allí contemplo mi reflejo en el espejo. Robert me ha dejado una camiseta ancha con una foto de Blondie, que me queda enorme, y unos pantalones cortos para dormir. Acerco la tela a mi cara y reconozco su olor impregnado en la prenda. Un olor al que me he ido acostumbrando a lo largo de toda la noche.

De pronto, mi teléfono móvil comienza a sonar en el bolsillo de mis vaqueros y lo descuelgo rápidamente.

—¿Sí?

—Buenos días, hijo mío. ¿Voy a tener que hablar con Ares para que te libere o qué?

—Mamá… —Y cuando me doy cuenta de que estoy susurrando, carraspeo y alzo un poco más la voz—. Mamá, hola. ¿Qué ocurre?

—Cariño, una cosa es una cosa, y otra, que no me contestes a los mensajes. ¡Me fui a dormir preocupada!

—Perdón, mamá. Nos enrollamos… —suelto, y me doy un golpe en la frente— hablando. Sí, estuvimos hablando hasta tarde y al final me quedé a dormir. Desayuno algo y voy para allá, ¿vale?

—Muy bien, aquí te espero. Si no tengo prisa, en realidad.

Me lavo la cara y vuelvo al dormitorio, donde Robert ha cogido a Óscar de su pequeña cuna y está dándole los buenos días. Sigue sin camiseta, así que aprovecho para dar un sutil repaso visual a su abdomen, que es insultantemente plano, y a los músculos que sobresalen de sus brazos.

—¿Tienes hambre? —pregunta.

Tengo un hambre que me muero. Dejo la ropa de dormir sobre el colchón y me meto las manos en los bolsillos.

—La verdad es que me están esperando en casa, pero muchas gracias.

—Oh, claro. Espera, que te acompaño a la puerta.

Óscar se queda tan a gusto en la cama y los dos caminamos por el pasillo hasta alcanzar el

estrecho vestíbulo.

—Bueno… —dice mientras se pasa la mano por la nuca.

—No hagas eso.

—¿El qué? —pregunta sonriendo y, cuando se da cuenta de lo que le hablo, repite el gesto con malicia—. ¿Esto?

Yo doy un paso y le empujo suavemente hasta que su espalda choca con la pared. Robert me coge de la muñeca y tira de mí hacia él. Al tener su cuerpo contra el mío, empiezo a ponerme cachondo, así que decido apartarme de nuevo para agarrar el picaporte de la puerta.

—Eso —repito—, eso mismo.

—Creo que lo haré más a menudo a partir de ahora.

Yo pongo los ojos en blanco.

«Roberto Real, qué cojones me pasa contigo…».

—Leo —dice antes de que abra la puerta, poniendo su mano sobre la mía—, no quiero que esto suene así, pero… Quiero decir, que aún soy tu supervisor. Y en el trabajo… Bueno, podría haber problemas para los dos si nos ven juntos…

—Robert —le interrumpo antes de que se ahogue en sus propios nervios—. No te preocupes, no está entre mis planes mandar un correo a toda la empresa para informarles de que he pasado la noche en tu casa. Solo te pido una cosa —puntualizo—, y es que no vuelvas a hacer como si no me conocieses de nada, porque cogeré tu librito de realización personal y te pegaré una paliza con él. ¿Me has entendido?

Ahora sí, abro la puerta y, mientras salgo del apartamento, él contesta con esa sonrisa tan encantadora:

—Jamás se me ocurriría volver a ser tan estúpido.

Capítulo 24

Diciembre

No sé qué está ocurriendo exactamente, pero hacía tiempo que no sentía que al menos una pequeña parte de mí, un vértice aislado dentro de todo este caos en el que se ha convertido mi vida, empezase a funcionar.

Robert y yo nos vemos un poco más que antes. Fuera de la oficina, quiero decir. De hecho, dentro seguimos guardando las distancias para actuar como profesionales, pero su humor ha cambiado notoriamente conmigo. Es un poco más agradable al dar los buenos días y ahora, en lugar de enviarme correos electrónicos para absolutamente todo, de vez en cuando se pasa por mi mesa para revisar que estoy cumpliendo las tareas que me asigna cada mañana. Eso me pone un poquito cachondo, no nos engañemos. Sobre todo porque usa un tono muy formal que, en parte, he conseguido desautorizar, y a veces desliza su mano por mi muslo de forma discreta mientras el resto de la plantilla a nuestro alrededor continúa enfrascada en sus teclados sin percatarse de nada.

Esto de no habernos acostado aún empieza a tener efectos secundarios. Aunque, por otra parte, estamos cómodos con la situación. Estas últimas semanas hemos preferido invertir tiempo en hacer planes tranquilos y recorrer algunos rincones de Madrid que nos encantan a los dos, como el Jardín Botánico, la ajetreada plaza del Dos de Mayo o el misterioso Andén 0 de Chamberí. Ahora sé que *El retrato de Dorian Gray* es su clásico favorito, que habla cuatro idiomas y que no le importaría vivir una temporada en Dublín, una ciudad a la que guarda cariño porque en ella estudió el máster. También me cuenta que su padre nació en Brasil, pero emigró a España cuando era muy pequeño y, al llegar al instituto, conocería a la que acabaría siendo la madre de Robert. Escucharle contar esa historia me hace creer que el amor, a pesar de que ni yo ni mi entorno lo manejemos bien, tal vez no sea algo que solo ocurre en las películas.

Ah, y también le encanta la pizza con piña. Como no podía ser de otra forma.

Preferimos no usar los mensajes a través del ordenador (porque cuando envías algo por internet se queda ahí para siempre), pero a veces le da por sacar a relucir su faceta más *millennial* para tratar de picarme.

R

Roberto 16:40

Buenas tardes, Leo.

R

Roberto 16:40

Necesitaría repasar con usted ese asunto que ha quedado pendiente entre nosotros, ¿recuerda?

Leo 16:45

Hola, Roberto.

L

Leo 16:45

Claro, no se preocupe.

L

R

Roberto 16:46

¿Cree que podríamos vernos en media hora?

Leo 16:47

Perfecto.

L

Leo 16:47

Aunque le diré que tengo un compromiso a las 19:00.

L

Leo 16:47

Hoy voy al cine, ¿sabe?

L

R

Roberto 16:50

Tranquilo, no nos llevará mucho tiempo.

R

Roberto 16:50

Yo también tengo cosas que hacer, y no me

gustaría llegar tarde.

Esa misma noche, tras salir de ver una película francesa no demasiado memorable, decidimos pedir sushi a domicilio (dato importante: a Óscar le encantan los *maki* de aguacate), y se vuelve loco cuando descubre que mi padre es el cantante de Contagiados. Vemos aparecer su rostro en la pantalla del televisor, salpicado de pintura fluorescente, y Robert se acerca para luego acuclillarse enfrente.

—Tenéis la misma sonrisa. Y los ojos igual de…

—… aburridamente marrones.

—Iba a decir preciosos.

—Hummm… ¿es esta tu forma de decirme que mi padre te resulta atractivo? —Y al momento noto cómo mi pregunta le incomoda. Me tumbo en el sofá y lanzo una carcajada infinita al ver esa expresión vergonzosa, tan poco común en él.

—¡Leo! —exclama, cubriéndose los ojos con la palma de la mano—. Dios, estás enfermo…

Después me hace más preguntas sobre mi padre, y es cuando no me queda más remedio que ponerle al tanto de la situación. Entonces Robert alcanza el mando a distancia y decide apagar la televisión. Me resulta irónico cómo, a pesar de tratar de convencerme de lo contrario, este tema sigue afectándome así. Porque ¿cuándo es el momento en el que uno se hace a la idea de que tu familia, la que recuerdas desde tu más tierna infancia, nunca volverá a ser la misma? Robert toma asiento a mi lado y enreda sus dedos en mi nuca, acariciándola y escuchándome atentamente. Cuando termino, me ayuda a secarme las lágrimas y me envuelve en un abrazo que consigue aliviar un poco mi tristeza.

—Lo siento —me disculpo entre hipidos—. No era mi intención soltarte semejante chapa, joder.

—Leo, no tienes que disculparte conmigo por llorar, y menos por algo así. —Hace una pausa y se queda mirándome, en silencio—. ¿Puedo decir algo? No sé si te ayudará a sentirte mejor, pero es una de esas cosas que trato de recordar cuando me siento tal y como te sientes tú ahora.

Asiento, expectante por lo que tiene que decir. Óscar se sube con nosotros al sofá y se enrosca como una bola de algodón. Quiero secuestrar a este ser celestial y llevármelo a casa para tenerlo consentido todo el día.

—Nunca es fácil aceptar que algo termina, sobre todo cuando te gustaba tal y como era antes. Pero creo, por lo que me has contado, que durante un largo tiempo pudiste disfrutar de tu familia como siempre había sido. Eso es lo más importante, Leo. Y aunque ahora todo haya cambiado, trata de disfrutar de las cosas cuando las tienes delante. Con tu madre, cuando llegas a casa y puedes pasar la tarde con ella, o con tu padre, cada vez que tengas oportunidad de hablar con él por teléfono. Porque es una auténtica mierda, pero resulta muy difícil que la vida no te lleve a veces por el camino que menos ganas tienes de recorrer. —Hay un silencio en el que, para

agradecerle sus palabras, quiero hacer algún comentario divertido y así quitarle un poco de hierro al asunto, pero él se me adelanta una vez más—: Yo no tengo demasiada relación con mis padres, ¿sabes? De hecho, en unas semanas iré a visitarlos por Navidad y, bueno, tendré que esperar a ver cómo está la situación.

—¿Están enfadados contigo por algo? —pregunto, viendo cómo su mirada se ha apagado un poco.

—Se disgustaron mucho cuando se enteraron de lo del divorcio con Marta. —Suelta un suspiro corto, como si contuviera una risa—. ¿Tiene sentido que diga algo así? ¿Que a mis padres los decepcioné al divorciarme de la que pensaban que iba a ser mi compañera para toda la vida?

Ahora soy yo quien posa la mano en su cuello, quien le acaricia en silencio mientras él parece invadido por algún recuerdo que se guarda para sí mismo. Óscar ladra y nos pide que le demos otro *maki* de los que han sobrado de la cena.

Robert tiene razón, quizá sea importante que trate de disfrutar más de las cosas que tengo delante.

El último lunes antes de las vacaciones navideñas, Jessica y yo bajamos a tomar café solos, como llevamos haciendo desde hace semanas. Mi compañera coge la cucharilla y comienza a darle vueltas a su americano. Está un poco desanimada porque, según me cuenta, anoche tuvo una cita con un chico que conoció por una app y no fue demasiado bien.

—Parecía perfecto, Leo, y… la madre que me parió. Resulta que era un *real fooder* de esos.

—¿Un qué? —Alzo la ceja, extrañado.

Ella lanza un suspiro.

—Que me llevó a un restaurante en el que solo cocinaban las verduras a baja temperatura y te medían las cucharadas de aceite que podías echarte en la ensalada. Y de postre, fruta de temporada. —Da un sorbo a su café—. Un hambre, Leo… Si lo llego a saber, me quedo en mi casa, Dios santo.

Me es imposible no lanzar una carcajada al aire.

—Te diría que me sorprende, pero qué decir de los hombres…

—Si es que sola estoy tan a gusto…

De pronto, la pantalla de mi teléfono se enciende y compruebo que me ha llegado un nuevo correo electrónico a la bandeja de entrada. Al leerlo, me quedo tan sorprendido que mi reacción inmediata es bloquearlo de nuevo y hacer como que no es nada importante.

Pero lo es. Joder, vaya si lo es.

«Disimula, Leo, disimula un poco».

Jessica, con la mejilla apoyada en el puño, me mira con curiosidad. Por supuesto que me ha pillado.

—¿Qué ocurre?

—Hummm… No, no es nada importante…

—Leo, por favor, no te pongas tú también más raro que un perro verde. Suficiente tengo con esas dos… —dice mientras contemplamos a Elisa y Violeta, que están haciendo cola frente al mostrador para pedir sus cafés, pero por separado, inmersas en las pantallas de sus respectivos teléfonos, para no tener que interactuar.

—Bueno, es que lo mío es una tontería, en realidad. Es una beca a la que me presento desde hace unos años, porque obviamente nunca me la dan, y acaban de decirme que he llegado a la última fase de selección. Solo eso.

Jessica junta las manos dando una palmada y sonríe, emocionada.

—Oye, pero ¡eso está genial! ¿Y estás así de calmado? ¡Qué buena noticia, Leo! Por un momento he pensado que era tu jefe reclamándote… —dice llevándose la taza a los labios con una elegancia envidiable. Yo contengo la respiración, esperando a que termine—. Me he fijado en que últimamente está muy encima de ti, ¿no?

—Ya —respondo. Tengo solo un par de segundos para inventarme una buena trola y salir airoso de esto sonando convincente—. Es que estamos pendientes de que nos lleguen unas muestras de materiales para pasárselas a Emma y que las saque cuanto antes en sus redes sociales.

—Entiendo —contesta finalmente, usando un tono tranquilo. No sé si se lo ha tragado del todo, pero decide continuar con la conversación—: En cualquier caso, ¡cuéntame un poco más! ¿De qué beca se trata?

—Bueno, se llama Programa de Residencias Europeas para Jóvenes Talentos. Consiste en una estancia de seis meses en una universidad europea donde puedes dedicarte a desarrollar un proyecto creativo y…

—Espera un segundo —me interrumpe mientras hace una rápida búsqueda en su móvil—. ¡Claro, de eso me suena!

Estoy bastante sorprendido con su respuesta.

—¿Sabes cuál es?

—Sí. O sea, no sabía de qué iba el tema, pero es que uno de mis autores favoritos de la editorial, Gabriel Clark, la ganó hace… cuatro años, pone en su página web.

Jessica me enseña varias imágenes de un chico de pelo claro, ojos verdes y una mandíbula tan afilada que podría esculpir piedra con ella. Tiene un aire bohemio muy atractivo y, al parecer, le gusta hacerse fotos en la playa, fumando y leyendo tumbado en la arena.

—Es alemán y escribe una poesía preciosa. Fíjate, en su web pone que ahora vive en Barcelona. Hace tiempo que no publica nada, ahora que lo pienso.

—Vaya… —digo, bastante sorprendido de que mi compañera sepa de lo que le estoy hablando —. A ver, en realidad esta es la segunda vez que paso a la última fase, por eso no me hago ningún tipo de ilusión.

—Pero ¿es que tú escribes? Joder, Leo, ¡no tenía ni idea! ¿Hay algo más de lo que no me haya enterado en esta oficina? Parezco nueva.

No puedo evitar reírme, porque Jessica cabreada me recuerda un poco a esa ardilla adorable que aparecía en *El emperador y sus locuras*.

«Si yo te contase, Jess…».

—Bueno, es que no es algo que suela compartir con nadie. De hecho, nadie lee lo que escribo porque me da una vergüenza terrible. Excepto este jurado, claro, y mis antiguos profesores del instituto cuando organizaban concursos de relatos. Y mi madre, a veces. No es que sea muy bueno, de todas formas.

Jessica me mira fascinada mientras comprueba cómo el café se le ha quedado frío en la taza.

—Entiendo lo que quieres decir, Leo, pero que algo artístico sea bueno o malo es un poco relativo, en mi humilde opinión, y también depende mucho de las expectativas que uno tenga en su cabeza. Yo creo que importa más la intención con la que escribes. Lo que quieres decir con tus palabras. Si a ti te sirve y te lo quieres quedar para ti mismo, eso está genial, pero si un día te decides a compartirlo con el mundo, quizá te sorprenda a cuánta gente le puede llegar a gustar. —Hace una pausa—. Además, ya has llegado una vez a la última fase de esta beca. Yo creo que malo no puede ser.

Sus palabras logran conmoverme un poco, y de pronto soy consciente de que, una vez regresemos de las vacaciones, apenas me quedarán unas semanas más en la empresa. ¿Cómo hace el tiempo para escurrirse de entre los dedos sin que nos demos cuenta?

—Te voy a echar tanto de menos cuando salga de aquí, Jess…

—Ay —dice, llevándose las manos al pecho con ojos de corderito degollado—, no hables de eso todavía, ¡que aún nos queda la fiesta de Navidad para pasarlo estupendamente bien juntos!

Enarco una ceja, desconcertado.

—¿La… fiesta de Navidad?

De: rrhh@scorpionediciones.com
Para: leo.walden@scorpionediciones.com
Asunto: Invitación Fiesta de Navidad

Estimado Leo Walden:

Nos complace hacerle entrega de su invitación personal e intransferible a nuestra fiesta anual de Navidad Scorpion, donde tendremos el placer de compartir juntos un momento muy especial antes del periodo vacacional hasta el próximo martes, 8 de enero. En el archivo adjunto encontrará más especificaciones, así como el lugar de celebración del evento y el aparcamiento disponible. Este será el itinerario:

20.00 - Recepción de invitados y photocall
20.30 - Canapés y bebidas

21.30 - Discurso de Úrsula Ruiz e invitado especial
22.00 - DJ y bebidas

Por favor, agradeceríamos que luzca sus mejores galas para la ocasión y comparta sus momentos en redes sociales con el hashtag #FiestaScorpionNavidad.

Un saludo,
Equipo de Recursos Humanos

Capítulo 25

—Leo, ¿estás ahí?

—¡Señora!

—Uy, discúlpeme —dice mi madre entre risas a un desconocido—, estaba buscando a mi hijo. Por cierto, esa camiseta le queda estupendamente.

Saco la cabeza entre las cortinas del probador y compruebo que, a un lado del pasillo, mamá aparece con un nuevo conjunto de pantalones, camisa y americana en la mano; al otro, una dependienta masca chicle mientras dobla unos pantalones al ritmo de una canción de Little Mix que resuena en los altavoces.

—Mamá, ¿acabas de asaltar a un desconocido en el probador?

—¡Asaltar, dice! Hijo, que me he confundido, ¿no ves que estos probadores son todos iguales?

Tras un repentino ataque de pánico en el que he confesado no tener nada que ponerme para la gala, mi madre ha decidido arrastrarme hasta el centro comercial para comprarme un conjunto que, ya que estamos, pueda aprovechar en las cenas navideñas. Esto último es gracioso a la par que interesante porque, en realidad, es la primera vez que celebraremos estas fiestas los dos solos en casa.

Agarro las prendas que tiene en las manos y vuelvo a meterme en la cabina. Doy una vuelta completa frente al espejo antes de caer rendido ante el nuevo look que ella ha insistido en que me probase. Cuando abro de nuevo la cortina, asiente varias veces. Creo que estamos de acuerdo.

—Me recuerda —dice al tiempo que pasa la mano por la manga de la americana cubierta de lentejuelas— a la cola de una sirena.

—Sí, creo que esa es la idea.

—Qué guapo estás, cariño. Como una estrella de rock.

—¿Tú crees?

Mamá asiente en silencio, y ese torrente de energía con el cual me ha conducido por cuatro tiendas diferentes hasta llegar a esta parece estancarse unos segundos.

—Te pareces mucho a tu padre cuando era joven, ¿sabes?

Cuando dice esto, nunca sé qué contestar. Sé que lo hace con la mejor de las intenciones, pero es extraño que te recuerden que eres el vivo reflejo de una persona a la que está tratando de olvidar y que, con tan solo evocar su nombre, aún tiene ese efecto en ella.

—Bueno, es que tus amigas siempre te han dicho que te casaste con un guaperas, ¿no es cierto?

—Uy —dice haciendo un gesto con la mano—, si tú supieras… Era la envidia del barrio, aunque tus abuelos le odiasen al principio. Y, oye, luego fue un capullo de los grandes, pero era el más guapo de todos. Y fíjate —añade, señalándome de arriba abajo—, con él tuve a mi persona favorita del mundo.

Mi madre es mi superheroína preferida. Lleva por su cuenta un negocio que nos paga las facturas, es una buena persona y ahora está trabajando día a día para volver a disfrutar de su vida tal y como lo hacía antes, cuando papá estaba con nosotros. Muchas personas envidiarían contar con alguien así al lado.

La dependienta rompe este tierno momento y se nos acerca para avisarnos de que van a cerrar en quince minutos y que debemos pasar por caja si queremos comprar algo, así que comienzo a desvestirme en la cabina.

—Y dime —escucho tras la cortina—, ¿va a acompañarte alguien a esa fiesta?

—Mamá, es una fiesta de empresa, no un baile de instituto americano.

—Bueno, hijo, yo solo preguntaba… Y si alguien te acompaña, ¡asegúrate de que es buena persona! La gente guapa solo trae problemas.

No consigo contener una sonrisa al sentir un cosquilleo en el estómago.

Violeta Romero ha enviado un mensaje al grupo Vegan Coffee Queens.

V **Violeta** 10:21
Bueno, ¿preparadas para reinar esta noche?

J **Jessica** 10:21
Solo si tú me lo pides, amiga.

V **Violeta** 10:21
Te lo pido. Aunque quizá te pida también un baile.

J **Jessica** 10:21
¡Hecho!

Fernando Silvera ha abandonado el grupo Vegan Coffee Queens.

V **Violeta** 10:23
¿Alguien más que no sea un capullo integral se une al photocall? ¡Esta oportunidad solo sucede una vez al año!

Leo 10:25 L
De hecho, creo que eso venía como requisito en mi contrato.

E **Elisa** 10:26
Genial, aunque tendremos que apretarnos un poco en la foto.

Leo 10:26 L
¡Lo que haga falta!

Jessica Álvarez te ha enviado un mensaje privado.

J **Jessica** 10:26
Estoy. FLIPANDO.

Leo 10:26 L
😂 ¡Justo iba a escribirte!

Leo 10:27 L
¿Estas dos se han reconciliado de pronto o qué diablos ha ocurrido?

J **Jessica** 10:27
Pues eso parece, pero acabo de quedarme con el culo torcido, si te soy sincera.

Jessica 10:27
¿Será el espíritu navideño?

Jessica 10:27
Bueno, prefiero no preguntar de momento.

Leo 10:28
Seguro que nos acabamos enterando antes o después.

Jessica 10:29
Eso es. ¡Equipo de investigación en formación!

Jessica 10:29
Y Fer sigue en sus trece, por lo que veo.

Leo 10:29
Sí, eso parece.

Leo 10:31
¿Te puedes creer que, aunque sé que no debería, me sigo sintiendo un poco culpable de haber causado esta situación?

Jessica 10:31
Mira, Leo.

Jessica 10:31
Yo soy de las personas que piensan que no todo el mundo es igual, que hay que tener paciencia con la forma en la que cada uno procesa o le afectan las cosas…

Jessica 10:31
Pero es que Fer ha demostrado ser un auténtico gilipollas, sinceramente.

Jessica 10:31
Te lo dijimos en la cafetería y te lo repetiré las veces que haga falta.

Jessica 10:31
No debes sentirte culpable. Anda y que se vaya a la mierda.

Leo 10:32
Gracias, Jess, por repetírmelo cuando se me olvida.

Jessica 10:33
Pues claro que sí. Nos puede pasar a cualquiera.

Jessica 10:33
Bueno, voy a ver si curro un poco, que tengo que dejar algunas cosas cerradas hoy sí o sí. ¡Qué ganas de vacaciones!

Jessica 10:33
Muaks.

—Leo, ¡ya están aquí!

La voz nerviosa de Noemí, que ha aparecido a mi lado como si acabase de florecer del suelo, hace desaparecer de inmediato el amargor que me deja en el cuerpo la conversación sobre Fer. Levanto un brazo y le sonrío.

—Hola, Noemí. ¿Quién dices que está aquí?

—Los pósters promocionales de Emma. Acaban de llevarlos al almacén. Necesito que revises que estén bien impresos, por favor, y los envíes a su dirección personal antes de la hora de comer. Oh, y que no se te olvide incluir algún tipo de tarjetita escrita a mano felicitándola por la publicación. Esas chorradas les encantan a los autores. Acabo de hablar con el… —susurra, muy indignada— imbécil de su editor y dice que es imprescindible que los tenga cuanto antes porque la han invitado a la fiesta.

—¿Cómo? —pregunto, y al darme cuenta de que estoy hablando con Noemí, intento contener la emoción. Lo que no puedo evitar es que mis mejillas se hayan encendido por sí solas—. ¿Emma va a venir esta noche?

—Es la invitada especial de este año, sí. Ups —dice llevándose la mano a la boca como si no pudiera importarle menos—, ¡yo no te lo he contado!

—¿Dónde está el almacén?

—En la primera planta —indica mientras revisa nerviosa su teléfono y responde a un mensaje. Después me dirige brevemente una mirada—. Pídele a Roberto que te acompañe. Lo más probable es que no te hayan habilitado el acceso y yo necesito fumarme un pitillo lo que viene siendo ya. Pero ya de ya.

Cuando Noemí se marcha a paso acelerado, yo me levanto y camino tranquilamente hasta el escritorio de Robert, que está colgando el teléfono en ese momento.

—Noemí me ha pedido que me acompañes al almacén. —Hago una pausa en la que nuestras miradas se entrelazan y él esboza una sonrisa—. Por lo visto, no tengo acceso, ¿sabes?

Bajamos en el ascensor completamente en silencio. Frente a nosotros, en la parte superior de las puertas, las luces de una pequeña cámara de vigilancia emiten un suave resplandor rojo. Han pasado tres días en los que, entre unas cosas y otras, no hemos podido vernos fuera del trabajo. Pero hoy es viernes, es el último día antes de que empiecen las vacaciones y yo no puedo estar más nervioso porque esta noche voy a conocer a una de mis autoras favoritas que, de forma involuntaria, ha hecho que Robert y yo hayamos vuelto a coincidir en el tiempo.

«Las cosas, al parecer, se van ordenando por sí solas».

El almacén es inexplicablemente pequeño y estrecho. Una habitación en forma de «L» llena de estanterías con cajas por todas partes, sobres de papel de la editorial, archivadores antiguos y otros objetos amontonados con una capa de polvo no apta para alérgicos. La puerta de metal se cierra con un chasquido y los dos encontramos varios tubos de cartón enlazados con precinto no muy lejos de la entrada. Los recubren unas etiquetas grandes donde puede leerse: «A la atención de Roberto Real: Promoción Emma B. Linderman».

—¿Te puedes creer que Linderman va a venir a la fiesta? Tenía ganas de que llegara esta noche, pero ahora estoy realmente emocionado. —Al ver que no contesta, le pregunto en un intento de tono seductor—: ¿Ya has pensado qué vas a ponerte?

—Yo no voy a ir.

Eso me hace reír, pero cuando compruebo que su expresión se mantiene sólida como una roca,

ladeo la cabeza, un poco confundido.

—¿Lo dices en serio?

Robert suspira y mira hacia el suelo.

—Robert, ey, ¿qué pasa? —digo mientras compruebo si hay alguna cámara en la habitación. Había una fuera, pero aquí dentro parece que no; o, al menos, no a simple vista. Le agarro la mano, que está tan fría como si acabase de sacarla por la ventana. Le ocurre cada vez que está nervioso.

—Pasa que no me apetece ir, Leo. —Y en cuanto se da cuenta de que ha usado un tono brusco, se disculpa y lo suaviza. Sabe que no soporto que me alce la voz—. Nunca asisto a ningún evento que no sea obligatorio, y menos este año.

—Pero ¿por qué? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada —responde, soltando un suspiro—. Que me he divorciado hace unos meses y, la verdad, no me gusta que hablen de mi vida privada. Ya sabes que es algo que en esta empresa está a la orden del día.

Entonces me viene a la cabeza un momento muy concreto: cuando Robert salió a presentar nuestra estrategia el día del comité literario y varios murmullos surgieron a mi alrededor como las llamas de un fuego extendiéndose. También recuerdo a Noemí tratando de sofocarlos.

—Lo entiendo —digo, aun sabiendo que no va a cambiar de opinión.

—¿Te has enfadado? —pregunta él, entrelazando sus dedos con los míos.

Agito la cabeza.

—No, no me he enfadado. Quiero decir, me hacía ilusión porque… bueno, era la última vez que íbamos a vernos hasta después de las vacaciones. Pero no pasa nada.

Entonces Robert pone su mano en mi barbilla, la alza y me besa suavemente en los labios. Aún le saben a café recién hecho. Después de unos segundos, continúa besando mis mejillas y después se lanza a por mi cuello. Sin embargo, le pongo las manos en el pecho y le empujo suavemente hacia atrás.

—No pienso salir de este cuarto con una erección del tamaño de la torre Eiffel, Roberto Real.

Él sonríe, pícaro y sabiendo exactamente lo que está haciendo.

«Este no es un buen lugar para vuestro primer polvo, y lo sabes, Leo».

—Tenía pensado salir mañana temprano hacia Barcelona. —Hace una pausa—. Pero puedes venirte a dormir a mi casa, si te apetece. Seguro que a Óscar le encantará la idea.

—Por supuesto. En realidad, sabes que si acepto es por Óscar, ¿verdad?

Los dos nos reímos y él se separa de mí para arreglarse un poco la camisa.

Pensándolo en frío, en realidad todo sigue igual que antes: voy a ir a la fiesta, lo pasaré bien con las chicas, ahora que parece que las aguas están más calmadas, y la noche terminará conmigo conociendo a la mismísima Emma B. Linderman. Será una velada para recordar, casi como el fin de una etapa. Quizá, por este mismo motivo, no puedo evitar sentir una pulsión mientras abandonamos el almacén, egoísta y caprichosa, a la que le gustaría que Robert compartiese ese

momento (que no va a volver a repetirse) conmigo.

Capítulo 26

Has recibido 4 mensajes de WhatsApp.

Jess (20:10)
Leo.

Jess (20:10)
¿Tú llegando tarde?

Jess (20:12)
Hay demasiada gente en la entrada y los de seguridad nos están haciendo pasar para despejar la zona. Te esperamos dentro tomando un poquito de lambrusco, ¿de acuerdo?

Número desconocido (20:46)
Hola, Leo, soy Violeta. A Jessica se le ha caído el teléfono a la taza del váter y hasta el momento no hemos conseguido reanimarlo. Estamos junto a la barra, al lado de la mesa del DJ.

Has agregado un nuevo contacto a tu teléfono: Violeta (Scorpion).

Leo (20:50)
¡Violeta! Lo siento, pero había un tráfico terrible para venir en taxi.

Leo (20:50)
¿Me puedes enviar una foto? Este sitio es enorme.

Violeta (20:52)
¡Ya era hora, majo!

Violeta (20:52)
Claro, espera un segundo.

Violeta te ha enviado una imagen.

Leo (20:53)
Genial, gracias.

Leo (20:53)
¡Creo que os veo!

Violeta (20:54)
Ábrete paso como puedas, esto está abarrotado.

Todo en este lugar, desde la tapizada escalera central hasta los pasamanos recubiertos con detalles dorados o el intenso color vino que adorna las paredes, consigue trasladarme al salón de un antiguo palacio zarista. Aunque, a diferencia de unos siglos atrás, en un extremo de la habitación han levantado un escenario iluminado con colores eléctricos y lo que parece la pista de baile, rodeada por mesas altas donde los invitados toman distintos canapés. La sala está coronada por varias lámparas de araña que resplandecen sobre nuestras cabezas.

«Vaya, parece que esta gente se lo ha tomado en serio».

Todo el mundo va perfectamente arreglado: trajes ajustados, vestidos con vuelo, monos de distintos colores y patrones, joyería, camisas de diferentes anchuras… Alguno incluso se ha plantado aquí con un esmoquin. Por supuesto, las copas llenas de líquidos brillantes son un complemento más.

Cuando termino de descender los peldaños, identifico la cabina del DJ, el cual está pinchando una canción un poco aburrida. Localizo a las chicas justo al lado y a Jess tratando de hablar con él, quien asiente repetidas veces mientras manipula la mesa de mezclas. Al momento, la melodía cambia y la voz de Whitney Houston provoca varios gritos de euforia entre los invitados.

Oh, I wanna dance with somebody,
I wanna feel the heat with somebody.

Y antes de que me dé tiempo a continuar avanzando, una figura se cruza en mi camino y hace que frene en seco.

Yeah, I wanna dance with somebody,
With somebody who loves me.[5]

—¡Bonita americana! —saluda, alzando la voz para que pueda escucharle bien entre todo el jaleo.

El cumplido me pilla por sorpresa. Frente a mí, Fer sostiene una copa de vino tinto, de la que bebe un sorbo. Se ha decantado por un traje oscuro (no muy diferente al que suele llevar cada día) que se ajusta a su cuerpo atlético y, como de costumbre, le hace parecer uno de los potenciales altos cargos de la empresa.

—Vas muy elegante, Fer —contesto con cortesía.

—Gracias. Aunque tú deslumbras mucho más, como era de esperar… —Me examina con detenimiento, deslizando su mano con delicadeza por la manga de mi chaqueta. Cuando llega a mi muñeca despega los dedos enseguida, como si el tejido le asestase un fuerte calambre—. Aunque no sabía que las lentejuelas se hubieran vuelto a poner de moda.

Apenas me da tiempo a saborear su sarcasmo, pues él saca su teléfono del bolsillo y me pide inmortalizar el momento con una selfi. A nuestro alrededor, todo el mundo está compartiendo el suyo con el hashtag #FiestaScorpionNavidad. Los flashes salpican decenas de rostros tempranamente anestesiados por la música y el alcohol. Pensaba que las fiestas de empresa serían un poco más serias, con los empleados comiendo delicadamente de sus platos y charlando a un volumen moderado sobre lo bien que marcha el negocio. Pero me equivocaba de medio a medio; aquí cada uno va a lo suyo y nadie parece estar demasiado preocupado por guardar las formas.

Echo un vistazo a las chicas, que bailan distraídas a varios metros de nosotros. Jess se ha dado

cuenta de la situación y me observa desde la distancia. Llegado el momento, me hace una pequeña señal con la mano que interpreto como un «¿Voy para allá?». Yo niego con la cabeza para tranquilizarla. Ella asiente y da un trago a su copa.

Fer me rodea los hombros con fuerza y encuadra nuestros rostros en la pantalla. Desde mi posición, un olor fuerte me atiza en la nariz, acompañado del sudor que emana de su cuello, y tengo la sensación de que el momento previo a hacer la foto se extiende demasiado.

Clic.

Los dos observamos la imagen durante unos segundos. La verdad es que, acostumbrado a resultar tan transparente ante los demás, he sabido ocultar con creces la incomodidad del momento. No quiero que Fer me toque, no después de lo que sucedió en las escaleras de la oficina. Sin embargo, esta tiene que ser una noche divertida y prefiero evitar una escena. Él se aparta y esboza una sonrisa mecánica y blanquísima.

—Gracias.

—No tienes por qué darlas.

—Claro que sí, hombre. —Hace una pausa en la que se termina la copa de un trago—. Con la gente como tú hay que andarse con pies de plomo, Leo, no vaya a ser que algo te siente mal de repente y te escapes como un cordero asustado.

Su comentario me hace apartarme de él bruscamente.

—¿Qué se supone que quieres decir con eso? —pregunto, intentando mantener la calma.

—No quiero decir nada, Leo, ¡traaanqui! —dice arrastrando un poco las sílabas.

—Fer, deja de hablarme de esa forma.

Mi respuesta le pilla por sorpresa, pero, lejos de hacer que se marche, su expresión corporal cambia, al igual que el color verde de sus ojos, que parecen tomar un matiz brillante y consiguen intimidarme un poco. Es como si un animal salvaje emanara del interior de su cuerpo y estuviera a punto de enzarzarse conmigo.

—Y parecía que no habías roto un plato en tu vida… Se rumorea por ahí que tu jefe está muy contento contigo, ¿verdad? —dice, y me lanza una sonrisa perversa. Luego se inclina ligeramente hacia mí y añade—: ¿Le has contado ya a su exmujer que te lo follas al salir del trabajo?

Mis piernas se paralizan como si hubiera recibido una descarga eléctrica, pero en ese momento una mano aterriza suavemente sobre mi hombro. Consigo volver la cabeza y veo cómo Jessica, Elisa y Violeta se han acercado hasta donde estamos.

—¡Cuánto tiempo, Fer! Veo que nos estás secuestrando un poco a Leo, pero es que resulta que había quedado con nosotras, ¿sabes? —Jessica pone su otra mano a la altura de la cadera, la mar de relajada—. De hecho, creía que te habíamos escrito… Aunque quizá se te haya olvidado contestarnos.

—Es Fer —interviene Elisa—, seguro que tenía muchas cosas importantes que hacer. ¿No es así?

Me doy cuenta de que mi corazón late a un ritmo más acelerado de lo normal y esa parte de mí, la que siempre trata de evitar cualquier conflicto, está deseando que esta situación acabe lo antes posible.

—Bueno, campeón, ¿querías algo? —pregunta Violeta.

Fer me mira a los ojos y puedo ver cómo los suyos centellean, invadidos por una amarga rabia que parece tragarse antes de recobrar la compostura. Me arrepiento tanto de haber confiado en él… El simple recuerdo de los dos solos la noche del cumpleaños de Violeta me provoca náuseas.

—En absoluto —suelta con desprecio—, no se me ha perdido nada por aquí. —Guarda el teléfono y deja la copa de vino en una de las mesas, junto a otros vasos vacíos que, apostaría, son suyos—. Feliz Navidad, Leo.

Entonces da media vuelta y se dirige hacia las escaleras, como una sombra escapando de las luces de neón. Las chicas me rodean enseguida, protectoras, pero yo me aseguro de hacer como que tengo la situación controlada. No quiero que nada me arruine esta noche, y menos un gilipollas como Fernando.

—¿Seguro que estás bien? —preguntan las tres al mismo tiempo.

—Sí. Un poco mejor que el móvil de Jess… —bromeo, tratando de romper el hielo que parecía haberme invadido hace unos segundos.

Jessica se ríe y me da una suave colleja.

—¡Capullo!

—Mira que te dije que te lo podía sujetar mientras meabas —le dice Elisa—, pero eres igual de cabezota que una que yo me sé.

Violeta hace una mueca ante el comentario de Elisa, como si estuviera muy ofendida, y después le saca la lengua en un gesto que encuentro realmente tierno.

—Gracias, chicas —les digo, y les dedico la mejor de mis sonrisas—. Si algún día me hago famoso y tengo que contratar escoltas, por favor, presentaos al puesto.

—No ha sido nada —responde Violeta—. Aunque la próxima vez que veamos cerca a ese capullo, ganas no me van a faltar de darle en la cabeza con lo primero que tenga a mano para solucionarlo de una vez por todas.

Las chicas y yo conseguimos unas copas y ellas sugieren que tomemos un poco el aire antes de que dé comienzo el discurso de Úrsula. El frío de diciembre nos abraza con fuerza al salir al exterior, pero las vistas merecen la pena. Estamos en un pequeño balcón, apoyados en una preciosa balaustrada de piedra blanca, desde donde contemplamos un hermoso jardín privado formado por árboles, arbustos que parecen recién cortados y una fuente central que en esos momentos está apagada.

—Violeta —pregunta Elisa—, ¿tú no estabas dejando de fumar?

—Al final lo he dejado para los propósitos del año que viene —contesta, soltando el humo y guiñándole un ojo—. En este he dejado al imbécil de mi ex. Cuenta por dos, ¿no?

Aprovecho el momento para revisar mi teléfono.

No tienes ninguna notificación nueva.

«Ya sabías que no iba a venir, Leo. Disfruta de esta noche».

—Se está haciendo de rogar, ¿eh?

—¿Cómo dices? —le pregunto a Violeta de repente, que por un momento temo que me haya leído el pensamiento.

—Se refiere a Úrsula —añade Jessica, mirándome de reojo mientras se ajusta el escote de su increíble vestido dorado—. Y al invitado especial de este año, claro. ¿Os acordáis del último? —Ríe—. Bueno, vosotras dos por supuesto que os acordáis…

—Uf, y que lo digas… —contesta Violeta, que aprovecha para subirse un poco las mangas de su jersey de cachemira—. Aquel tío tan raro que nos hizo su «infalible» número mágico.

—¿Un número mágico? —pregunto con curiosidad.

—Es un autor sueco que se ha hecho de oro publicando libros de magia para críos. Trató de implantarnos amnesia en directo, intentó borrar de nuestras cabezas una idea o un pensamiento del cual nos quisiéramos deshacer para siempre. Al final le seguimos un poco el juego al muchacho para que no quedase en ridículo, pero la verdad es que fue un momento incomodísimo. Verdad, ¿Eli?

Elisa arquea los labios hacia arriba y acaricia su collar de cristales, aferrándose a él como si fuera un rosario de Swarovski.

—Sí —asiente en un tono suave—, fue una auténtica estupidez que lo intentase.

Estoy a punto de preguntarle a Elisa más sobre esta historia, pero, justo en ese momento, el sonido amortiguado de la música de dentro de la sala se silencia y da paso a la reconocible voz de Úrsula.

—Probando. Un, dos… ¿Se escucha?

Eli recoge su copa, que había apoyado sobre la piedra blanca, y, después de vaciarla de un trago, se adelanta a nosotros. Violeta la sigue y Jess, discretamente, me toma de la muñeca para detenerme mientras vemos a nuestras amigas entrar en el edificio.

—Leo, llámame pesada si quieres, pero solo quiero comprobar que estás bien.

—No eres una pesada, Jess —le digo, acariciando y apretando suavemente el dorso de su mano—. Gracias por preocuparte. Pero estoy bien, te lo prometo.

Ella sonríe, satisfecha, y tarda un segundo en preguntarme una última cosa que yo mismo parezco sentir cómo ronda por su cabeza.

—¿Qué quería Fer, Leo? Pensaba que ya no hablabas con él.

Me tomo un momento en contestar. Pienso que quizá podría ser sincero con ella y contárselo todo. Podría contarle mi historia con Robert y cómo, de manera equivocada, confié en Fer en un momento de debilidad porque aquello estaba torturándome por dentro. Sin embargo, y aunque sé

que Jessica no es Fernando, recuerdo cómo Robert y yo prometimos no contarle nada a nadie. Al menos, por ahora. No sabemos si la empresa podría tomar medidas contra nosotros, y los dos ya hemos pasado por suficientes preocupaciones este año como para sumar una más.

Trago saliva.

«No, no puedo arriesgarme otra vez».

—Nada —afirmo—. Solo era Fer… siendo Fer.

Jessica asiente y, aunque no sé si me cree, hace un gesto con la cabeza para que los dos entremos en el salón. Atravesamos las puertas y buscamos a las chicas entre la multitud, preparándonos para escuchar el discurso. Todo el mundo parece emocionado. Pero yo lo único que siento en estos momentos es cierta culpa recorriendo cada parte de mi cuerpo.

Capítulo 27

Ver a Úrsula hablar sobre el escenario resulta un poco extraño, sobre todo teniendo en cuenta que gran parte de la plantilla a la que se dirige ha estado arrasando la barra de cócteles durante la última hora. Sin embargo, es cierto que una casi absoluta mayoría sabe mantener la compostura durante los quince minutos que dura su discurso, agradeciéndonos nuestra dedicación y profesionalidad. Algunos no consiguen evitar reír, pero lo hacen por lo bajini. Otros, concretamente un grupo de tres hombres junto a los que nos encontramos, prefieren comentar cómo la directora editorial de Scorpion parece haber ganado algo de peso en los últimos meses.

—Debe de ser terrible no soportar la idea de escuchar a una mujer exitosa hablando en público —apunta Jessica, lo suficientemente alto como para que la escuchen.

—Y que lo digas —añade Violeta, mirándolos de reojo.

—Eso —remata Elisa—, y que no tengas nada que merezca la pena decir a través de un micrófono.

Los tres desconocidos acaban dándose por aludidos y se callan. Varias miradas más se han posado sobre ellos y, cuando ven que están rodeados por malas caras, deciden apartarse hasta desaparecer entre la multitud, soltando unos gruñidos indistinguibles. A continuación, Úrsula desvela el nombre del invitado especial.

—Este año, invitada —especifica.

Algo dentro de mí se encoge un poco al oírle decir su nombre. Siento un pequeño pinchazo en el estómago cuando Linderman sube al escenario acompañada de una calurosa ronda de aplausos y algunos flashes capturando el momento de las dos besándose en las mejillas. Las chicas me miran, dan pequeños gritos de emoción y me empujan para hacerme reír. Emma, con una sonrisa perfecta, toma el micrófono y se acerca hasta el borde del escenario.

—Muchísimas gracias por tus palabras, Úrsula. Estoy muy contenta de estar aquí esta noche con todo el equipo de Scorpion. Para mí es un gran honor poder contar historias gracias a esta editorial, que me ha acompañado desde que era niña, con la que he crecido y que ahora acoge mis relatos con los brazos abiertos. Este año, además, será muy especial porque publico mi segunda novela, *El tiempo que nos separó*, y…

Dios mío, es tal cual se muestra en sus entrevistas por televisión. Parece sacada de una película de fantasía, con su cabellera teñida del color del algodón de azúcar y un sencillo vestido

verde menta. Con la voz melosa y algo encogida, Emma parece realmente emocionada de estar aquí.

—Esta novela habla de la importancia que tuvo, tiene y seguirá teniendo el amor en las personas a pesar del paso del tiempo. Pero también… —carraspea—, y esto es algo en lo que he estado reflexionando a lo largo de su escritura, quería hablar de que el momento es determinante. El momento no es un detalle; lo es todo, en realidad. —En ese instante, y sin darnos cuenta de ello, quedamos capturados por sus palabras, que, a riesgo de poder rozar el sentimentalismo fácil, ella pronuncia con determinación, como si estuviese compartiendo con nosotros algo en lo que cree ciegamente. Digamos que es lo más cercano que estaré jamás de ir a una misa, porque siento cómo, poco a poco, su voz parece elevarme a otro nivel—. El amor es igual que una flor en un jardín olvidado, y a veces germina en el momento menos perfecto, a pesar de que ambas personas pudiesen compartir el futuro más brillante.

Mientras Emma continúa hablando, Úrsula, que hasta entonces se ha mantenido a su lado como si fuese la presentadora de una gala de premios, agacha la mirada y su expresión tan radiante se tambalea. Es un instante fugaz, y no sé si alguien más a mi alrededor se ha fijado, pero es suficiente como para que yo me percate. Su mirada se queda estancada en la primera fila de invitados, a la altura de Noemí, que sonríe aferrada a una copa de champán.

—Ven conmigo, tienes que conocerla.

—¿Lo dices en serio?

—¿Cómo que si lo digo en serio? ¡Pues claro que sí, hombre! Hace más de dos meses que trabajas para que su libro esté en el número uno de las listas de ventas, te aseguro que querrá saber quién eres. Además, ya has visto que es un auténtico encanto.

Y antes de que me dé siquiera tiempo a despedirme de las chicas, Noemí me agarra del brazo y me lleva junto a Linderman. Ella está charlando tranquilamente con Úrsula, quien parece haberse convertido en su particular guardaespaldas de la noche, y, a cada paso que nos acercamos, tengo la sensación de que estoy a punto de desmayarme.

—Buenas noches, Emma. ¿Qué tal estás?

—Noemí —dice ella, sorprendida—, ¡qué alegría verte!

—Lo mismo digo, querida. Ha sido una maravilla escucharte hablar en el escenario. ¡Qué manejo de la oratoria, Dios santo!

—Oh, muchas gracias. —Se vuelve hacia mí, con las mejillas encendidas, y me dirige una sonrisa amable—. A ti creo que no te conozco, ¿cómo te llamas?

—Yo… yo soy… Eh… —Trago saliva—. Leo. Es… es un placer.

Noemí niega con la cabeza y me da una palmadita en la espalda.

—Lo que intenta decir Leo es que es un gran admirador de tu trabajo.

Linderman me observa con curiosidad y termina por extender su mano, con una gran sonrisa

en la cara.

—¡Encantada, Leo! Yo soy Emma.

Creo que a mi coordinadora le resulta muy divertido ver lo nervioso que estoy cuando Linderman me estrecha la mano. Es cierto que esta chica irradia una dulzura natural por los cuatro costados, pero yo qué sé… Podría no haber sido así y haberme llevado una decepción tremenda. Al fin y al cabo, y por mucho que no queramos hacerlo, es muy fácil poner en un pedestal a algunas personas; admirarlas porque nos comprenden, porque nos vemos reflejados en ellas o en su trabajo. Eso es algo que aprendí durante el tiempo que estuve con Bruno: son nuestras partes más oscuras las que nos encargamos de no dejar a simple vista.

—Se incorporó hace unos meses a mi equipo. Ha estado trabajando duro en la campaña de promoción de la novela, y como aún no le conocías…

—No pretendo sonar poco profesional —me anticipo, a pesar de haber tartamudeado hace tan solo unos segundos—, pero… me ha gustado mucho tu novela. Los personajes son fantásticos, aunque le he cogido especial cariño a Lauren y a su… forma de entender el amor. Sobre todo, al final de la historia.

Emma se lleva la mano al pecho y me mira cautivada. Úrsula y Noemí permanecen atentas a la conversación, como si fuesen dos madres observando a sus hijos, que han decidido aislarse en una pequeña burbuja que solo ellos entienden.

—Ay, eres un trozo de pan, Leo. De verdad, me alegra mucho saber que te ha gustado conocer a Lauren, porque ella para mí es… bueno, es como todas esas personas que siguen teniendo esperanza, aunque apenas les queden motivos para ello. —Sonríe—. Espero que podamos celebrar cosas así muchos años más.

—Yo también lo espero, Emma —añade Noemí, y entonces me mira con una sonrisa que parece esconder algo más—. Porque en principio Leo iba a quedarse con nosotros hasta el mes que viene, pero… Leo, ¿qué te parecería unirte a Scorpion de manera indefinida?

Me quedo callado. Uno, dos y tres segundos.

«Leo, tranquilo, recuerda que a veces no escuchas bien lo que te están diciendo. Eso es. No has escuchado lo que has escuchado, pregunta otra vez».

—¿Cómo? —consigo soltar, con la boca hecha un desierto.

—Lo que has oído. He de admitir que soy bastante exigente con todo aquel que aterriza en mi equipo, pero también sería injusto decir que no estoy sorprendida con la dedicación que has puesto en este proyecto desde que entraste a trabajar con nosotros. Recursos Humanos ha dado el visto bueno y, además, creo que Roberto y tú habéis sabido formar un buen equipo.

—¿Alguien ha dicho mi nombre?

De pronto, Robert aparece junto a nosotros.

Tengo que contener una exclamación. Y también las ganas de tocarle, que son grandes y crueles. Está tan guapo como siempre, con un traje verde oliva y una corbata que contrasta con su radiante mirada. Sin embargo, verlo aquí y no poder abrazarlo hace que se me acelere el

corazón y que las luces que nos rodean me hagan creer que se trata de un sueño. Intento resistirme, pero me es imposible contener una sonrisa.

—Pero bueno, Roberto Real —dice Úrsula—, ya pensaba que no nos honraría hoy con su presencia.

—Siento haberme perdido tu discurso, Úrsula. Entre el tráfico y que sigo sin dar con la forma de ponerme una corbata a la primera, se me ha echado el tiempo encima. —Se vuelve un poco y su mirada se posa en mí—. Bueno, ¿qué estamos celebrando?

—Que si el señor Walden está de acuerdo —continúa Noemí—, a partir de enero tendrá compañero de equipo hasta que uno de los dos se acabe cansando del otro.

Robert asiente y se limita a pasarme uno de los vasos que lleva en la mano. Sus labios se arquean con discreción mientras nuestros dedos se rozan durante un eterno segundo. Respiro, haciendo un gran esfuerzo.

«Esto… ¿esto está pasando de verdad?».

—¿Y tú qué opinas, Leo?

—Sobra decir —empieza Noemí, haciendo un gesto con la mano— que no tienes por qué tomar una decisión en este mismo momento. No queremos presionarte y que luego te arrep…

—No —la interrumpo de golpe, al borde de las lágrimas—. Noemí, lo tengo claro. Quiero quedarme aquí. Quiero quedarme con vosotros.

Y mientras los demás me sonríen y empiezan a aplaudirme como a cámara lenta, por primera vez en mucho tiempo sé que no tengo que pensar nada una y otra vez.

No dudo, no hace falta que lo haga.

Todo tiene sentido: este es mi lugar.

Robert y yo podemos escuchar el murmullo de la música que proviene del palacete donde se celebra la fiesta de Scorpion, a la que aún le falta una hora más para terminar. Jess ha intentado retenerme después de haberme obligado a bailar la «Macarena», pero al final nos hemos despedido con un fuerte abrazo y le he deseado un buen viaje a Galicia, donde pasará las próximas semanas junto con su padre. He tratado de hacer lo mismo con Violeta y Elisa, pero no ha habido forma de dar con ellas.

—Es como si se hubiesen evaporado al mismo tiempo.

—Bueno, recuerdo que la última vez que las dejé solas acabaron…

Y Jessica no ha llegado a terminar la frase. Yo he tardado un poco más en juntar las piezas y, mientras tanto, mi amiga ha dejado su copa a un lado y se ha puesto a agitar los brazos al ritmo de Beyoncé como si fuese una de sus bailarinas.

Al llegar al ropero, me he topado casualmente con Robert. Allí, tras recoger nuestros respectivos abrigos, hemos intercambiado algunas palabras (casuales también, por supuesto) sobre lo terribles que sabían los canapés que han servido en el catering, y después hemos

abandonado el edificio.

Fuera la noche está tranquila, aunque huele a humedad. Va a llover dentro de poco. Nos apresuramos a alcanzar el aparcamiento subterráneo que especificaba la invitación, donde nuestros pasos sincronizados resuenan contra las frías paredes. El sitio es lúgubre y no está bien iluminado; algunas luces del techo parpadean con un sonido eléctrico y dejan zonas ensombrecidas al lado de los vehículos aparcados. Podría haber una persona escondida allí mismo y sería imposible distinguirla. Al final, Robert apunta con un mando hacia un MINI Cooper de color rojo y nos montamos rápidamente en él.

Es justo entonces cuando se hace el silencio a nuestro alrededor. Él enciende el motor para romperlo, pero no acelera. La radio se pone en marcha y, antes de que consiga abrocharme el cinturón, me doy cuenta de que me está observando sin decir nada.

—Uy, perdona, que me he sentado aquí directamente. —Termino de ponerme el cinturón, pero él sigue callado. Parpadeo varias veces, confundido—. ¿Prefieres que use el asiento trasero?

Él suelta una pequeña risa y susurra:

—No, solo te estaba admirando.

—¿Admirándome? Ese es un verbo curioso para utilizar conmigo.

—¿Por qué dices eso?

Trago saliva, nervioso.

—Pues… porque se admiran las obras de arte, no a las personas.

—Quizá tú seas una obra de arte en sí misma. ¿Te has parado a pensarlo, Leo?

—Estás de coña. —Río, intentando minimizar sus palabras, pero veo que él no se ríe al comprobar que no me creo para nada su cumplido; es más, parece un poco ofendido—. Perdón, no estoy acostumbrado a esto —añado, bajando la cabeza.

—¿A qué no estás acostumbrado?

—A que me digan cosas así, supongo. Lo siento, acabo de arruinar el momento.

—Deja de disculparte por todo, pelirrojo.

Silencio. Robert me acaricia la mejilla, que noto que me arde como si fuera una galaxia encendida. Él se inclina hacia mí y comienza a besarme. Yo, sorprendido (y no sorprendido al mismo tiempo), le sigo el ritmo mientras sus manos me sujetan la nuca con firmeza. Después noto sus labios, suaves, por todo mi cuello, y cómo baja la mano izquierda para recorrerme el pecho con ella. Y baja un poco más, hasta alcanzar mi abdomen. Siento un calor asfixiante en el estómago, y entonces…

—Ay, ay, ay…

—¡Leo! —dice, agitado—. ¿Qué ocurre?

—Te has enganchado con las lentejuelas, joder.

Robert comprueba que el puño de su camisa está tirando de mi brillante americana y entonces los dos nos echamos a reír mientras le ayudo a liberarse. La radio suelta un ruido de estática hasta que, de pronto, la cantante de Pink Tokyo comienza a entonar una melodía que reconozco

al instante:

You are all over my head, and you know it,
birds in the sky seem to be lost again,
I breathe while you call my name,
It’s something we both do, all the time

—Oye, ¿esta canción no es…?
—Sí —me apresuro a afirmar.

I miss you already,
I miss you already,
You’ve just gone,
But I miss you already.[6]

—¿Te la sabes? —pregunta en voz baja, sin dejar de mirarme a los ojos.
—Eh… sí, claro. Es una de mis canciones favoritas.
Tengo una corazonada sobre lo que va a decir a continuación, pero no me adelanto. Espero paciente, mientras su mirada parece perderse en la mía.
—Yo solo me acuerdo de la melodía. Desde el verano. Cuando suena en un bar, cuando cojo el coche o estoy solo en casa, y me encuentro de pronto tarareándola… Es como si, hasta este momento, cada nota musical me hubiese dejado volver a verte en mi cabeza.
La canción alcanza el estribillo y, con él, el magnífico solo de guitarra que consigue ponerme los pelos de punta.
—Pero ahora ya no me hace falta —añade—. Porque estás aquí, conmigo.

Capítulo 28

24 de diciembre

De: leo.walden@gmail.com
Para: robert.real@gmail.com
Asunto: Feliz Navidad

Ey:
Soy consciente de que quizá este sea un momento un poco extraño para empezar con nuestra correspondencia extraoficial, pero también estoy seguro de que es el momento perfecto. Si no recuerdo mal, me dijiste que te escribiese cuando lo necesitara, ¿no es así?

Fíjate. Justo dentro de unos minutos ya será Navidad, así que aprovecho para felicitarte antes que nadie. No sé cómo celebrarás la Nochebuena con tu familia, pero aquí ya hemos apagado las luces para irnos a dormir, aunque yo no consiga pegar ojo porque hoy me he despertado bastante tarde. Me he pasado el día entero leyendo Asesinato en el Orient Express y tenías toda la razón, ¡Agatha Christie es la caña! Aunque me da la sensación de que hasta que no lea el final no voy a dar con el asesino, porque creo que todos tienen motivos suficientes para ser culpables…

Mi madre y yo hemos preparado una cena «especial» con varios postres que está probando para ver cuál decide incluir en el menú de la cafetería. La verdad es que no ha estado nada mal, y hemos aprovechado para celebrar mi nuevo contrato de trabajo (¿te puedes creer que se puso a llorar cuando se lo he conté?), pero es la primera vez que pasamos esta época sin mi padre y… bueno, lo hemos notado un poco. Aunque creemos que a todo se acostumbra uno.

Ahora mismo estoy sentado junto a la ventana. Llueve mucho. Tanto, que he bajado el volumen de la música para poder escuchar la tormenta y ver si cojo el sueño de una vez por todas.

Ojalá pudieses estar aquí para abrazarme como la otra noche. Eso lo haría todo un poco más fácil.

Un abrazo,
Leo

26 de diciembre

De: robert.real@gmail.com
Para: leo.walden@gmail.com
Asunto: Un regalo para ti

Bon Nadal, Leo!

Perdona que haya tardado en contestar. Como te comenté, necesitaba desconectar el teléfono unos días y la verdad es que me está sentando estupendamente bien (aunque supongo que, de vez en cuando, no resistiré la tentación de echar un vistazo, sobre todo si me sigues enviando fotos tan adorables de ti recién levantado). Además, esto de los correos electrónicos tiene un punto… romántico, ¿no crees? Y es más ecológico que enviar cartas, como hacían antaño.

He aprovechado estos días para estar con parte de la familia a la que hacía tiempo que no veía y, para serte sincero, no ha estado tan mal como esperaba. Mis padres me siguen preguntando por… bueno, por Marta, pero creía que iban a ser más insistentes con el tema. Creo que están empezando a entender que yo también necesito un tiempo para procesar este cambio, y la verdad es que lo agradezco.

¿Has estado alguna vez en Barcelona? Aparte de cuando coincidimos en Villa Plutón, quiero decir. Siempre dudo sobre si me gusta más que Madrid, pero después llego a la conclusión de que son lugares muy diferentes. Un poco como tú y yo, si te paras a pensarlo.

Por cierto, en mi casa el tió de Nadal se ha acordado de dejarte un detalle que te llevaré cuando regrese. Por si te pilla de nuevas, se trata de una tradición que se celebra aquí en la que se golpea un tronco con un palo mientras le cantamos una canción tradicional y después «caga» regalos para todo el mundo, literalmente. Suena un poco raro de primeras, pero a mis primos pequeños les encanta.

Echo de menos a mi becario favorito.
Robert

P.D.: ¡Yo quiero probar esos postres de tu madre! ¡Espero que traigas alguno a la oficina! Avisaré a Noemí para que lo incluya en las cláusulas de tu nuevo contrato antes de que firmes nada.

28 de diciembre

De: leo.walden@gmail.com
Para: robert.real@gmail.com
Asunto: ¡¿Un tronco que caga regalos?!

Guau. Desde luego, no estaba al tanto de esa tradición. Aunque he estado informándome un poco

en internet, y lo cierto es que el tronco con su gorro y su mantita es a-do-ra-ble. Y si encima me ha traído un regalo, ¡ya me cae más que bien! (No tendrías que haberte molestado, tonto).

Me alegra que estés tomándote todo el tiempo del mundo para desconectar. Yo aquí estoy más ocupado de lo que pensaba, porque estoy aprovechando para echarle una mano a mi señora madre con los muebles de la floristería/cafetería/local estético en el que pasar la mañana bebiendo té y leyendo un libro rodeado de flores. Ah, ¡y por fin se ha decidido a contratar a alguien para que la ayude en la tienda! Se llama Patricia y es una bloguera que le ha descubierto a mi madre el maravilloso mundo de las redes sociales.

Ahora tengo miedo de que me haga aceptarla como amiga y empiece a comentar toooodas mis fotos.

Yo también te echo mucho de menos, aunque más a Óscar.

Un abrazo,
Leo

P.D.: Nadie dice «antaño», Robert. Pareces un abuelo.

30 de diciembre

De: robert.real@gmail.com
Para: leo.walden@gmail.com
Asunto: Óscar te manda saludos

Hola:
Óscar ha conocido la playa y creo que ahora me va a ser difícil explicarle que en Madrid no tenemos una de estas. Creo que quizá me toque quedarme aquí a vivir, al fin y al cabo…

Te mando una foto de este saco de nervios rebozándose en la arena.

Robert

1 de enero

De: leo.walden@gmail.com
Para: robert.real@gmail.com
Asunto: ¡Feliz Año Nuevo!

Por favor, Óscar está PRECIOSO. Espero que los Reyes Magos le traigan muchas cosas este año, porque me da a mí que se porta mejor que su dueño…

Oye, Robert, quería contarte algo que me ocurrió anoche. Con las uvas, mientras intento no atragantarme, yo siempre pido doce deseos para ver si tengo suerte y se cumplen (ya sé que es una chorrada, pero déjame, que a mí me hace ilusión, ¿de acuerdo?). Pero esta vez… no pude hacerlo. No sé por qué, pero mientras sonaban las campanadas lo único que tenía en mi cabeza eras tú, y ya no pude pensar en nada hasta que los presentadores gritaron «¡Feliz Año Nuevo!».

Lo más probable es que esto te parezca una tontería, pero simplemente quería compartirlo contigo.

Un abrazo,
Leo

2 de enero

De: robert.real@gmail.com
Para: leo.walden@gmail.com
Asunto: Feliz año

Feliz año, Leo:
Por favor, deja de pensar que las cosas que sientes o piensas son una tontería. Eso no es así. De hecho, mientras te leía te he imaginado y… bueno, esto sí que es moñas y poco propio de mí, pero me he sonrojado y he deseado poder estar ahí contigo. Además, con esos mofletes que tienes hubiera sido muy divertido verte comer las uvas.

Nos espera un año lleno de aventuras que estoy deseando descubrir contigo, ¿no te parece emocionante?

Robert

Capítulo 29

Cuando llegó el momento de despedirnos, recuerdo que los dos no sabíamos muy bien qué más decir. Pau tenía los ojos tristes, y eso me ponía triste a mí también. Le dije que volveríamos a vernos, y él me preguntó que cómo estaba tan segura de ello.

—Solo sé que ocurrirá.

Aquellas palabras no parecían convencerle. Comenzó a deshacerse poco a poco en lágrimas. Ojalá hubiera podido evitar que algo así de terrible sucediera, pero solo pude sujetarle el rostro con cuidado. Le repetí:

—No te preocupes, Pau. Volveremos a vernos.

Él me preguntó de nuevo cómo estaba tan segura de que algo así llegaría a pasar. Y yo tuve que pensarlo unos segundos. Al final, me di cuenta de que no sabía explicárselo.

—Te quiero.

No recuerdo quién lo dijo primero.

En ese instante, el tiempo se desdobló, igual que nuestros caminos. Fue hace once años. No hemos vuelto a vernos desde entonces.

Y sin embargo… solo sé que ocurrirá.

Extracto de *El tiempo que nos separó,*
Emma B. Linderman

8 de enero

Voy a verle.

Voy a verle.

VOY. A. VERLE.

Quizá tenga que esperar unas horas más (hasta que salgamos de la oficina, concretamente) para abrazarle de nuevo, coger sus manos y ponerlas justo donde yo quiera, besarle hasta que me duelan los labios y que él me diga que soy un pesado. Sinceramente, no sé cómo voy a poder

contener mis ganas de hacer todas esas cosas, pero la simple idea de tenerle una vez más junto a mí hace que el madrugón del martes pese menos que nunca.

Antes de entrar en el edificio Scorpion, contemplo la fachada unos segundos y me río al pensar en lo imponente que siempre me ha resultado. Hoy no es así. Los rayos de sol inciden en los cristales de la estructura y parecen despertarlo mientras llego a la recepción. Allí Celia me felicita el año y me retiene unos minutos para contarme que ha estado en París. Me da un poco de envidia, a decir verdad, ya que me encantaría poder pasar la Navidad en otro lugar distinto al de siempre y sentir que todo el mundo estamos pendientes de un momento en el que deseamos que las cosas sean mejores.

Cuando tomo el ascensor, el trayecto se me hace eterno. Siento un nudo en el estómago cuando llego a la octava planta, las puertas se abren y empiezo a oír el murmullo de mis compañeros como si fuese una canción de fondo. Camino por el pasillo y, al llegar a la pradera, observo que Robert ya está aquí. Bueno, más bien su abrigo, que cuelga junto a su escritorio, donde ya ha encendido el portátil.

«¿Dónde se habrá metido?».

Llego a mi puesto y pongo el ordenador en marcha. Sin embargo, veo que en mi mesa hay un pequeño paquete envuelto en papel de regalo rojo. No es muy grande, tiene forma cuadrada y una nota doblada. Al desplegarla, puede leerse:

No sé si los coleccionas, pero lo encontré por casualidad en un mercadillo y supe que tenía que traértelo.

Sonrío y, con manos temblorosas, rasgo el envoltorio para descubrir un vinilo de siete pulgadas de Pink Tokyo que contiene dos canciones. Una de ellas es «Miss You Already». Siento una sensación agradable recorriéndome el pecho, como si alguien acabara de arroparme en la cama, y de pronto estoy sonriendo como si entre mis manos tuviese el tesoro más valioso del mundo.

—Pero bueeeno… —escucho a mi espalda.

Jessica aparece con su abrigo y la bufanda aún puestos y se lanza a abrazarme con ganas. Los dos damos pequeños botes de alegría sin parecer importarnos un comino que estemos en medio de la oficina y que los que ya han llegado nos miren con desconfianza.

—Feliz año, guapísima.

—Feliz año… —Y pone una mueca extraña en la cara—. Uy, ¿hueles eso?

—¿El qué? —No percibo nada que me llame la atención, y por un momento sufro tratando de recordar si me he echado desodorante.

—Huele a… ¡CHICO CONTRATADO!

Y entonces los dos empezamos a reírnos sin parar mientras algunas personas más pasan por

nuestro lado y cuchichean.

—Oye, ¿qué es eso? ¿Un vinilo?

—Oh —digo, sin saber muy bien dónde meterme—. Sí, bueno, es un… regalo.

—Me encanta Pink Tok… ¡Ay, adoro esta canción! ¡Es preciosa! —Los dos empezamos a tararearla en voz baja y de forma descoordinada. Y justo antes de que me dé tiempo a *fangirlear* con ella sobre esta maravillosa banda, añade—: Debe de tener muy buen gusto quien te lo ha regalado.

Por un instante, mi cerebro se bloquea al contestar y solo me sale un pequeño «sí». Después pasan varios segundos en los que ninguno decimos nada. Jessica me mira con una sonrisa, y por un momento dudo de si sus palabras esconden algo más.

—¿Nos tomamos un café luego y me cuentas?

Yo asiento y me sonrojo. Jessica asiente a su vez y desaparece por el pasillo.

Llamada entrante de Noemí Gómez (coordinadora de Marketing en Ediciones Scorpion).

Has aceptado la llamada.

—¿Noemí?

—Hola, Leo.

—Feliz año, ¿cómo estás?

—…

—¿Noemí? ¿Estás ahí?

—Leo, ¿te importaría subir a mi despacho, por favor?

—¿Ahora?

—Sí, ahora, por favor.

—Claro, no hay problema. Dame dos minutos.

La llamada ha finalizado.

Cuando abro la puerta del despacho de Noemí, recuerdo mi primer día en la oficina y los nervios que me atravesaban porque iba a comenzar algo nuevo, algo emocionante y para lo que creía no estar preparado. Hoy, cuando abro la puerta de su despacho, esos nervios no son los mismos. Pero algo me dice que tampoco estoy listo para lo que va a ocurrir a continuación.

Robert es la prueba que termina por confirmármelo. Porque está allí, dándome la espalda y sentado en el mismo lugar que la última vez, y no se inmuta al oírme llegar. Noemí, de pie y cruzada de brazos, tiene una expresión tan seria en el rostro que parece que haya dormido pocas horas.

«¿Qué demonios pasa aquí?».

—Toma asiento, por favor —dice mi coordinadora en el mismo tono mustio que ha usado durante su llamada hace unos minutos.

Cuando me acomodo en la silla, veo que Robert tiene la mirada completamente perdida.

—Hola —le saludo, pero él no me contesta. Sus ojos están enrojecidos, como si hubiese estado llorando.

Algo va mal. Algo va realmente mal.

—¿Qué ocurre, Noemí? —pregunto mirándola a la cara, porque no aguanto ni un segundo más esta situación tan incómoda.

Toda la energía con la que me he despertado esta mañana parece apoderarse de mí, pero de una forma oscura y retorcida, agarrándose a mis articulaciones para paralizarlas y acelerándome el corazón.

Noemí lanza un suspiro y niega con la cabeza.

—Verás, Leo… Cómo explicarte… —Cuando ninguno habla, hay un silencio tan sepulcral que puedo distinguir perfectamente el tictac del reloj de pulsera de Robert. Deseo con todas mis fuerzas poder cogerle de la mano, porque es más que evidente que vienen malas noticias. Por supuesto, no lo hago. Me quedo muy quieto, tratando de mantener la calma—. No has abierto el correo, ¿verdad?

—Pueees… —respondo, tratando de que no me tiemble la voz—, sí lo he hecho, pero prácticamente no me ha dado tiempo a nada. He aterrizado hace solo unos minutos y tengo una montaña de mails sin revisar. ¿Por qué?

Ella junta las manos como si estuviese a punto de rezar y apoya los labios en la punta de sus dedos.

—Hace un rato he recibido una llamada de Recursos Humanos avisándome de que les había llegado un correo electrónico. A ellos y, lo que es más importante para la conversación que vamos a tener ahora, a toda la empresa. —Noemí teclea en su portátil y da la vuelta al dispositivo —. Prefiero que lo veas tú mismo.

Me acerco a la pantalla, que muestra un mensaje en blanco de un contacto desconocido con el asunto #FiestaScorpionNavidad. Hay un archivo adjunto y, al abrirlo, compruebo que es un vídeo. Lo primero que reconozco en él es el resplandor de mi americana, después el coche rojo y, por último, mi rostro y el de Robert. Nos estamos besando. Nos besamos cada vez con más fuerza y…

«No. No, joder. No puede ser cierto».

Cuando Noemí vuelve a hablar, es como si un disco de vinilo se hubiese quedado enganchado y un ruido, cada vez más potente y molesto, comenzase a arañar cada surco de mi cerebro.

Y entonces escucho algunas palabras difuminadas que me rematan como balas en el pecho.

«Es política de la empresa».

«Lo ha visto todo el mundo. Todo el mundo».

«Lo siento mucho, de verdad».
«Lamentablemente».
«Estáis despedidos».

Epílogo

Algo me despierta.

Es un zumbido prolongado que se repite una vez más antes de identificarlo. Oigo la voz lejana de mamá respondiendo al telefonillo y cómo después conversa con alguien más mientras las dos voces atraviesan el pasillo hasta detenerse al otro lado de mi puerta.

—Muchas gracias por venir, guapo. Inténtalo, a ver si tienes suerte…

Toc, toc.

—Ey, melón. ¿Puedo pasar?

Toc, toc.

Reconozco la voz de Ares, aunque suene más calmada y menos gamberra de lo habitual. Intento levantar la cabeza de la almohada, que me duele como si alguien la hubiese golpeado con un martillo durante varias horas seguidas.

—¿Te apetece beber algo, guapo? Quizá puedas intentarlo más tar…

—Ares —digo todo lo fuerte que puedo, que no es mucho.

La puerta se abre despacio, casi como si yo fuera un animal enjaulado que pudiese escaparse en cualquier momento. Entonces veo la figura de mi mejor amigo al otro lado, iluminado por la luz del pasillo, que se me clava en los ojos como alfileres y me obliga a cubrirme el rostro de nuevo con el edredón.

—Ey, melón —repite.

—No enciendas la luz, por favor.

La puerta se cierra igual de suave que antes y oigo cómo avanza un par de pasos en la oscuridad.

—Tío, huele a huevos podridos. Subo un poco la persiana, ¿vale?

—No…

—Tranquilo, ya apenas hay luz.

Vuelvo a destaparme y compruebo que es cierto. Apenas hay diferencia una vez la levanta, aunque sí entra la suficiente como para distinguir sus rasgos cuando se sienta junto a mí en el colchón. Lleva una bolsa de papel en la mano que hace un ruido algo molesto.

—Mira, me los ha dado un vagabundo que probablemente se haya meado en ellos, pero siguen estando buenísimos.

—¿Qué hora es?

Ares echa un vistazo al reloj de mi escritorio, donde hace unos días dejé mi bandolera cuando regresé de las oficinas de Scorpion.

—Las seis menos cuarto. —Vuelve a mirarme y me pone la mano en la mejilla.

—Ay… —me quejo—. Tienes la mano helada.

—Cierto, perdón, he olvidado metérmela antes en los calzoncillos. —Sé que es una broma que en otro momento me hubiera hecho gracia, pero ahora mismo no logro reírme—. Oye, ¿quieres compartir uno? Probablemente cojamos gonorrea.

—No tengo hambre —susurro.

—¿Ni un mordisquito? ¿Aunque sea por mí?

No contesto. Me duele la garganta.

—¿Agua?

—¿Quieres agua? —pregunta—. Claro, espera un momento.

Ares desaparece y escucho cómo le dice algo a mamá. Al cabo de unos segundos, que he aprovechado para hacer de tripas corazón e incorporarme un poco en el colchón, reaparece con un vaso de agua que me tiende con cuidado. Lo cojo y tomo un pequeño sorbo.

—Gracias.

—¿Me haces un hueco ahí, contigo?

Yo me aparto un poco. Mis huesos parecen metal y, a pesar de estar sentado, me siento un poco mareado. Ares coge el vaso de agua cuando lo vacío hasta la mitad y lo deja con cuidado en el suelo. Estamos así, hechos un ovillo: el uno junto al otro, como cuando éramos pequeños, como cuando todo era más fácil que ahora.

—Ares…

—¿Qué pasa, melón?

Y cuando quiero decirle todo lo que pasa, lo único que consigo es romper a llorar. Fuerte, como si mis lágrimas pudiesen borrar cualquier rastro del dolor que se me ha anclado en los pulmones, como si todo lo que ocurrió hace… ¿dos, cuatro, cinco días? No sé ni qué día es hoy. No sé cuánto tiempo ha pasado.

Como si todo lo que ha ocurrido hubiera sido un mal sueño. Lloro tan fuerte como una tormenta de verano reconfortante cuando el calor se vuelve asfixiante.

—No pasa nada, Leo. Estoy aquí, contigo. Estamos, quiero decir, porque tu madre también está ahí fuera, y está un poco preocupada. Solo un poquito, ¿eh?

—Gr… gracias.

—No me des las gracias. A ti se te da mejor esto que a mí. —Hay un silencio que se extiende varios segundos, como si no supiera qué añadir. Lo está intentando—. Bueno, sabes que te quiero un montón y todo eso que a ti te sale más fácil decir, ¿verdad?

Yo asiento sin pronunciar palabra y él se estira para apoyarme la cabeza sobre su pecho. Siento sus dedos acariciándome el pelo. Eso me hace sentir un poco mejor, a la vez que me da

sueño.

«Estoy tan cansado…».

Pero, de pronto, una fuerte luz ilumina la habitación al mismo tiempo que un sonido hace vibrar mi mesilla de noche.

—Te llaman, Leo.

—Da igual. Ya ha sonado más veces hoy.

—¿Quieres que mire quién es?

—Da igual.

—Pero ¿y si es importante?

—Da igual.

Y antes de que me dé cuenta, coge mi teléfono y lo descuelga.

—¿Sí? ¿Quién es? No, no soy yo. Espera un segundo, que te lo paso.

Me gustaría decirle que no se le ocurra volver a coger el puto teléfono sin mi permiso, pero, en lugar de eso, Ares coloca el dispositivo en mi oreja.

—¿Hola? —dice una voz al otro lado.

—Hola…

—¿Hablo con Leo Walden?

Lanzo un suspiro.

—Sí…

—Hola, Leo, disculpe que llame a estas horas. Estamos a punto de cerrar, pero llevo todo el día tratando de localizarle y no ha habido forma.

—Perdone, ¿quién es usted…? ¿De qué se trata? —pregunto, completamente agotado.

—Me llamo Andrea Palacios, le llamo desde el Departamento de Admisiones del Programa de Residencias Europeas para Jóvenes Talentos.

No llego a morir, pero mi corazón se detiene unos segundos.

«¿Cómo?».

—¿Quién es, Leo? —susurra mi amigo, que me mira con preocupación.

—Hola —me limito a decir, como si se me hubieran olvidado todas las demás palabras del diccionario.

—Le llamo, y disculpe que sea breve, pero tengo que marcharme en cinco minutos porque me cierran la oficina, para comunicarle que ha sido uno de los afortunados seleccionados en el Programa de Residencias Europeas para Jóvenes Talentos. ¡Enhorabuena!

Agradecimientos 2.0

Si estás leyendo esto, al primero al que quiero dar las gracias es a ti por haber elegido descubrir esta historia y llegar hasta la última página. Gracias por compartir tu tiempo conmigo, con Leo y también con Robert. Espero haberte hecho reír, emocionarte o que incluso hayas aprendido algo junto con ellos.

Gracias a la primera persona que apostó por este proyecto desde el minuto cero, desde que era casi una broma entre nosotros y, además, me invitó al café en el que pude explicárselo más en detalle. María, gracias a ti he podido cumplir un sueño y espero que sepas que me molesta un montón no saber cómo devolverte algo tan bonito.

Muchas gracias a mamá, a papá y a mi hermana, por las grandes dosis de paciencia en mis últimas semanas de entrega y, en general, siempre. Gracias a Misi, mi gata, porque lleva viéndome escribir desde que tengo ocho años y se ha quedado conmigo hasta que apagaba el ordenador para irnos a dormir. Y también a la Zara, nuestra perra, porque, bueno… es monísima y eso. Gracias también a toda mi familia, que me apoya en cualquier cosa que haga y se me ocurra. Estáis fatal. En especial a Patricia, por llevarme por primera vez a la biblioteca y hacerme descubrir que los libros pueden hacerte sentir menos solo.

A todas mis amigas, que seguís soportándome después de tantos años: María, Celia, Eva, Natalia y Sandra (aunque a veces se me olviden vuestros cumpleaños). No os puedo querer más, os lo prometo. A Irene, porque sobrevivimos a la universidad y quiero seguir volando contigo. A mi Carlos, porque te lo mereces todo y te lo repetiré las veces que haga falta. A mis chicas de Barcelona, mis tres ángeles.

Gracias a Ariadna, por dar vida a Reginah George cuando era una autora desconocida. Bueno, y porque algo me dice que nos esperan muchas más aventuras juntos.

A Elías, porque pasaste de ser algo improbable a alguien imprescindible. Gracias por ayudarme a ser una mejor persona cada día. Ah, y por construir y diseñar mi fabulosa página web (www.leoyrobert.com).

A Elsa, Cristina y María. El mejor trío calavera con el que he podido contar a bordo de un barco que tanto me imponía al principio. A Ricardo, por haber apostado por mí siempre.

A mi editora, Camino, por pelear por Leo y por Robert, y a todo el equipo de B de Bolsillo. ¡Gracias por todo vuestro trabajo para hacer que esto sea posible! También al equipo de Penguin

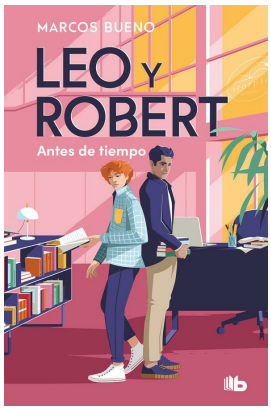
Audio, por producir el mejor audiolibro del mundo.

Si me dejo a alguien, lo incluiré en la próxima novela, ¡lo prometo!

Os quiero,

MARCOS

DOS CHICOS, UNA EDITORIAL Y UN ENCUENTRO INESPERADO



LEO WALDEN acaba de vivir uno de los peores años de su vida. Su padre se ha marchado de casa, su anterior relación fue un desastre y no ha conseguido una beca que podría haberlo arreglado todo.

ROBERTO REAL solo quiere centrarse en su trabajo y olvidar los problemas del pasado. No quiere que le recuerden que su vida es un desastre, darle vueltas a lo que pasó en verano o convertirse en la comidilla de la oficina.

SIN EMBARGO, EL DESTINO LES TIENE PREPARADA UNA SORPRESA…

La vida de Leo cambia cuando Scorpion, una de las editoriales más prestigiosas del mundo, le ofrece un puesto de trabajo. Parece que todo comienza a remontar… Sin embargo, lo último que se espera es reencontrarse allí con el chico que conoció el pasado verano y terminó desapareciendo en mitad de la noche. Porque… ¿es él, verdad?

Leo (11:50): ¿Te acuerdas de mí?

Robert (11:50): Lo recuerdo todo.

Reseña:
«*Leo y Robert 11:50*, un romance a salvo de los convencionalismos heteronormativos»
Culturamas

Marcos Sánchez Bueno nació un día de otoño en Vallekas. Su pasión por la escritura y los libros empezó muy temprano: fue ese amor por contar historias lo que lo impulsó a estudiar Comunicación Audiovisual y a especializarse en cine. Ha escrito un guion cinematográfico, titulado *Los chicos no hablan de amor*, además de publicar su primera novela, *Nosotros bailamos sobre el infierno*, en VR Editoras. Actualmente trabaja en el mundo editorial. Además de escribir, crea contenido en redes sociales y es el *host* de *El Podcast de Taylor Swift*.

Podéis seguirle en Instagram, TikTok, Twitter y YouTube como @theboyinneon.



Primera edición: junio de 2023

© 2020, Marcos Bueno
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Claudia Sánchez
Imagen de portada: © Javier Navarrete (El Chico Llama)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-1314-792-5

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
YouTube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] «Por detrás, muchacho».

[2] «Estás en mi cabeza y lo sabes, / los pájaros en el cielo parecen haberse perdido otra vez, / tomo aire mientras dices mi nombre, / es algo que hacemos los dos, todo el tiempo».

[3] Frase o texto breve que representa a una marca o empresa.

[4] Impresión de un fragmento de texto, a veces sin dividir en páginas, que se saca de prueba para corregirlo antes de la impresión definitiva.

[5] «Oh, quiero bailar con alguien, / quiero sentir el calor de alguien. / Sí, quiero bailar con alguien, / con alguien que me ame».

[6] «Ya te echo de menos, / ya te echo de menos, / acabas de irte, / pero ya te echo de menos».

Índice

Leo y Robert. Antes de tiempo

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Agradecimientos 2.0

Sobre este libro
Sobre Marcos Bueno
Créditos

Notas